

# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO  
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LIX- Núms. 849-850  
Marzo-Abril 2002

Edita:  
Fundación Ramon Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre  
Redacción y Administración  
Duran i Bas, 9, 2º  
Tel. y Fax 93 317 47 33  
08002 BARCELONA  
<http://www.orlandis.org>  
E-Mail: [orlandis@eic.ictnet.es](mailto:orlandis@eic.ictnet.es)



San Ezequiel  
Moreno, obispo  
antiliberal

Obispos  
mártires  
del Vietnam

La Encarnación  
redentora

Sumario: pág. 2

## OBISPOS SANTOS



«El buen pastor da la vida  
por sus ovejas»

## Sumario

«El obispo: servidor del Evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo». <i>Homilía de Juan Pablo II en la clausura del Sínodo de obispos</i>	3
Ezequiel Moreno, una vida de santidad <i>Juan Ramón Zabalegui</i>	5
Las raíces de la doctrina de san Ezequiel Moreno. <i>María Bergea</i>	8
Ezequiel Moreno, un obispo antiliberal <i>Juan Jesús Jaurrieta Galdeano</i>	10
Ezequiel Moreno, su espiritualidad y su acción apostólica <i>Miguel Sagredo Echave-Sustaeta</i>	15
Cristiandad y revolución liberal en Hispanoamérica. <i>José I. Aranguren</i>	17
San Roberto Belarmino <i>Gerardo Manresa Presas</i>	21
Obispos mártires en las misiones de Tonkín (Vietnam). <i>Luis Comas Zabala</i>	25
Vida y martirio de los obispos dominicos españoles. <i>María José Campo</i>	28
San Jerónimo Hermosilla, misionero y obispo mártir. <i>L. C. Z.</i>	31
El padre Claret en el nombramiento de los obispos españoles	33
La Encarnación redentora, principio fundamental de la concepción católica de la vida. <i>Francisco Canals Vidal</i>	37
Razón y fe ante la creación del mundo según santo Tomás de Aquino (y II) <i>José M<sup>a</sup> Petit Sullá</i>	42
In memoriam. Enrique Freixa Pedrals <i>F.C.V.</i>	50
San Pablo, profeta <i>Fraxinus Excelsior [Enrique Freixa]</i>	51
Pequeñas lecciones de historia. Los criterios de una madre de familia <i>Gerardo Manresa</i>	54
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	55
Actualidad política. <i>Jorge Soley Climent</i>	56
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	59
Cristiandad hace cincuenta años. La Iglesia ante la ciencia. <i>J. M<sup>a</sup> P. S.</i>	61
Actualidad de unas palabras de Paulo VI <i>Ricard M. Cardenal Carles</i>	64

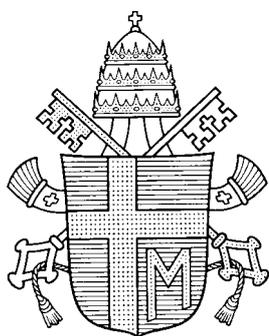
## RAZÓN DEL NÚMERO

### Sobrenaturalizar el Episcopado

EL sentir con la Iglesia vivido en su verdad y autenticidad se ejerce únicamente en una comprensión orientada por la fe en Cristo y vivida por lo mismo en el ambiente y horizonte sobrenaturales y divinos a los que nos abre la fe misma. El padre Ramon Orlandis insistía en la urgencia de «sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice». En continuidad con lo tratado en números anteriores, perseveramos en este número ofreciendo a la consideración del lector hechos que puedan estimularle en la sobrenaturalización de su modo de comprender y de ver el episcopado católico. En la Iglesia de Cristo los obispos son los sucesores de los apóstoles. Tienen una misión y una responsabilidad, que exige por lo mismo la adhesión, la obediencia y el respeto de los fieles. No podemos vivir en la Iglesia ni ser de la Iglesia si no fomentamos en nosotros esta manera sobrenatural de contemplar y de oír a nuestros obispos. En este número el lector encontrará en primer lugar una homilía que el 27 de octubre del pasado año pronunció Juan Pablo II en la clausura del Sínodo de obispos. En ella trata del obispo como «servidor del Evangelio para la esperanza del mundo». Esta homilía se centra por la oportunidad litúrgica en la figura de Cristo como el Buen Pastor, que, como nota Juan Pablo II, ha sido el ejemplar en el que a lo largo de los siglos han inspirado muchos obispos santos de la Iglesia católica. También encontrará el lector algunos estudios sobre la vida, la doctrina y la tarea y actitud pastoral de algunos obispos cuyo nombre figura en la lista de los obispos canonizados durante el siglo xx. Nuestro estudio está particularizado en algunos que por la cultura y lengua del país en que trabajaron tienen una connaturalidad especial con las necesidades y problemas de nuestro ambiente en España. Pensando en Cataluña, hemos aludido a un aspecto de servicio a la Iglesia que ejerció san Antonio María Claret con su sentido de ferviente servicio a la autoridad del Pontificado romano: nos referimos a su intervención en el nombramiento del Episcopado español de su tiempo. Aquella intervención fue probablemente causa decisiva en el hecho de que en el Concilio Vaticano I el Episcopado español ocupase un lugar destacado por la unanimidad de sus votos en el trascendente acto de la definición solemne del carácter infalible del Magisterio pontificio ejercido desde la Cátedra apostólica y la intención de proponer a toda la Iglesia lo que tiene que ser creído con fe divina y católica y que el Pontífice supremo declara como tal por pertenecer al contenido de lo divinamente revelado, recibido de la misma palabra de Dios.

## «El obispo: servidor del Evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo»

En la mañana del sábado, 27 de octubre de 2001, Juan Pablo II presidió en la Basílica vaticana la concelebración eucarística de clausura del Sínodo de los obispos, celebrado en Roma desde el 30 de septiembre sobre el tema: «El obispo: servidor del Evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo». En el transcurso del sagrado rito, después de la proclamación del Evangelio, pronunció la homilía en italiano que publicamos a continuación.



1. «Anunciaremos a los pueblos la salvación del Señor» (sal. resp.) Estas palabras del Salmo responsorial expresan bien la actitud interior que nos aúna, venerables Hermanos, al término de la X Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos. La prolongada y profunda discusión sobre el tema del obispado ha renovado en cada uno de nosotros la apasionada conciencia de la misión que nos ha sido encomendada por el Señor Jesucristo. Con fervor apostólico, en nombre de todo el Colegio episcopal que aquí representamos, reunidos junto a la tumba del apóstol Pedro, queremos reiterar nuestra adhesión coral al mandato del Resucitado: «Anunciaremos a los pueblos la salvación del Señor». Es casi una nueva partida, en la huella del Gran Jubileo del Dos Mil y al inicio del tercer milenio cristiano. Al clima jubilar nos ha conducido la primera lectura, el oráculo mesiánico de Isaías repetido tantas veces durante el Año Santo. Es un anuncio cargado de esperanza para todos los pobres y los afligidos. Es la inauguración del «año de misericordia del Señor» (Is 61,2), que ha encontrado en el Jubileo su expresión fuerte, pero que trasciende cada calendario para extenderse allí donde llegue la presencia salvífica de Cristo y de su Espíritu. Volviendo a escuchar hoy este anuncio, nos sentimos confirmados en la convicción expresada al término del Gran Jubileo: «la puerta viva que es Cristo» permanece abierta más que nunca de par en par para las generaciones del nuevo milenio (cf. *Novo millennio ineunte*, 59).

Es Cristo, de hecho, la esperanza del mundo. Tarea de la Iglesia y, de manera particular, de los Apóstoles y de sus sucesores, es la de difundir su Evangelio hasta los confines de la tierra.

2. La exhortación del apóstol Pedro a los «ancianos», escuchada en la segunda Lectura, como también la pericope evangélica, proclamada ahora, utilizan la simbología del pastor y de la grey, presentando el ministerio de Cristo y de los Apóstoles en clave «pastoral». «Apacentad la grey de Dios que os está encomendada» escribe san Pedro, testigo del mandato que él mismo había recibido de Cristo: «Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas» (Jn 21, 15.16.17). Y, aún más significativa, es la autorevelación del Hijo de Dios: «Yo soy el buen pastor» (Jn 10, 11), con la connotación sacrificial: «Doy la vida por las ovejas» (cf. Jn 10, 15). Por esto Pedro se define «testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que está para manifestarse» (1 P 5, 1). El Pastor es, en la Iglesia, ante todo, portador de este testimonio pascual y escatológico, que encuentra su culminación en la celebración de la Eucaristía, memorial de la muerte del Señor y preanuncio de su retorno glorioso. La celebración de la Eucaristía es, por lo tanto, la acción pastoral por excelencia: el «Haced esto en memoria mía» comporta, no sólo la repetición ritual de la Cena, sino también, como consecuencia, la disponibilidad a ofrecerse a sí mismos por la grey, en el ejemplo de cuanto ha hecho Él durante su vida y, sobre todo, en su muerte.

3. La imagen del Buen Pastor ha sido evocada muchas veces durante estas semanas en las intervenciones en el Aula sinodal. Efectivamente, ella es el «icono» que ha inspirado a lo largo de los siglos a muchos santos obispos y que, mejor que ninguno, describe las tareas y el estilo de vida de los sucesores de los Apóstoles. Desde esta perspectiva, no se puede dejar de observar cómo la Asamblea sinodal, que hoy concluimos, se conecta idealmente a todo el magisterio que la Iglesia nos ha dejado en el curso de su historia. Baste pensar, por ejemplo, en el

Concilio de Trento, del cual nos separan alrededor de cuatro siglos y medio. Entre las razones por las cuales ese Concilio ha tenido un enorme influjo innovador en el camino del Pueblo de Dios, seguramente está la reiterada propuesta de la «cura animarum» como primera y principal tarea de los obispos, comprometidos en residir de manera estable con su grey y en formarse como colaboradores válidos en el ministerio pastoral mediante la institución de los seminarios. Cuatrocientos años más tarde, el Concilio Vaticano II ha retomado y desarrollado la lección del Tridentino, abriéndola a los horizontes de la nueva evangelización. En el alba del tercer milenio, la figura ideal del obispo sobre quien la Iglesia sigue contando es la del pastor, que configurado en Cristo en la santidad de la vida, se dona generosamente por la Iglesia que se le ha encomendado, llevando contemporáneamente en el corazón la solicitud hacia todas las iglesias esparcidas sobre tierra (cf. 2 Cor 11, 28).

4. El obispo, buen pastor, encuentra luz y fuerza para su ministerio en la Palabra de Dios, interpretada en la comunión de la Iglesia y anunciada con fidelidad valiente «a tiempo y a destiempo» (2 Tim 4, 2). Maestro de la fe, el obispo promueve todo aquello que hay de bueno y positivo en la grey que se le ha confiado, sostiene y guía a quienes son débiles en la fe (cf. Rom 14, 1), interviene para desenmascarar las falsificaciones y para combatir los abusos. Es importante que el obispo tenga conciencia de los desafíos que hoy la fe en Cristo encuentra a causa de una mentalidad basada en criterios humanos que, a veces, relativizan la ley y el designio de Dios. Sobre todo, él debe tener el coraje de anunciar y defender la sana doctrina, aún cuando esto conlleve sufrimientos. El obispo, de hecho, en comunión con el Colegio apostólico y con el Sucesor de Pedro, tiene el deber de proteger a los fieles de toda clase de insidias, mostrando en un retorno sincero al Evangelio de Cristo la solución verdadera para los complejos problemas que pesan sobre la humanidad. El servicio que los obispos están llamados a prestar a su grey será fuente de esperanza en la medida en que reflejará una eclesiología de comunión y de misión. En los encuentros sinodales de estos días, ha sido subrayada varias veces la necesidad de una espiritualidad de comunión. Citando el *Instrumentum laboris*, ha sido repetido que «la fuerza de la Iglesia está en la comunión, su debilidad está en la división y en la contraposición» (N. 63). Sólo si será perceptible claramente una profunda y convencida unidad de los Pastores entre ellos y con el sucesor de Pedro, como también de los obispos con sus sacerdotes, podrá darse una respuesta creíble a los desafíos que provienen del actual contexto social y cultural. A este respecto, queridísimos hermanos miembros de la Asamblea sinodal, deseo expresar mi grato aprecio por el testimonio que habéis dado en estos días de jubilosa comunión en la solicitud por la humanidad de nuestro tiempo.

5. Quisiera rogaros que llevéis mi saludo a vuestros fieles y, en especial modo, a vuestros sacerdotes, a los

cuales no dejaréis de prestar una especial atención, estableciendo con cada uno de ellos una relación directa, confiada y cordial. Sé además que ya os esforzáis por hacerlo, convencidos como estáis de que una diócesis funciona bien sólo si su clero está unido jubilosamente, en fraterna caridad, alrededor de su obispo. Os pido también que saludéis a los obispos eméritos, llevándoles la expresión de mi reconocimiento por el trabajo desarrollado al servicio de los fieles. He querido una representación de ellos en esta Asamblea sinodal, para reflexionar también sobre este argumento, que es nuevo en la Iglesia, pues ha nacido de un voto del Concilio Vaticano II, para el bien de las iglesias particulares. Confío en que cada Conferencia episcopal estudie cómo valorizar a los obispos eméritos que aún gozan de buena salud y energías, confiándoles algún servicio eclesial y, sobre todo, el estudio de los problemas sobre los cuales tienen experiencia y competencia, llamando a quien está disponible a formar parte de una u otra Comisión episcopal, al lado de los hermanos más jóvenes, para que se sientan siempre como miembros vivos del Colegio episcopal. Quisiera enviar un saludo particular también a los obispos de China continental, cuya ausencia en el Sínodo no nos ha impedido advertir su espiritual cercanía en el recuerdo y en la oración.

6. «Y cuando aparezca el Mayoral, recibiréis la corona de gloria que no se marchita» (1 P 5, 4). Como conclusión de esta primera Asamblea sinodal del tercer milenio, me agrada recordar los quince obispos canonizados durante el siglo veinte: Alejandro María Sauli, obispo de Pavía; Roberto Belarmino, cardenal, obispo de Capua, doctor de la Iglesia; Alberto Magno, obispo de Ratisbona, doctor de la Iglesia; Juan Fisher, obispo de Rochester, mártir; Antonio María Claret, arzobispo de Santiago de Cuba; Vicente María Strambi, obispo de Macerata y Tolentino; Antonio María Gianelli, obispo de Bobbio; Gregorio Barbarigo, obispo de Padua; Juan de Ribera, arzobispo de Valencia; Oliverio Plunkett, arzobispo de Armagh, mártir; Justino De Jacobis, obispo de Nilopoli y vicario apostólico de Abisinia; Juan Nepomuceno Neumann, obispo de Filadelfia; Jerónimo Hermosilla, Valentín Berrio-Ochoa y otros seis obispos, mártires en Vietnam; Ezequiel Moreno y Díaz, obispo de Pasto (Colombia); Carlos José Eugenio de Mazenod, obispo de Marsella. Dentro de menos de un mes, además, tendré la alegría de proclamar santo a José Marelló, obispo de Acqui. De este selecto círculo de santos Pastores, que se podría alargar a la gran multitud de obispos beatificados, surge, como en un mosaico, el rostro de Cristo Buen Pastor y Misionero del Padre. Sobre este icono viviente fijamos la mirada, en el inicio de la nueva época que la Providencia nos abre por delante, para ser, cada vez con más empeño, servidores del Evangelio, esperanza del mundo. Nos asista siempre en nuestro ministerio la Santísima Virgen María, Reina de los Apóstoles. En todo tiempo, Ella resplandece en el horizonte de la Iglesia y del mundo, como signo de consolación y de esperanza segura.

# Ezequiel Moreno, una vida de santidad

JUAN RAMÓN ZABALEGUI

## Nacimiento, infancia y juventud (1848 – 1863)

EL futuro santo, obispo de Pasto, nació en Alfaro, La Rioja, en el seno de una familia modesta. Su padre, Félix Moreno, sastre de profesión, y su madre, Josefa Díaz, tuvieron seis hijos, siendo el mayor, Eustaquio, y Ezequiel, el cuarto, los únicos varones de la familia. Ambos ingresarán como frailes en los Agustinos Recoletos.

La educación recibida por el joven Ezequiel fue de sólida formación cristiana. Acompañaba a su padre al rezo del Rosario de la Aurora y fue monaguillo del convento de las Dominicas con las que siempre mantuvo gran amistad. Tuvo afición a la música, buena voz y dominio de la guitarra, por lo que ya desde joven parece que fue de carácter jovial y alegre.

Cuando Ezequiel contaba 12 años, su hermano mayor Eustaquio ingresa en el noviciado de los Agustinos Recoletos del monasterio de Monteagudo, Navarra, próximo a su lugar de nacimiento. A los 16 años muere su padre y queda la familia en difícil situación económica. La madre de Ezequiel, Josefa, sacó adelante a la familia con bastantes dificultades por medio de muchos y muy diversos trabajos. Para ella fue difícil el momento en el que su segundo hijo varón le comunicó que también quería ser Agustino Recoleta. La señora Josefa trató de disuadirle e intentó que al menos fuese sacerdote diocesano para que no se alejase de casa. Al final, como buena madre cristiana, supo ceder.

Su vocación le vino desde muy joven:

«Contaba la madre Catalina Les, sacristana del convento de las Dominicas, que siendo Ezequiel muy pequeño, le preguntaron en el convento qué iba a ser de mayor.

–Fraile, contestó sin dudarle.

–¡Tú, fraile!, tan *calandrajo* (poca cosa). ¿Para qué te quieren?

Pero él, sin inmutarse, solucionó el problema.

–Ya me pondré un sombrero de copa para ser más alto.<sup>1</sup>

## De Navarra a Filipinas (1864 – 1884)

A los 16 años, en 1864, tomó el hábito en el noviciado de Monteagudo. A los 18 años hizo el Teologado en Marcilla, también en Navarra. La década de los cincuenta y sesenta fueron años difíciles para la Iglesia en España. A punto estaba de estallar la revolución llamada por sus partidarios «Gloriosa», que iba a dar paso al perio-

do histórico conocido como Sexenio Revolucionario en España (1868 – 1874). Los religiosos sufrían destierro, exclaustros y requisamiento de sus bienes. El noviciado de Monteagudo fue de las pocas casas religiosas que el Gobierno autorizó, tras el Concordato de 1851, únicamente para la formación de misioneros destinados a las colonias españolas de ultramar.

Así, encontramos en 1869 a nuestro joven religioso que parte a Filipinas con otros 18 compañeros de la orden. Allí conocerá al padre Minguella, que será su futuro biógrafo. En 1871 es ordenado presbítero y acude a su primera misa, como padrino, su hermano Eustaquio. Estuvo en Filipinas alrededor de 15 años ejerciendo diversos ministerios en Palawan, Las Piñas, Manila, Santa Cruz, Imus y Calapan donde aprendió el idioma tagalo.

Siempre se mostró como un religioso alegre, abnegado, contemplativo y misionero. Fue muy apreciado en la orden y en 1885, contaba entonces con 37 años, le fue encomendada la formación de los agustinos recoletos de la Provincia enviándolo como rector del noviciado de Monteagudo.

## En el convento de Monteagudo (1885 – 1888)

COMO rector del colegio noviciado, procuró en todo momento el cuidado de la vida litúrgica, del rezo coral de las Horas, de la vida comunitaria, del estudio y de la fidelidad a la regla. Ya entonces se adivinaba su firmeza, que empezaba por él mismo y era estricto en la obediencia debida. Su austeridad extrema contrasta, sin embargo, con un trato humildísimo y una caridad abnegada. «*Otro rasgo acusado del padre Ezequiel como rector fue su amor hacia los pobres. Dejaba en manos del vicerrector muchos asuntos de la vida ordinaria de la casa, pero él estaba atento a todo lo referente al cuidado de los pobres, y raro era el día en que no se repartían en el convento 400 o 500 raciones de comida a los necesitados*».<sup>2</sup>

Algún religioso llegó a declarar que «*en el amor a los pobres era casi exagerado*».<sup>3</sup>

El padre Ezequiel mantuvo en esta etapa unas buenas relaciones con el obispo diocesano y los curas seculares. Sin gustarle salir mucho del convento, ayudaba en las parroquias próximas, donde acudía a confesar y predicar. Mantuvo un cariño especial hacia las religiosas de los con-

2. José M<sup>a</sup> Iraburu, ob. cit., p. 485.

3. Ángel Martínez Cuesta: *Beato Ezequiel Moreno, el camino del deber*, Roma, 1975, p. 51.

1. José M<sup>a</sup> Iraburu: *Hechos de los apóstoles de América*, Pamplona, Fundación GRATIS DATE, 2<sup>a</sup> ed., 1999. p. 484.

ventos próximos a Monteagudo como las Dominicas de Alfaro, Cistercienses de Tulebras, Siervas de María de Tudela, Religiosas de Santa Ana de Tarazona. Allí prestaba sus servicios como sacerdote y era muy apreciado.

Mientras esto transcurre en Navarra, en Colombia el gobierno republicano, con sus sucesivos expolios de los bienes religiosos, había provocado que la orden agustiniana fuese a menos, de tal manera que en 1882 tan sólo contaba con 13 miembros. Éstos se encontraban más ligados a la diócesis que a su Orden, ya que cada uno se encontraba solo al frente de una parroquia. De entre todos ellos destaca el padre Juan Nepomuceno Bustamante que en 1884 viaja a España buscando refuerzos para restaurar la Orden en Colombia.

### De Navarra a Colombia (1889 – 1894)

A mitad de 1888 el padre Minguella llega a Monteagudo para presentar la solicitud que llegaba de Colombia. Se ofrecen 7 voluntarios de entre los que destacan: el padre Ezequiel, rector; fray Ramón Miramón, el maestro de novicios; fray Santiago Matute, profesor de filosofía; y cuatro hermanos más. Al padre Ezequiel se le nombra superior del grupo.

En 1889 llegan a Colombia y se dirigieron unos a El Desierto, un santuario en el departamento de Boyacá, y otros, entre los que se encuentran el padre Matute y el padre Ezequiel, a Bogotá. Estos últimos se instalan en la casita del padre Rocha (uno de los pocos miembros de la orden que quedaban), junto a la iglesia de La Candelaria. El convento había sido incautado por el Gobierno colombiano y servía de Seminario diocesano.

La restauración de la Orden se presentaba complicada. Los frailes «colombianos» llevaban alrededor de 30 años de vida autónoma y, además, el padre Juan Nepomuceno Bustamante pensaba dirigir él mismo esa restauración. El padre Ezequiel escribe a su superior de Madrid: *«La prudencia me ha aconsejado el no reñir con el padre Bustamante. Es suyo el convento y hasta que no venga por aquí (el superior) y haga escritura cediéndolo a favor nuestro, aguantaremos sus inconvenientes y pequeñeces. (...) Nada me apura mientras los religiosos que he traído se conserven buenos»*.<sup>4</sup>

Al final se establece el noviciado colombiano en El Desierto y el padre Ezequiel permanece en Bogotá hasta 1894. En la iglesia de La Candelaria destaca como predicador y confesor. *« (...) estamos trabajando aquí en Bogotá todo lo que podemos en púlpito y confesionario (...). Nos buscan a todas horas para confesar presos, soldados, ejercitantes, y nuestra iglesia se ve de continuo con mucha gente que viene a confesarse. El padre Victorino derrama con alguna frecuencia lágrimas de contento diciendo que la Candelaria ha vuelto a ser lo que era en sus buenos tiempos (...) El clero es muy poco y por preci-*

*sión tenemos que trabajar mucho los pocos que estamos. Nuestro sitio es el confesionario y se puede decir que no salimos de él sino para prepararnos para el púlpito»*.<sup>5</sup>

El padre Ezequiel era apreciado como predicador aunque su estilo era sobrio en la forma, sencillo, claro y persuasivo. En 1892 declara en un sermón: *«No subo a este púlpito para entreteneros con frases escogidas o con flores de estilo (florituras). He subido a este sitio a dar gloria a Dios y a excitaros a que también se la deis vosotros»*.<sup>6</sup> Además de orador, como se ha visto, también se entregó con empeño a la dirección espiritual.

En medio de estos trabajos, nuestro fraile pedía que le fuesen enviados más religiosos de España. En su pensamiento estaba el acudir a las misiones de infieles y, en concreto, a la región de Casanare, situada al norte de Colombia. Allí fue en 1890 y sus trabajos y toda su labor, recogida en ocho cartas publicadas, hicieron posible el establecimiento del Vicariato apostólico de Casanare, desgajado de la diócesis de Tunja y confiado a los Agustinos Recoletos.

### El padre Ezequiel Moreno, obispo del vicariato apostólico de Casanare, Colombia (1894 – 1896)

EL 1 de mayo de 1894, en la catedral de Bogotá, fue consagrado obispo tras solicitar al Comisario apostólico de su Orden que le fuese mandado para, en la obediencia, tener la seguridad de cumplir la voluntad de Dios. Desde su consagración tuvo ya siempre una profundísima conciencia de su identidad episcopal como sucesor de los apóstoles e imagen viva del Buen Pastor entre sus fieles. Al llegar la noticia a su tierra, una anciana religiosa dominica le escribe preguntándole por su catedral y su palacio en Támara, sede del Vicariato de Casanare. El nuevo obispo le responde que *«La catedral es una pequeña iglesia de pueblo, pobre y miserable, con piso de tierra. El palacio es una casa (...) con piso de tierra y bajo, porque no hay piso alto»*.<sup>7</sup>

Durante su obispado la Orden se va consolidando y como obispo prestó especial atención al adoctrinamiento de sus fieles. Él mismo se dedicó al estudio centrándose en las responsabilidades episcopales, en el derecho matrimonial –algo realmente curioso– y en el liberalismo. Predicaba con frecuencia y después de la misa daba media hora de plática doctrinal *«siendo de advertir (...) que nadie se salía del templo hasta terminar»*.<sup>8</sup>

Escribe y manda imprimir en 1894 *Instrucciones a los fieles de Casanare para ayudar a conseguir la salvación eterna a los que se hallan en extrema necesidad espiritual*. Demuestra con esta obra ser un hombre eminentemente práctico por ser precisamente un hombre de oración. Y llama la atención su clarividencia a finales del si-

4. Carta del 20 – II – 1889.

5. Carta del 9 – IV – 1890.

6. José M<sup>a</sup> Iraburu, ob. cit., p. 487.

7. Carta del 11 – IX – 1895.

8. Ángel Martínez Cuesta, ob. cit., p. 235.

glo XIX cuando afirma que «Hoy es doctrina corriente que el feto es animado desde el momento mismo de la concepción».<sup>9</sup> De hecho, dio instrucciones para que los niños que morían abortivos o prematuros fuesen bautizados.

Realiza agotadoras visitas pastorales viajando a pie o a caballo. Acude a pueblos, rancherías, granjas. Muchas veces va solo o sin apenas compañía y confiesa, confirma, bautiza, casa, hace de obispo, de misionero, de sacristán, todo con tal de dar gloria a Dios y salvar almas. Escribe en 1895, en su segunda Carta Pastoral de Casanare, que la salvación es «lo único que importa, porque a ella está ligada la dicha eterna del alma, que no ha de perecer. (...) no hay por qué temer que el pensar sobre el alma, sobre la eternidad y la otra vida retraiga al hombre de los bienes de la tierra, inutilice o atrofie sus talentos, frene el progreso y perjudique al comercio, a la industria, a las artes o a las ciencias. Más bien purificará la acción del hombre y consumirá cuanto de falaz, de injusto, de nocivo hay en las relaciones humanas. La vida de los santos es una prueba bien palmaria de todo esto».<sup>10</sup> Con la perspectiva que nos da ahora el tiempo histórico, bien podríamos afirmar que el propio San Ezequiel es fiel reflejo de sus propias palabras.

### Obispo de Pasto, Colombia (1896 – 1906)

EN febrero de 1896 es nombrado obispo de Pasto, al sur de Bogotá, una diócesis fronteriza con Ecuador y el océano Pacífico, con unos 460.000 habitantes y 160.000 km<sup>2</sup> de superficie, con 46 parroquias y 56 capillas rurales. Allí se encontraban diversas órdenes, como los maristas, que poseían un colegio, y los jesuitas, que dirigían el seminario. La sede poseía una catedral y palacio pero el obispo Ezequiel Moreno mantuvo en su estancia, en vez de una mullida cama, un jergón de paja en el que acostumbraba a dormir.

En estos diez años se ganó el corazón de sus fieles a la vez que atravesaba los momentos más duros y tensos de su vida. Destaca por su celo apostólico y su incansable lucha contra el liberalismo. Sus cartas pastorales resuenan con fuerza en todo el país. Su diócesis de Pasto coincide en 600 km con la frontera de la República de Ecuador, que en esos años lleva a cabo una violenta persecución religiosa por parte del gobierno liberal del general Eloy Alfaro. En su primera pastoral como obispo de Pasto, de 1896, ataca con dureza al liberalismo, proclama la excelencia de la fe cristiana y su beneficio a los hombres y a los pueblos, y defiende que únicamente la fe en Cristo puede traer la salvación. Con respecto al liberalismo, tras un siglo – el XIX – de expansión ideológica, afirma que «el nombre de libertad no significa otra cosa que corrupción de cos-

tumbres; que el de igualdad es la negación de toda autoridad; que con el de fraternidad se ha derramado a torrentes la sangre humana; que ilustración es no tener Dios, ni religión, ni conciencia, ni deber alguno, ni vergüenza siquiera; y que progreso es llegar a ser iguales al bruto, sin pensar en otra cosa que en multiplicar los goces, poner toda la felicidad en disfrutar de la materia, y desterrar toda idea de espiritualidad».<sup>11</sup>

Estos ataques van a provocar una oleada de indignación y malestar en el mundillo liberal. En su segunda carta pastoral llega a prohibir a sus fieles que lean o se suscriban a periódicos liberales venidos muchos de ellos de Ecuador. En su tercera carta pastoral desenmascara y denuncia las trampas del pretendido catolicismo liberal. Por todos estos motivos y más, desde 1896 se va a llevar a cabo una campaña de desprestigio a cargo de la prensa liberal. El padre Ezequiel, por el contrario, recibe el apoyo y la adhesión de sus fieles y de la mayoría de los obispos colombianos que, no obstante, no se muestran tan firmes en la denuncia de la persecución antirreligiosa liberal.

### Muerte de Ezequiel Moreno (1906)

A finales de 1905 una llaguita en el paladar que no acaba de curar prelude la aparición de un cáncer que será mortal. Sus fieles piden por la salud de su obispo pero éste ni la desea ni la rechaza sino que se conforma con lo que Dios quiera. Los tratamientos de su enfermedad resultan insuficientes y es enviado a España para que reciba la atención médica necesaria. En febrero de 1906 es operado en Madrid y por segunda vez en marzo.

Cuenta el médico que le atendió que «Me causó gran admiración la fortaleza de ánimo, el valor cristiano, la paciencia sin límites, la resignación placentera, la sumisión y obediencia admirables y la resistencia al dolor hasta el heroísmo santo, heroísmo de santo y de bienaventurado».<sup>12</sup> El dolor que tuvo que soportar debió ser terrible, sin embargo, nunca perdió el buen humor y mantuvo la alegría que caracterizó toda su vida.

El 1 de junio de 1906 es trasladado al convento de Monteagudo. En una celda pequeña con tribuna a la iglesia pasa sus últimos días. Sus dolores son atroces pero, no obstante, nunca pierde su dulzura habitual y jamás se le observa un gesto de impaciencia. El 18 de agosto, a los 58 años de edad, asciende su alma a la gloria eterna. Hoy su cuerpo incorrupto se venera hasta el día de hoy en el monasterio de Monteagudo.

En 1910 se abre el Proceso informativo en Tarazona. Años después, en Manila, Pasto y Bogotá. En 1975, Pablo VI lo beatifica. En 1992, el 11 de octubre, Juan Pablo II lo canoniza en Santo Domingo coincidiendo con el V Centenario de la Evangelización de América.

11. *Cartas Pastorales del Ilmo. y Rmo. Sr. Don Fr. Ezequiel Moreno y Díaz, obispo de Pasto (Colombia)*, Madrid, 1908, p. 62.

12. José M<sup>a</sup> Iraburu, ob. cit., p. 504.

9. José M<sup>a</sup> Iraburu, ob. cit., p. 492.

10. Segunda Carta Pastoral de Casanare, Cuaresma de 1895, en *Cartas Pastorales del Ilmo. y Rmo. Sr. Don Fr. Ezequiel Moreno y Díaz, obispo de Pasto (Colombia)*, Madrid, 1908, pp. 30 a 44.

## Las raíces de la doctrina de san Ezequiel Moreno

MARÍA BERGERA

**C**ONFIESE una vez más que el liberalismo es pecado, enemigo fatal de la Iglesia y reinado de Jesucristo y ruina de los pueblos y naciones. Deseo que en el salón donde se exponga mi cadáver, y aún en el templo durante las exequias, se ponga a la vista de todos un cartel grande que diga: El liberalismo es pecado».

Con estas palabras cerraba su testamento espiritual Ezequiel Moreno, queriendo enseñar aún después de muerto lo que no había cesado de repetir en vida, como él mismo afirma: «Yo he gritado contra ese mal y aún he sufrido por gritar. No me arrepiento de haber gritado. Si en este punto tengo que arrepentirme será por no haber gritado más.»

Sin duda alguna la actividad pública más notoria que desarrolló durante su ministerio episcopal fueron sus campañas contra el liberalismo, que causaba estragos de todo orden en su diócesis. A ello le movía únicamente «la glorificación de Dios y la salvación eterna de los hombres». Y es que san Ezequiel Moreno comprendió claramente que «siendo muchos los peligros que en estos tiempos corre la fe del pueblo cristiano, sin embargo se encierran todos en uno, que es, digámoslo así, su gran denominador común: el naturalismo. Llámese racionalismo, socialismo, revolución o liberalismo, será siempre, por su condición y esencia misma, la negación franca o artera, pero radical, de la fe cristiana, y en consecuencia importa evitarlo con diligencia, como importa salvar las almas». Negación radical de la fe cristiana porque, basando el liberalismo sus principios en la absoluta soberanía del individuo con entera independencia de Dios y de su autoridad y en la soberanía de la sociedad con absoluta independencia de lo que no nace de ella misma, deriva como consecuencia última en la secularización, es decir, en la no intervención de la Religión en acto alguno de la vida pública, verdadero ateísmo social. Y por ello «enemigo de la Iglesia y reinado de Jesucristo y ruina de los pueblos». San Ezequiel afirmaba con fuerza contra los liberales la excelencia de la fe cristiana y los beneficios inmensos que ésta trae a los hombres y a los pueblos no sólo para la vida eterna sino también para ésta.

Pero todos los afanes de san Ezequiel Moreno en su lucha contra el liberalismo, todos sus textos y enseñanzas, no hacen sino fundamentarse en la doctrina pontificia de León XIII, el papa con el que coincidió durante toda su vida pastoral, así como en la de los papas que anteriores a él condenaron el liberalismo. Ya lo hizo Pío VI al condenar la Declaración de los derechos del hombre, en la que estaban contenidos en germen los errores del que sería el

futuro liberalismo. Años más tarde, cuando esta doctrina se iba ampliando y tomando forma, e iba siendo aceptada por los gobiernos de Europa, Gregorio XVI, con ocasión de los primeros errores de Lamennais, hizo una condena explícita en su encíclica *Mirari Vos*. Y fue después Pío IX quien, desenmascarando el error liberal en todos sus matices y fases, hizo condena formal y sistemática de ellos en el que fue el documento antiliberal por antonomasia, el «Syllabus».

Así pues, las enseñanzas antiliberales del obispo de Pasto se apoyaban y exponían la doctrina de la Iglesia acerca del liberalismo, e iban recogiendo también y haciendo suyas las exhortaciones y documentos que a lo largo de su pontificado León XIII fue añadiendo a ella. En diversas ocasiones este papa intervino, con no menos ahínco que sus predecesores, señalando los «errores de las doctrinas actuales» y «los males que se ciernen en el mundo» debido a ellas.

El fin de estos principios es liberar al hombre de todas las ataduras que constriñen su razón y voluntad, haciéndolas independientes y soberanas como principios absolutos del orden político y social, llevando a la sociedad a la negación progresiva de toda ligadura: negación de Dios en el ámbito religioso, del gobierno en el político, de la propiedad en la esfera social y de la familia en el ámbito doméstico.

Esta «nueva civilización» que se asienta sobre dichas negaciones es, por tanto, contraria a la civilización católica, que consiste en conformar la razón y la voluntad del hombre al orden establecido por Dios en todos los ámbitos. Pero en los mismos principios en los que se fundamenta encuentra su ruina, pues como señala el pontífice: «Esta doctrina es en extremo perniciosa tanto para los particulares como para los estados, porque si el juicio sobre la verdad y el bien queda exclusivamente en manos de la razón humana abandonada a sí sola, desaparece toda diferencia objetiva entre el bien y el mal; el vicio y la virtud no se distinguen ya en el orden de la realidad, sino solamente en el juicio subjetivo de cada individuo. En cuanto a la vida pública el poder de mandar queda separado de su verdadero origen natural, del cual recibe toda la eficacia realizadora del bien común; y la ley, reguladora de lo que hay que hacer y de lo que hay que evitar, queda abandonada al capricho de una mayoría numérica, verdadero plano inclinado que lleva a la tiranía».<sup>1</sup> Así, habiéndose

1. *Libertas Praestantissimum*, núm. 12.

proclamado la libertad del hombre como soberana, la sociedad camina hacia la tiranía y el desprecio del propio hombre.

A pesar de ser uno el liberalismo, es decir, de constituir un sistema de errores perfecta y lógicamente encadenados, son varias las formas que éste presenta, porque la voluntad puede separarse de la obediencia debida a Dios o de la obediencia debida a los que participan de la autoridad divina de muchas formas y en grados muy diversos. Y de aquí los varios grados de liberalismo.

Dentro de la unidad lógica del liberalismo, se presentan varios grados o matices. «Y mientras unos aceptan los principios, pero rehuyen las consecuencias, o a lo menos las más crudas y extremadas, otros aceptan alguna que otra consecuencia o aplicación que les halaga, pero haciéndose los escrupulosos en aceptar radicalmente los principios. Quisieran unos el liberalismo aplicado tan sólo a la enseñanza; otros a la economía civil; otros tan sólo a las formas políticas. Sólo los más avanzados predicán su natural aplicación a todo y para todo».<sup>2</sup>

**S**IN embargo, todos consideran y proponen como conquistas y gloria de la moderna sociedad las libertades concretas que León XIII analiza en la encíclica: libertad de cultos, libertad de expresión y de imprenta, libertad de enseñanza y libertad de conciencia. Libertades estas que consiguen expulsar a Dios de los estados; autorizar el error en la prensa, las diversiones y las costumbres; enseñarlo en las aulas... Es decir, el error pasa a estar presente en todos los ámbitos de la vida: los libros, las leyes, las instituciones, los periódicos, las conversaciones, mientras Dios es paulatinamente desterrado de todos ellos, siguiéndose así un orden social y político en el que Dios ya no está presente. «El liberalismo práctico es pues un mundo completo de máximas, modas, artes, literatura, diplomacia, leyes, maquinaciones y atropellos enteramente suyos.»

Frente a esta fundamentación naturalista de la sociedad de la que se siguen los abundantes males que se ciernen sobre el mundo, León XIII propone remedios sobrenaturales, pues este mundo hostil a Dios es también un mundo objeto de su misericordia. Y en la encíclica *Annum Sacrum* señala el remedio más fecundo y eficaz contra los males derivados del liberalismo: el conocimiento del amor de Cristo, de cuyo Corazón brota el manantial de aguas vivas, única fuente en la que la sociedad puede sa-

car las alegres aguas que rieguen la nueva ciudad: la civilización del amor. De la consagración del género humano al Corazón de Jesús espera el pontífice «resultados preciosos y durables, primero para la religión cristiana y también para el género humano todo entero».

«En estos últimos tiempos, sobre todo, se ha erigido una especie de muro entre la Iglesia y la sociedad civil. En la constitución y administración de los estados no se tiene en cuenta para nada la jurisdicción sagrada y divina, y se pretende obtener que la religión no tenga ningún papel en la vida pública. Esta actitud desemboca en la pretensión de suprimir en el pueblo la ley cristiana: si les fuera posible hasta expulsarían a Dios de la misma tierra.(...) Fatalmente acontece que los fundamentos más sólidos del bien público se desmoronan cuando se ha dejado de lado la religión. Dios, para que sus enemigos experimenten el castigo que habían provocado, les ha dejado a merced de sus malas inclinaciones, de suerte que abandonándose a sus pasiones se entreguen a una licencia excesiva. De ahí esa abundancia de males que se ciernen sobre el mundo y que nos obligan a pedir socorro a aquel que puede evitarlos. ¿Y quién es este sino Jesucristo, Hijo único de Dios, “pues ningún otro nombre les ha sido dado a los hombres por el que seamos salvados”? Hay que recurrir pues, al que es “el Camino, la Verdad y la Vida”. El hombre ha errado: que vuelva a la senda recta de la verdad; las tinieblas han invadido a las almas, que esta oscuridad sea disipada por la luz de la verdad; la muerte se ha enseñoreado de nosotros, conquistemos la vida. Entonces nos será permitido sanar tantas heridas, veremos renacer con toda justicia la esperanza en la antigua autoridad, los esplendores de la fe reaparecerán; las espadas caerán, las armas se escaparán de nuestras manos cuando todos los hombres acepten el imperio de Cristo y se sometan con alegría, y cuando toda lengua profese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

»En la época en que la Iglesia, aún próxima a sus orígenes, estaba oprimida por el yugo de los césares, un joven emperador percibió en el Cielo una cruz que anunciaba y preparaba una magnífica y próxima victoria. Hoy tenemos otro lema bendito y divino que se ofrece a nuestros ojos: es el Corazón Sacratísimo de Jesús, sobre el que se levanta la cruz, y que brilla con un magnífico resplandor rodeado de llamas. En él debemos poner todas nuestras esperanzas, tenemos que pedirle y esperar de él la salvación de los hombres».<sup>3</sup>

2. *El liberalismo es pecado*, Sardá y Salvany.

3. *Annum Sacrum*.



## Ezequiel Moreno, un obispo antiliberal

JUAN JESÚS JAURRIETA GALDIANO

### Introducción

**A** la hora de estudiar una figura tan intensa como la de Ezequiel Moreno es necesario fijarnos en la faceta por la que quizá fue más conocido en su tiempo y aún en nuestros días, la de obispo antiliberal.

Probablemente sea uno de los obispos que con mayor claridad doctrinal y vigor práctico denunció los errores del liberalismo (moderado y radical), en numerosas pastorales, cartas y sermones. Hasta el punto que aquellos hicieron una campaña mediática brutal contra él, sufrió varios atentados, fue desautorizado y reducido al silencio hasta en tres ocasiones por el Vaticano para posteriormente ser rehabilitado; fue acusado de preparar sublevaciones militares contra Ecuador y de alentar la discordia nacional y el desacato a la autoridad legítimamente establecida...

Para entender bien esta faceta antiliberal, no solo teórica sino eminentemente práctica, hay que tener en cuenta su profundo amor a Jesucristo y su entrega por las almas, de donde nace esta libertad de espíritu y esta convicción profunda de que, planteando esta batalla, hace un gran bien a las almas a él encomendadas.

Ezequiel Moreno es eminentemente un pastor de almas, un obispo misionero que hace jornadas de 27 horas a caballo para visitar enfermos; que considera como «los más necesitados de su diócesis» a los neonatos que morían sin bautizar; que implanta la Adoración Nocturna, fomenta las procesiones eucarísticas, las romerías, las misiones populares y todo acto de piedad popular; que le lleva a hacer de «obispo, monaguillo y campanero»; y esta misma vocación pastoral le lleva a alertar a sus feligreses contra el peligro social más inminente: el liberalismo.

Él vive en una Colombia todavía católica, socialmente católica, pero que ya tiene en sí el germen del liberalismo que se va propagando insidiosamente a través de las ideas y de los periódicos, hasta provocar una guerra civil (1899 – 1903) en que se enfrentaban los revolucionarios al grito de «¡Muera Cristo!, ¡Abajo la religión!» contra el ejército republicano de Colombia que entraba en combate bajo el lema «¡Viva la Religión!, ¡Viva Dios! y ¡Viva la Virgen!».

Y aunque los conservadores vencieron en el campo de batalla, quedó una situación social profundamente dividida entre ellos y los liberales. Fue entonces cuando desde el campo católico se propugnó la Concordia Nacional (1903-1905), apoyada activamente por el nuncio apostó-

lico. Por ella se fue dando entrada en el gobierno a distintos personajes liberales y tomando medidas de carácter liberal.

A esto hay que sumar que la diócesis de Pasto, de la cual era titular Ezequiel Moreno, hacía frontera con Ecuador. En esta república vecina había triunfado la revolución liberal y había entrado en el gobierno, expulsando a clero y órdenes religiosas y haciendo una política totalmente sectaria. Desde Ecuador apoyaban activamente a los liberales colombianos e inundaban de propaganda y de actividad liberal la diócesis de Pasto, haciendo de su obispo el blanco de su persecución.

La responsabilidad de su cargo y el celo misionero por las almas le llevan a impugnar todas esas doctrinas del «maldito liberalismo», no como una obsesión personal de católico español ultramontano o integrista o movido por resentimientos u odios – como dicen sus acusadores– sino movido por su amor a Jesucristo, a las almas y a las enseñanzas de los papas coetáneos a él: León XIII y Pío X.

Trata de aplicar unas doctrinas que en la teoría están muy claras aunque, alguna vez, en su aplicación práctica exijan matizaciones, y en ocasiones, con mucho pesar, se tenga que transigir con el mal menor, pero sin faltar nunca a la verdad de la doctrina católica.

Así lo entendió san Ezequiel: «... *Puede ser que no haya otra cosa mejor, y en ese caso habría que transigir por fuerza. Pero la cosa es triste, y terrible, si a eso hemos llegado*».<sup>2</sup>

### Algunos textos sobre el liberalismo

**E**ZEQUIEL Moreno veía en el liberalismo un peligro grave y constante para la fe de sus feligreses, y su conciencia le forzaba a señalarlo y gritarlo con todas sus fuerzas, para que todos lo percibieran y soslayaran. De otro modo se habría sentido traidor a su misión. No hay en ello miras humanas, intención política o asomo de odio o rencor. Se dirige a todas las almas, sin excluir a los liberales, a quienes invita a reconsiderar su actitud y tornar a la casa del Padre. Él les espera y los acogerá con el cariño y el júbilo del padre del pródigo o del pastor que encontró a su oveja descarriada:

*«Clamamos y clamaremos siempre que veamos peli-*

2. Angel Martínez Cuesta, OAR, *Ezequiel Moreno. El camino del deber*, OAR, Roma 1975, p. 493. *Carta al P. S. Matute*, Pasto, 15 julio 1897.

gros para las almas, porque ésa es nuestra obligación. Pero Dios no permita que esos clamores no procedan de caridad...»<sup>3</sup>

Ya en 1896, dos meses después de su toma de posesión en Pasto, sale en defensa de clérigos y obispos:

«No los persiguen y denigran<sup>4</sup> porque los crean malvados, perversos y capaces de los delitos e inmoralidades que les imputan. Les persiguen por la causa ya señalada por Cristo en el Evangelio, porque no son de ellos, porque no piensan como ellos. Que si de ellos fueran, que si compartieran sus ideales, los alabarían y ensalzarían. Los insultan, calumnian y maltratan porque son auténticos apóstoles de Cristo, porque son hijos fieles de la Iglesia, porque aceptan, difunden y propagan las enseñanzas de los Papas sobre el liberalismo.»<sup>5</sup>

Enseguida, desde periódicos liberales como *La voz evangélica*, le acusan «de meterse en política». A ello contesta Ezequiel Moreno:

«¿Por qué ha de ser meterse en política condenar lo que los Papas han condenado como rebelión contra la voluntad de Dios en el orden religioso? ¿Por qué ha de ser meterse en política enseñar lo que ellos enseñan? ¿Quién ha hecho a los liberales maestros del pueblo cristiano para que enseñen y decidan en esas cuestiones? Con sólo saber y sólo fijarnos en que el liberalismo es una rebelión en el orden religioso, tenemos lo bastante para condenarlo y gritar contra él, sin que se nos pueda decir la gran tontería, ya vieja y gastada, de que nos metemos en política... Obligados estamos a clamar contra el liberalismo, como lo estamos a clamar contra otra doctrina cualquiera condenada por la Santa Iglesia. Si a esto llaman meterse en política, hay que saber que nos tenemos que meter forzosamente, porque forzosamente tenemos que condenar lo que la Iglesia condena, so pena de faltar a nuestro deber y no cumplir con la misión que el cielo nos ha confiado».<sup>6</sup>

Una vez concluida la guerra civil (1899-1903), se celebra la «paz» entre liberales y conservadores, y se preconiza el sistema que tantos quebraderos de cabeza daría a Ezequiel Moreno. En 1903 publica una pastoral con motivo de la cuaresma y su tema fundamental es la paz: «Para hacer ver qué es la paz, dónde se puede encontrar, y cuan inútilmente se espera de las modernas libertades e instituciones».

3. Ob. cit. p. 313 Ezequiel Moreno, *Carta pastoral en la que denuncia a sus fieles por errónea y perjudicial para las almas «la voz evangélica»*, hoja editada en Pasto, Pasto 28 agosto 1896, en *Pastorales* 85.

4. Se refiere a Mns. Schumacher y unos PP capuchinos que fueron expulsados de su diócesis en el Ecuador y recibidos en Pasto por Ezequiel Moreno quien les encomendó labores pastorales.

5. Ob. cit. p. 320.

6. Ob. cit. p. 322 Ezequiel Moreno, *Carta pastoral en que denuncia a sus fieles «La voz evangélica»*, hoja editada en Pasto, Pasto 28 de agosto 1896, en *Pastorales* 79-86.

Se pregunta en que consiste la paz y responde que la paz es la tranquilidad del orden. (*De Civitate Dei*, 19, 13), Consiguientemente, la paz entraña dos elementos: orden y tranquilidad. Si falta uno de ellos, no es posible la paz. Si no hay orden, no hay tampoco paz auténtica, y es claro que no hay orden cuando lo que debe estar lo primero, está lo último; cuando lo principal ocupa un lugar secundario; cuando el fin se hace medio y el medio fin, es decir, cuando no se respeta o se prescinde del orden moral establecido por Dios en los mandamientos. La paz verdadera es la que nos trajo Jesucristo. Y esa paz no puede convivir con el ejercicio de las libertades modernas, porque, según enseñó León XIII, en su encíclica *Libertas*, éstas emancipan al hombre de Dios, origen del orden y, por consiguiente, apartan de la paz, que consiste en la tranquilidad del orden. El liberalismo es un cuerpo de doctrinas y procedimientos que descansa sobre principios opuestos al del cristianismo y persigue metas diversas y aun contrarias. No cabe, pues, unión ni colaboración entre los dos. Lo enseña la sana razón y lo confirma el magisterio de la Iglesia. Hay que distinguir entre paz y concordia. De los tratados de paz entre los liberales y conservadores puede haber resultado una concordia, un pacto, pero nunca la paz verdadera. Porque el liberalismo es pecado, el pecado es desorden. Y donde hay desorden, no puede haber paz. Y todavía da un paso más. De ser verdad cuanto algunos afirman sobre las ventajas recibidas por el partido liberal en el tratado, ahora tenemos menos paz que antes de la guerra. Es cierto que ya no hay, por ahora cañonazos, tiros de fusil, heridas, derramamiento de sangre, muertes, etc., pero hay menos paz que antes, y tanto menos, cuanto mayor sea la ventaja que ha sacado el partido liberal. Porque lo hemos dicho y lo repetimos, el liberalismo envuelve en sí mismo el desorden, es la negación de la paz, y, por consiguiente, cuanto más avance, cuantas más ventajas obtenga, menos paz habrá».<sup>7</sup>

En 1901 monseñor Casas, escribió un libro «Enseñanzas de la Iglesia sobre el liberalismo», que Ezequiel Moreno consideró extraordinario en su visión teórica pero un desastre en la visión práctica del problema. Por eso, al año siguiente, 1902, saca una «Instrucción con la conducta que ha de observarse con los liberales en el púlpito y en algunas cuestiones de confesionario». El padre Casas decía que en teoría no es lícito en manera alguna profesar el liberalismo, por ser tal profesión en un cristiano pecado gravísimo contra la fe...» pero a la hora de encarar el liberalismo práctico exime a los liberales materiales y sólo culpa a los jefes o liberales políticos. El Padre Ezequiel es más exigente. No admite tan fácilmente la ignorancia de los liberales materiales ni subestima su in-

7. Ob. cit. p. 454-455 Ezequiel Moreno, *Carta pastoral que dirige el Ilmo. Sr. Obispo de Pasto al clero y fieles de su diócesis, con motivo de la cuaresma del año 1903* en *Pastorales* 422-439.

flujo en la gestión del partido y, por tanto, se resiste a eximirlos de esa responsabilidad. El liberalismo no es una enteología que camine por los aires. Está encarnado en hombres, y los hombres son los que sostienen y lo hacen presente en la vida. Ni cabe afirmar que toda la responsabilidad caiga sobre los liberales formales y de corazón, es decir, sobre aquellos liberales conscientes de los errores que propugnan y de aquellos otros que consagran su tiempo a propagarlos. Estos son los más culpables, pero no los únicos. Si no contara con otros miembros, el liberalismo quedaría en pura idea, encerrado en la prensa, en el círculo o en la academia, sin medios para condicionar la vida pública y perseguir a la Iglesia. Sólo la multitud de los liberales materiales, con su colaboración, con su obediencia a las consignas, con su voto, etc., hacen posible su presencia y su actuación en la sociedad:

*«¿A qué buen católico de los nuestros se le oculta que, si no fuere por el trabajo material de los liberales materiales, no habiéramos tenido en Colombia la cruel y sangrienta guerra que hace ya tres años nos están haciendo los liberales? ¿Qué hubieran hecho los jefes de la revolución sin la ayuda de esos liberales materiales? Sólo hubieran pronunciado algunos discursos y escrito algunos artículos y folletos sobre el liberalismo, y nada más. Si, pues, los liberales materiales son los que llevan a cabo la revolución; si ellos son los que llevan a cabo los malignos proyectos del liberalismo, ¿cómo se podrá decir que hombres que causan tales daños y que están dispuestos a causarlos, si los jefes lo mandan, no tengan materia para la confesión? ¿Cómo no ha de poder obligarlos el confesor a dejar el partido liberal a que pertenecen?».*<sup>8</sup>

Sigamos, pues, haciendo comprender a los liberales materiales que hacen mal en llamarse liberales; que obran peor al pertenecer al partido liberal; que se hacen cómplices en los daños que el liberalismo causa a la Iglesia y a las almas; que pesa sobre ellos grave responsabilidad, y que, mientras estén en esa mala disposición, pelagra sin remedio su salvación eterna.

*«Enseñemos esa gran responsabilidad con celo y con amor a los que aún están en tan mala disposición. Supliquémosles por la sangre preciosa de nuestro Señor Jesucristo que dejen el partido de los que quieren gobernar sin Iglesia, sin Religión y sin Dios; y si enseñados con caridad, y rogados y suplicados por Jesucristo para que dejen ese partido, no hicieren caso ni de las enseñanzas, ni de los ruegos, ya no queda otro recurso que revestirse del celo del santo profeta Elías, y decirles, como él dijo a los israelitas: Usquequo claudicatis in duas partes? ¿Hasta cuando cojeáis por ambos lados?»*

8. Ob. cit. p. 469. Ezequiel Moreno, *Instrucciones del Ilmo. Sr. Obispo de Pasto al clero de su diócesis, sobre la conducta que ha de observarse con los liberales en el púlpito y en algunas cuestiones de confesionario*, Pasto 1902.

*(I Re, 18, 21) si Jesucristo es vuestro Maestro, vuestro Jefe, vuestro Dios, ¿por qué os colocáis en el bando de sus enemigos, y os llamáis como ellos, y lleváis su divisa, y peleáis con ellos para desterrar a Jesucristo de las naciones?»*<sup>9</sup>

## La Concordia Nacional

**Y**A en 1903 se empezó a hablar de la «Concordia Nacional», ese sistema pensado para «pacificar» la sociedad y que consistía en ir dando poco a poco entrada a los liberales en el gobierno. Ezequiel Moreno fue muy explícito con este tema, no rechaza la concordia sino «esa» Concordia, porque sabía que equiparaba verdad y error, desconocía derechos sustanciales de Jesucristo y entrañaba peligro de indiferentismo;

*«Conste que no queremos ni pedimos guerra al no querer la unión con los liberales para gobernar la nación. Sólo queremos que no se haga esa unión, porque es en perjuicio de la religión nacional, que es la católica, apostólica, romana. Los liberales, al querer la unión con los católicos para gobernar la nación, ¿tratan de que se gobierne con los principios católicos o con los liberales? ¿No es cierto que no prescindirán de los principios liberales, y que tratarán de introducirlos en cuanto puedan en el gobierno de la nación? ¿Y no es cierto también, y hasta evidente, que si los liberales ocupan los ministerios, gobernaciones y otros cargos, tendrán más facilidad de ir introduciendo sus ideales en el régimen de la nación, y aun en las inteligencias de los dependientes de los ministerios y de los otros cargos que desempeñan?... Y si es claro e indudable y es también claro e indudable que cuanto más gana el liberalismo más pierde el catolicismo, y que éste desaparece en proporción rigurosa de lo que aquél avanza, ¿quién puede extrañar que gritemos contra esa unión? Eso no es querer guerra. Es trabajar por que no ganen terreno los principios liberales; es hacer que la nación sea gobernada con los principios del catolicismo, a lo que tiene derecho la inmensa mayoría de los ciudadanos de la nación, que se precian de ser católicos».*<sup>10</sup>

Su voz no cayó en desierto ni quedó ahogada en los pechos de sus oyentes. En 1904 alrededor de un millar de hombres de Pasto, encabezados por las autoridades y prohombres de la ciudad, firmaban un manifiesto, en que se hacían eco de las ideas de su obispo:

*«Nosotros, los suscritos, vista la hoja impresa titulada Concordia Nacional, (...) Declaramos a la faz de la nación, que no queremos concordia y unión sino es con los que quieran unirse sobre las bases siguientes:*

9. Ibid. Ob. cit. p. 474.

10. Ob. cit. p. 512-513 Ezequiel Moreno. *Circular sobre la mala prensa*, Pasto, 14 septiembre 1904, en *Pastorales* 129.

1.- Sincero reconocimiento de la soberanía social de Jesucristo.

2.- Que, como consecuencia de esa soberanía social de Jesucristo, todas las costumbres sociales y las leyes de la nación tengan por fundamento la doctrina de Jesucristo y enseñanzas de su Iglesia.

3.- *Que los que se llaman liberales admitan en toda su integridad las doctrinas de la Iglesia católica, apostólica, romana, desde el Credo Apostólico hasta el Syllabus y últimos documentos pontificios que condenan el liberalismo, con todas las modernas libertades de perdición proclamadas bajo ese nombre común*.<sup>11</sup>

Esta protesta resonó en todos los rincones de la nación y le creó la fama de obispo intransigente y beligerante que le acompañaría toda su vida.

En esta situación de desconfianza y de recelos tuvo lugar uno de los incidentes más destacados en la azarosa vida de san Ezequiel Moreno, la cuestión de los telegramas cruzados con el presidente de la República. La cuestión tuvo origen en un telegrama que el presidente mandó a la Secretaría de Estado del Vaticano dándole las gracias por haber enviado al Sr. Ragonesi como nuncio y encomiando su labor «*de pacificación y concordia que ha prestado a nuestro país*», al cual contestó la Secretaría de Estado en este sentido:

«Su Santidad, enterado del telegrama de V.E. se complace en constatar conducta de su Representante. Corresponde profundamente a sus sentimientos de pacificación y concordia, y agradece a V.E. su pública manifestación, destinada a afianzar amistosas relaciones entre Santa Sede y Colombia».<sup>12</sup>

El presidente Reyes consideró que el telegrama envolvía una aprobación pontificia de la tan discutida «Concordia Nacional», o que al menos podía ser interpretado en ese sentido. Y se apresuró a transmitirlo a todos los obispos de la nación. La instrumentalización política del telegrama era evidente, y Ezequiel Moreno se dio cuenta enseguida, consideró que estas interpretaciones equívocas eran peligrosas y podían sembrar confusión en temas importantes y su conciencia le forzó a consignarlo.

«*Señor Presidente de la República. Bogotá: Tengo el gusto de acusar a usted recibo de telegrama del veintitrés con cablegramas cruzados con Vaticano. Hago míos en absoluto y con el mayor placer sentimientos de pacificación y concordia del Santo Padre, porque creo firmemente que están de acuerdo con lo que Dios quiere en ese punto. Esperaba ocasión, y aprovecha ésta, para decir lo siguiente, que exige ya la conciencia.*

*La palabra Concordia tiene ya un sentido ambiguo, al menos, por estos lugares. Los liberales han dado a*

*entender aquí que esa palabra concordia, aun salida de los labios del Santo Padre o su Representante en Colombia, significa que hay que reconciliarse con el liberalismo, y condena a los que enseñan que no es posible esa reconciliación. Protesto con toda mi alma contra esa interpretación, como injuriosa a la Santa Sede, y añado que creo y confieso una vez más, a la faz del mundo, que el Romano Pontífice ni puede ni debe reconciliarse, ni transigir con el liberalismo moderno. Así lo enseñó Pío IX de modo infalible, y jamás habrá Pontífice romano que enseñe cosa contraria. La pureza de la fe y la salvación de las almas hacen ya necesaria esta declaración*».<sup>13</sup>

En Bogotá el telegrama provocó un auténtico incendio. El Gobierno se sintió desautorizado y gravemente ofendido. Protestó ante el nuncio y envió a un ministro a Roma para que negociara con la Santa Sede el definitivo apartamiento del padre Moreno de la diócesis de Pasto. El ministro de Asuntos Exteriores envió una nota airada y alarmista al nuncio en la que expresaba el temor de que «el exagerado celo religioso del Sr. Moreno, del que ha dado tantas muestras, termine por desembocar en una abierta rebelión contra las autoridades».

Por su parte, el nuncio Ragonesi acoge plena e injustificadamente<sup>14</sup> la interpretación del gobierno y la trasmite inmediatamente a Roma, sin molestarse en pedir antes explicaciones al encausado y añade todavía más, no sólo dice que el telegrama envuelve una protesta brusca e irreverente contra la política pacificadora del gobierno, sino que argumenta también que «se deja llevar de un celo excesivo contrario a las necesidades más urgentes y vitales de la nación y la aspiración de todos los buenos a una época de paz».

Es tal el volumen que va adquiriendo el asunto que Ezequiel Moreno quiere apelar a Roma, pero el nuncio no se lo admite y le manda ir a Bogotá.

El hacerle ir a Bogotá por parte del nuncio y del presidente Reyes no tiene otro objeto que exigirle una retractación del telegrama. El nuncio tuvo varias reuniones con Ezequiel Moreno en las que trataba de que «aclarase» el telegrama, a lo cual no se oponía Ezequiel Moreno, siempre y cuando la aclaración fuese en los términos establecidos por él. La tensión va subiendo entre las partes hasta que Ezequiel Moreno desiste de escribir esta aclaración y así se lo comenta al nuncio. Éste, «*indignado y con modos autoritarios procura hacerle cambiar de actitud*». Ezequiel Moreno conserva mejor la calma: «*No es nece-*

13. Ob. cit. p. 535. *Ezequiel Moreno, Telegrama al Presidente de la República*, Pasto 27 de marzo 1905, en Minguella, *Biografía*, 296-297.

14. Ragonesi, era recién llegado a Colombia y este era su primer destino como diplomático. Tenía fama de conciliador y de negociador. Desde el principio tuvo varios enfrentamientos con Ezequiel Moreno, y en sus actuaciones, aunque no hay graves irregularidades sí que se observan continuamente actitudes de animadversión contra él.

11. Ob. cit. p. 506 *Protesta necesaria y urgente*, Pasto, 21 de marzo 1904, en PAPA, *Disquisitio* 280,281.

12. Ob. cit. p. 5333 *Telegrama del Ilmo. Sr. Secretario de Estado. Cardenal Merry del Val, al Ilmo. Sr. Presidente de la República*.

sario que me mande. Si V.E. lo desea verdaderamente, escribiré esa carta. Solo le ruego que me permita manifestar a mis consejeros que V.E. me amenazó con un precepto». Pero el nuncio no se atreve a comprometerse tanto. No obstante, el padre Ezequiel rinde su juicio y el de sus consejeros y se aviene a escribir una aclaración.

En ella asegura que el telegrama no entraña rebelión alguna contra la legítima autoridad del Gobierno, y continúa:

«Los enemigos de la Iglesia, en mi diócesis, haciendo mal uso de la palabra concordia, que se ha venido pronunciando en el sentido de que no haya más guerras y reine la paz, para que los ciudadanos puedan trabajar y así progrese la nación en agricultura, industria, vías de comunicación, comercio, artes y ciencias, no concretaban dicha palabra a esa sola significación, sino que la extendían mucho más, dando a entender que se podían hacer transacciones y alianzas entre la verdad católica y los errores modernos, condenados por los Romanos Pontífices, particularmente por Pío IX y León XIII en su encíclica *Libertas*, y que a favor de esa misma concordia se reconocían ya dichos errores como buenos para gobernar con ellos. No pudiendo dejar que se propagaran en mi diócesis tales errores, que son, según los Romanos Pontífices citados, la verdadera causa de la ruina de los Estados, me creí en el deber de recordar esas enseñanzas. Tal fue el fin que me propuse al mandar el telegrama de que se trata, y tengo el mayor gusto en declararlo así, para alejar toda sospecha de que envuelva un acto de rebelión».<sup>15</sup>

Esta aclaración fue aceptada por el presidente y por el nuncio, aunque en ella introdujeron rectificaciones al texto presentado por Ezequiel Moreno, y ambos la saludaron con entusiasmo increíble. No así Ezequiel Moreno:

«En mi nota, en vez de enemigos de la Iglesia había puesto yo liberales, y en vez de errores modernos, errores liberales, pero lo cambió el Ilmo. Sr. Nuncio para dar gusto al Presidente. Conseguí que se hiciera mención de Pío IX y de la encíclica *Libertas*, para que, con facilidad, se comprendiera de qué errores se habla. Como observará, digo en mi nota más de lo que dije en el telegrama famoso, porque no sólo digo que no cabe conciliación entre la Verdad católica y errores liberales, sino también que no se puede cooperar en gobernar la nación con esos errores».<sup>16</sup>

A partir de estas actuaciones, justo antes de que se le declarase el cáncer que terminaría con su vida en 1906, la persecución de los radicales fue atroz, llena de insultos, sarcasmos y calumnias, hasta el punto de que feligreses

suyos quisieron acudir a los tribunales para defender a su obispo. Él les disuade:

«Agradezco la buena intención de los que eso han pensado. Pero no deseo que se apele a ese medio tratándose de mí, que perdono de todo corazón a los que me ofenden. Me repugna batallar cuando puedo ceder sin faltar a mi conciencia, y sólo lucho cuando un deber de justicia o de caridad me obliga. Además, he puesto siempre mi causa en manos de Dios, y me ha ido muy bien».<sup>17</sup>

Otra vez su celo por las almas, su ardiente caridad, su amor a la verdad y su fidelidad a la Iglesia son las claves para entender su firme postura y su santa intransigencia con el error. He aquí el porqué de esa santa libertad de espíritu:

«Sólo un miedo está permitido a los sacerdotes, y, sobre todo, al obispo: el miedo que tuvo el gran obispo San Hilario de Poitiers, y expresó con estas palabras: «Tengo miedo del peligro que corre el mundo, de la responsabilidad de mi silencio, del juicio de Dios».<sup>18</sup>

No se hace vanas ilusiones y sabe que su batalla no va a detener el curso de la Revolución, pero busca por lo menos que un alma se convierta, eso sería para él suficiente recompensa.

«¡Ojalá que tuviéramos el consuelo que tuvo el padre del hijo pródigo! Sí, ¡ojalá que pudiéramos estrechar contra nuestro pecho con dulcísimo y paternal abrazo a algún hijo pródigo o a muchos que, conociendo sus desvaríos, vuelvan a la casa del Padre Celestial! Grande sería nuestra dicha en ese caso y sin igual nuestro regocijo».<sup>19</sup>

Ve el curso de la Revolución y sus consecuencias. Ya en 1904 escribía:

«La cuestión religiosa está perdida en Colombia, y está perdida por no haber querido o sabido aprovechar el triunfo que Dios nos dio sobre sus enemigos. Se les ha dejado hacer lo que han querido, y han triunfado».<sup>20</sup>

Entonces pone toda su confianza en Dios, porque si Él no construye la casa en vano se afanan los arquitectos y sólo el estar «agarraditos» a Él es garantía de salvación. Contra el naturalismo, sobrenaturalismo.

«... Que si Dios no nos ayuda de una manera especial, será difícil contener el empuje de esa corriente de liberalismo que todo lo inunda. (...) esa corriente que digo arrastrará a todos los que no estén muy agarraditos a Dios».<sup>21</sup>

17. Ob. cit. p. 553.

18. Ob. cit. p. 552 Ezequiel Moreno, *A mi amado y venerable clero*, Pasto 1905, en *Pastorales*, 570-575

19. Ob. cit. p. 312-313 Ezequiel Moreno, *Carta Pastoral en la que da la voz de alarma a sus fieles con motivo de haber circulado por su diócesis ciertos periódicos llenos de errores liberales*, en *Pastorales* 76-77.

20. Ob. cit. p. 508 Ezequiel Moreno, *Carta al P. Fernández*, Pasto 6 de junio 1904, AGOAR, 148.

21. Ob. cit. p. 508.

15. Ob. cit. p. 549 Ezequiel Moreno, *Carta al Excmo. Sr. Presidente de la República*, Bogotá, 12 junio 1905, en Minguella, *Biografía*, 298-300.

16. Ob. cit. p. 550 Ezequiel Moreno, *Carta al Ilmo. Sr. Rojas*, Bogotá, 21 junio 1905, AGOAR, 149.

## Ezequiel Moreno, su espiritualidad y su acción apostólica

MIGUEL SAGREDO ECHAVE-SUSTAETA

**P**ARA entender la espiritualidad de Ezequiel Moreno y su vigor apostólico, hemos de buscar sus raíces que no son otras que la verdadera devoción al Corazón de Jesús y la confianza en Él. Su alegría y su fortaleza nacían de su amor al Corazón de Jesús.

Siendo obispo, el 3 de mayo de 1903, y estando en la costa del Pacífico, escribe a las hermanas de la Liga Santa de Víctimas del Sagrado Corazón una carta en la que, de contar alguna noticia suya, pasa inmediatamente, como sin darse cuenta, a expresar la dulzura de su amor a Jesucristo: «Va ésta a decirles que las tengo presentes en el Sagrado Corazón de nuestro amado Jesús en estas soledades. ¡Qué consolador es tener por estos retiros a un Dios a quien amar y con quien tratar! ¡Y qué triste sería esto sin ese Dios amoroso!... ¡Oh, dulce Jesús mío, voy en tu compañía, y en tu compañía andan también mis hermanas! Te amo con ellas a todas horas, y no estoy solo, no, no estoy solo, Jesús mío. Estás conmigo y te amo, y todo lo tengo. Si te ocultas para probar mi fidelidad, te busco, y unas veces te dejas encontrar y, lleno de amor, me dices: “aquí estoy”. Y te siento, y lloro de gratitud y de amor. Y otras quieres que lloro de hambre por encontrarte, y me parece que en este caso me lo agradeces más, y me lo pagarás mejor.

»Pero no me dejes, Amor mío, no me dejes solo en estas soledades. No tengo otra cosa en estos rincones, ni otra cosa quiero tampoco. Es preciso, dulce Jesús mío, que por aquí lo hagas todo tú, que me llames, que me muevas, que me lleves y arrastres hacia ti, porque las demás cosas del culto no me animan. ¡Jesús mío!, te veo entre paredes arruinadas y veo tu casa llena de goteras, como la de un pordiosero. ¡Dueño del Universo!, ¡Qué pobrecito estás en tantas partes del mundo por nuestro amor!.

»¡Jesús de mi alma! ¿Qué hago para amarte mucho? Dime, bien mío, dime... ¿qué hago? ¿por qué, buen Jesús, por qué no obras el prodigio de matarme de amor hacia

ti? ¡Ven, Jesús mío, ven y sacia mi pobre alma! ¡Ven y andemos juntos por estos montes y valles cantando amor! ¡Que yo oiga tu voz en el ruido de los ríos, de los torrentes, de las cascadas! ¡Que me llame hacia ti el suave roce de las hojas agitadas por el viento! ¡Que te vea, Bien mío, en la hermosura de las flores! ¡Que los ardientes rayos del sol de la costa sean fríos, muy fríos, comparados con los

rayos de amor que me lance tu Corazón! ¡Que las gotas de agua que me han caído y me caigan, sean pedacitos de tu Amor que me hagan prorrumpir en otros tantos actos de tu Amor! Que mi sed, y mi cansancio, y mis privaciones, y mis fatigas sean... ¿Qué, Amor mío, qué han de ser? ¡Ah! ¡Ya lo sé y Tú me lo has inspirado! Que sean suspiros de mi alma enamorada, cariños, Amor mío, ternuras, afectos, rachas huracanadas de amor. ¡Pero loco... Jesús mío, loco! ¡Te lo he pedido tantas veces...! ¿Cuándo, mi Jesús, me oyes? ¡Ah! ¡Te amo de todos modos! Si, Jesús mío, de todos modos te amo.

»Me puse a hablarles, mis carísimas hermanas y todo se lo llevó Él. Mejor, ¿no es así? Así es porque hablando de Él es como mejor nos entendemos...».

El padre Ezequiel en su ministerio apostólico no parte sino de este amor a Jesucristo, no sufre sino al ver que Jesús es ofendido y despreciado, y no pretende otra cosa sino enamorar a los hombres de su Amado. De ese mismo amor viene también su increíble capacidad de sufrimiento, pues él no quiere goce alguno del mundo visible en tanto Jesucristo sea crucificado por los pecadores. En el reglamento de la Liga Santa por él compuesto enseña a las hermanas que a poco que un alma profundice en el abismo de dolores de amor del Corazón Sagrado de Jesús no se contentará con admirarlos, sino que deseará con ardor acompañar a su Amado en sus dolores.

Como director espiritual que fue, pasó largas horas al día en el confesionario, a pesar de que dado sus cargos como superior religioso primero y luego como obispo, nunca le sobró el tiempo. Siempre tuvo una gran solicitud



hacia las almas que a él se confiaron. En una ocasión escribe a un alma atormentada por escrúpulos de conciencia:

«¿Por qué desconfía? –escribía–. Luche y espere en las bondades del Corazón de Jesús... No, no crea nunca que el Señor la va a arrojar de un modo definitivo y, espere siempre contra toda esperanza y, clame y grite al divino Corazón, con tanto mayor motivo, cuanto mayores sean sus peligros... Se ofende al Señor no esperando la gracia y la gloria».

Y en otra ocasión: «En la carta a que contesto me habla de su cruz más que en otras, y en toda ella se echa de ver una aflicción mayor que en otras ocasiones. ¿Cuándo va a dar a esa cruz un abrazo cariñoso y me va a decir que la besa y la bendice? Mientras no haga eso y la cargue animosa, se verá siempre agobiada por su peso, triste y sin ánimos para nada. ¿Y qué va sacando de no decidirse a ofrecer a Dios todo con buena voluntad y alegría del corazón? Pérdidas, y grandes, es lo que saca. Por una parte, lejos de aliviar sus desgracias temporales, las agrava y por otra, pierde los muchos méritos eternos que ganaría sufriendo mejor.

Otra faceta importante del padre Ezequiel era su servicio a los enfermos, fruto visible de su trato con el Sagrado Corazón, manso y humilde de corazón.

Un religioso recordaba de su antiguo rector de Monteagudo: «Durante el tiempo que yo permanecí en la enfermería con las viruelas, noté, y conmigo lo notaron los demás que allá estábamos, que todas las noches, mientras hubo alguno grave, subía el Padre Rector entre una y dos de la mañana a la enfermería, y entraba en las celdas de todos, sin duda con el fin de ver si nos faltaba algo. Debía andar con alpargatas, pues no hacía el menor ruido».

Los avisos nocturnos para atender a los enfermos los atendía él mismo siempre que podía. Un día, estando de superior en la parroquia de La Candelaria de Bogotá, en una sola noche hubo de salir a atender a enfermos tres veces, y cuando al día siguiente unos seculares amigos le vieron pálido y desfallecido, al saber la causa, le preguntaron por qué no había avisado, al menos la tercera vez, a alguno de los otros padres. «Pobrecitos hijos míos –respondió–, trabajan tanto de día... Subí en la tercera confesión a llamar a alguno de ellos, entré en sus cuartos y los vi tan tranquilos.»

Todavía durante su última enfermedad, cuando apenas se tenía en pie por los dolores y la debilidad, el padre Ezequiel aún se iba como podía a confortar a los enfermos hospitalizados en la misma clínica.

La mayor parte de sus días y sus fuerzas, las empleó en visitas a parroquias, animar a los curas y catequesis de niños, sentado en ocasiones con ellos en el suelo por falta de sitio. También introdujo la Adoración Nocturna, Mes de Mayo, devoción a San José y retiros y ejercicios. Siempre los pobres y enfermos fueron los predilectos.

Dormía a menudo cinco horas, y dedicaba cada día a

la oración unas seis horas. Durante la oración, como él mismo atestigua, el Señor le dejaba normalmente en el desierto de la aridez.

«Es lo ordinario que nuestro buen Dios me tenga amándole sólo con la voluntad, sin que este corazón sienta lo que la voluntad quiere. ¡Él sea bendito! No sé el tiempo que tendrá señalado para que yo le ame sólo a puro esfuerzo de voluntad, sin experimentar esos consuelos que tanto facilitan los caminos del sacrificio y que hacen de la tierra un cielo. Este cielo en la tierra no lo tengo».

El amor del santo obispo de Pasto estuvo siempre centrado en el Sagrado Corazón de Jesús, y fomentó siempre en los demás esta devoción, acentuando sobre todo la solidaridad de amor debida a los dolores internos de ese Corazón santo.

El padre Minguella describe las duras y sangrientas penitencias con que afligía su cuerpo. Han de entenderse ante todo como un modo de participar en los dolores del Corazón de Cristo, en los que se produjo la expiación suprema por el pecado del mundo.

«Yo quiero sufrir en tu compañía, con tu divina gracia. Yo me compadezco de tus agonías, y te las agradezco con toda mi alma y os amo, Jesús mío, te amo con todo mi corazón...». «Yo, Amado de mi alma, para imitarte, abrazo con el más tierno afecto los dolores, las enfermedades, la pobreza y las humillaciones, y las considero como hermosas partecitas de tu Cruz. Como tú, oh amor mío, quiero vivir pobre, ultrajado, menospreciado, adolorido, llagado de pies a cabeza, clavado contigo en la cruz. Y si te place, llegar en ella, como tú, hasta el extremo de ser abandonado y privado de la sensible asistencia del Padre Celestial.»

Este amor al Crucificado es lo que explica en san Ezequiel Moreno, obispo, el atrevimiento sin límites de su acción pastoral, únicamente finalizada en el honor de Dios y el bien de los hombres. Y ese enamoramiento de Cristo es lo que da razón, igualmente, de la extrema pobreza personal de fray Ezequiel: pobreza, miseria casi, en sus ropas personales, escasas, viejas, y remendadas; frugalidad en sus comidas; austeridad absoluta en sus viajes, absteniéndose a veces de visitar santuarios o familiares, o de acudir a restaurantes, alojándose en conventos pobres, o de socorrer a sus propios parientes pobres; privaciones personales máximas para máximas limosnas a los pobres...

Él había hallado en Cristo su tesoro, y para adquirirlo, se desprendió de todo. Con tal de gozar del amor de Cristo, todo lo demás le parecía nada y estéril. Él en medio de tantas persecuciones y miserias del mundo, e incluso del mundo eclesiástico, hacía suyo el convencimiento absoluto del Apóstol: nuestras penalidades, que son momentáneas y ligeras, nos producen una riqueza eterna, una gloria que las sobrepasa desmesuradamente; y nosotros no ponemos los ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; porque las visibles son temporales; las invisibles, eternas.

# Cristiandad y revolución liberal en Hispanoamérica

JOSÉ I. ARANGUREN

## El despotismo ilustrado

LA secularización de la vida social vino impuesta progresivamente en el siglo XVIII por el despotismo ilustrado de unas minorías gobernantes, las aristocracias de las Cortes y la alta burguesía. Este proceso conducirá rápidamente a su lógico término: primero en Francia, a fines del siglo, con la Revolución francesa, y enseguida, a lo largo del XIX, en los demás países de antigua raíz cristiana, por medio de la Revolución liberal, se llegará a afirmar abiertamente en códigos y constituciones lo que antes se decía solamente en reducidos grupos de filósofos e iniciados: que *la soberanía y origen del poder está en el hombre, y no en Dios*; y que, en definitiva, la última instancia para juzgar del bien y del mal es el propio hombre. En esta visión, el único modo por el que pueden los hombres llegar a ser adultos, más aún, *dioses*, «conocedores del bien y del mal» (Gén 3,5), es sacudiéndose toda dependencia de Dios.

Por lo que a España se refiere, en los tiempos de Carlos III (1759-1788) no se llega todavía a ese término en la vida política, pero se avanza mucho en esa dirección. La Corona aún se sigue declarando *católica*, y reconoce todavía, verbalmente al menos, la soberanía de Dios sobre los reinos de las Españas; pero la coherencia y sinceridad de estas profesiones es cada vez menor.

La política ilustrada de los ministros de Carlos III –bastantes de ellos afiliados a logias masónicas–, apoyada por la gran difusión de las ideas de la *Enciclopedia* en la aristocracia española, sujeta a las modas e ideas que venían de Francia, produjo graves perjuicios a la Iglesia en los territorios de España, y muy especialmente en las misiones de América. Así, la expulsión de los jesuitas en 1767 acabó con muchos colegios y universidades, y desbarató las magníficas reducciones de indios. Y esos mismos vientos siniestros siguieron soplando en California, en los tiempos de fray Junípero Serra, quien todavía consiguió fundar en el canal de Santa Bárbara la misión de Nuestra Señora de los Ángeles (1781) y la de San Buenaventura (1782). Es un hecho cada vez más patente el empeño secularizador, y más claro su propósito de imponer una «revolución desde arriba», en contra de lo que el pueblo piensa y quiere.

## La independencia de la América hispana

Desde México a la Patagonia, el Imperio hispanoamericano se mantuvo unido bajo la Corona durante tres si-

glos, compartiendo una misma lengua, ley y religión, y formando un gran cuerpo social, que en 1800 es sin duda muy superior, tanto en su volumen demográfico como en su desarrollo económico y cultural, al de Brasil o al de las Trece Colonias de la incipiente América anglosajona del norte.

Las Trece Colonias primeras de los Estados Unidos se independizan en 1776. Y el estallido de la Revolución francesa se produce en 1789. No hay, sin embargo, por esas fechas en la América hispana un ansia de independencia respecto a la metrópoli, aunque sí es cierto que durante el siglo XVIII, vigente cada vez más el espíritu de la Ilustración, la acción de España en América pierde en buena parte su sentido evangelizador y se va endureciendo más y más, con lo que crecen las tensiones entre criollos y peninsulares.

Sin embargo, los hispanoamericanos reaccionan todavía en favor de la Corona española con ocasión de la invasión napoleónica de la península (1807-1808), y constituyen Juntas que, acatando la autoridad de Fernando VII, pronto derivaron en auténticos gobiernos locales. En efecto, poco después la debilitación política de la lejana metrópoli y el sesgo liberal de las Constituciones de 1812 y de 1820, hacen que los grupos dirigentes criollos –políticos locales, clero, comerciantes y hacendados– se decidan a procurar las independencias nacionales. Y el pueblo llano, que se veía forzado a repartirse o bien al servicio de los dirigentes independentistas liberales o bien al de los realistas, más tradicionales, hubo de sufrir una serie de guerras civiles muy crueles, de las que salieron las independencias de las nuevas naciones.

De este modo, en muy pocos años, y generalmente de forma improvisada, se decidió la suerte de un continente. El proceso no fue fácil. Los *libertadores* hubieron de enfrentarse muchas veces a las masas populares, que no veían claro aquel salto en el vacío, y que con frecuencia, por instinto, temían más la próxima oligarquía criolla que la lejana Corona española. Los propios dirigentes criollos se mantuvieron muchas veces dubitativos hasta última hora, cuando, ante la debilidad de Fernando VII, optaron por acrecentar su propio poder con la independencia.

Por otra parte, los generales Bolívar, Sucre, San Martín, imitando a Napoleón, atravesaron también ellos los Andes y las fronteras incipientes, decididos a escribir la historia a punta de bayoneta, rubricándola con el galope de sus caballos.

No olvidemos, por lo demás, que unos y otros, políticos y generales, se vieron decisivamente apoyados por agentes extranjeros, principalmente ingleses, norteameri-

canos y franceses, hambrientos desde hacía siglos de la América hispana. Las logias masónicas, que ya en el siglo XVIII habían difundido por el continente el espíritu de la Ilustración, anticristiano, racionalista y libertario, constituyeron entonces la red eficaz para todas estas conexiones e influjos convergentes. Bolívar, San Martín, Sucre, O'Higgins, fueron masones de alta graduación, lo mismo que Miranda y otros líderes de la independencia; y también lo eran en España muchos de los políticos liberales y de los militares que favorecieron la emancipación.

Por último, como señala Salvador de Madariaga (*Bolívar* I,53), la invasión napoleónica de la península «impidió a España que reforzara a tiempo con sus armas la mayoría que en el Nuevo Mundo, hasta 1819, fue favorable a la unión».

### Historia falsa para naciones nuevas

A partir sobre todo de 1821 las independencias de las nuevas naciones de la América hispana se producen en cascada. Pero hasta última hora, hubo una posibilidad, y quizá una probabilidad, de que Hispanoamérica permaneciera unida, formando de una u otra forma una especie de *Commonwealth*. Muy rápidamente, sin embargo, se produjo la descomposición del mundo unido hispanoamericano.

Así fueron naciendo un buen número de estados, que correspondían más o menos a las partes menores del imperio hispano, audiencias, capitanías generales o intendencias. Desde un principio, Miranda, Bolívar, Artigas, San Martín o Rodríguez de Francia pensaron en una gran unión de naciones hispánicas; pero aquello era entonces sólo un sueño. La *unidad real* de México a la Patagonia había existido durante tres siglos, pero una vez rota, era ya irrecuperable. El presente de la América hispana estaba sellado por la *división*, y con relativa frecuencia por el *enfrentamiento fratricida* entre naciones vecinas.

En todos los lugares ocurrió lo mismo: se hacía preciso y urgente crear una nueva *identidad nacional*. Pero la tarea que recaía sobre la oligarquía local era realmente muy difícil. ¿Cómo hacerlo? Era imposible fundarla en *indigenismos* ancestrales, menospreciados entonces, a veces múltiples y contradictorios, y en todo caso, a la vista de ciertas insurrecciones recientes, de muy peligrosa exaltación. Tampoco era posible acudir a la *raíz hispánica*, pues la emancipación se había hecho precisamente *contra* ella.

Quedaba, pues, sólo afirmar la propia identidad nacional *contra los países vecinos y más hondamente contra España*, rompiendo lo más posible con el pasado, con la tradición, partiendo de cero, y procurando eliminar de la memoria histórica aquellos tres siglos precedentes de real *unidad hispano-americana*, que en adelante no serían sino un *prólogo* oscuro y siniestro del propio *logos* nacional luminoso y heroico.

Todo esto, claro está, no podría hacerse sin una profunda y sistemática *falsificación de la historia*, que en la práctica habría de llegar a niveles sorprendentes de distorsión, olvido e ignorancia. Así, por ejemplo, sería preciso fingir que en las guerras de la independencia las *naciones americanas* se habían alzado, como un solo hombre, contra el yugo opresor de la *Corona hispana*. Sería urgente también engrandecer los hechos bélicos, y más aún mitificar los héroes patrios recientes.

### La revolución liberal en Hispanoamérica

EL caos político que en el XIX se va haciendo crónico y el subdesarrollo económico consecuente no proceden en América principalmente del hecho de la independencia, o del temperamento, o del clima, o de la cultura de tradición hispana: provienen del *paso en la vida pública del Evangelio a la Ilustración liberal*: es decir, nacen, ya desde finales del XVIII, de la ruptura con la tradición, del liberalismo político y del liberalismo económico, es decir, del capitalismo salvaje que a partir de la independencia se impone en sus formas más puras.

«En conjunto, se trataba de imponer la *nueva* cultura... una moral nueva, la occidental, que habla de las excelencias del crecimiento *material*, del triunfo y del éxito *individuales*, de una sola idea válida de *progreso*, o de los *beneficios* del ahorro y de la laboriosidad, frente a una moral coherente, basada en la solidaridad, la reciprocidad y la cooperación. El ocio, que era en aquellas comunidades participativo y variado, se vio convertido en una mercancía de consumo para continuar la tarea desarticuladora iniciada en la familia y en la escuela. La culminación vendrían cuando, en pleno siglo XIX, se instaura, falsamente, el engaño del *parlamentarismo*, como única forma posible de gobierno democrático». (Miquel Izard, en *Latinoamérica, siglo XIX; violencia, subdesarrollo y dependencia*)

### La política del liberalismo

Como la emancipación de la América hispana no había sido preconcebida, hubo que improvisar las nuevas formas políticas entre prisas y provisionalidades, al paso de los acontecimientos. En este apuro, las clases dirigentes criollas, más bien perplejas, fueron pronto orientadas por liberales, radicales y logias, y así no pensaron en construir, al viejo modo de la tradición hispana, una *democracia real y orgánica* —concejos y gremios, juntas y fueros—, sino que, siguiendo la vía inglesa, o mejor, francesa, adoptaron formas de *democracia aparente e inorgánica*.

De esta manera, bajo lemas de progreso y modernidad, se hizo cuanto fue posible por eliminar todos los núcleos naturales y todas las formas tradicionales, indígenas o hispanas, de asociación, para transformar así al



*Simón Bolívar*



*José de San Martín*



*Francisco Miranda*

*pueblo* en una *masa*, perfectamente manipulable al haber perdido sus raíces históricas. Se consiguió, pues, que unos pequeños grupos oligárquicos, con bancos y prensa, logias y partidos, usurpasen para mucho tiempo un poder político omnímodo: el poder que dio lugar al Estado liberal moderno.

Los liberales hallaron con frecuencia en *el positivismo* la justificación filosófica de la violencia política sobre las masas. Es muy significativo que durante más de medio siglo desde el último tercio del siglo XIX, la mayoría de los gobiernos de América latina fueran dictaduras que se califican a sí mismas de *Orden y Progreso*; el lema, por ejemplo, de la bandera del Brasil.

El pleno desarrollo del capitalismo liberal exigía la formación de grandes capitales y de mucha mano de obra barata. Se eliminó entonces casi totalmente la propiedad comunal (resguardos, ejidos, etc.), y totalmente la propiedad eclesiástica. Lógicamente, la oligarquía virreinal se llevó la parte del león en la desamortización. El resultado fue el fortalecimiento del latifundismo. Llegaron así a producirse grandes latifundios y poderosas empresas, controladas frecuentemente por capital extranjero.

En efecto, con el enriquecimiento de la oligarquía se fue produciendo a lo largo del siglo XIX un crecimiento de la dependencia del poder económico extranjero. Empresarios y comerciantes, y lo mismo políticos o caudillos en apuros —y tantas veces se veían en apuros—, buscando sus ventajas personales, se hicieron con mucha frecuencia meros abogados de los intereses forasteros.

La invasión del poder económico extranjero se produjo, a mediados sobre todo del XIX, por la implantación local de filiales de bancos extranjeros, británicos primero (*London Bank of South America, Mexican Bank, Anglo-*

*Argentine Bank*, etc.), alemanes después, y en seguida franceses e italianos, belgas y norteamericanos. Añádase a esto el control británico de grandes actividades agropecuarias en Argentina o Brasil, el capital norteamericano introducido en la explotación del azúcar o la fruta, y el dominio de unos y otros sobre la producción y el comercio de nitratos, cobre, café, máquinas...

En esa misma lógica se inscriben ciertas *pérdidas territoriales*, a veces enormes, como las producidas en México. Ya en 1803 el gobierno español devolvió la Louisiana a Napoleón, y éste la vendió a Washington. Pues bien, en 1848, en la guerra con los Estados Unidos, México cede casi la mitad de los territorios que tenía al emanciparse, Texas, Nuevo México, Arizona, California, Utah, Nevada y parte de Colorado, gracias a la complicidad de políticos liberales.

Con todo esto, el liberalismo económico exacerbó los antagonismos sociales y condujo a los pobres y a los indios a situaciones masivas de miseria, antes desconocidas.

En los siglos hispanos, como es sabido, «no fueron necesarios ejércitos permanentes» en las Indias, pero con las guerras de independencia se fueron formando poderosos ejércitos nacionales, que cumplían varias funciones importantes: acentuar la nueva *identidad nacional*, afirmar las inciertas fronteras, y controlar todo el territorio nacional, que hasta entonces, en buena parte, había estado dejado más o menos al uso libre de los indios no asimilados. Políticos, empresarios y terratenientes, decidieron ahora, sirviéndose del ejército, hacerse con todo el territorio nacional.

Puede decirse que en el período hispano la Corona hizo grandes esfuerzos por *asimilar* a la población india, trayéndola a vida *cristiana* y *civilizada*; pero dejó normal-

mente a su albedrío a los indios de las regiones más hostiles y resistentes.

Ya en el siglo XVIII, cuando la Ilustración decidió *liberar* los poblados de indios, sustituyó la tutoría de los misioneros por funcionarios civiles. Y ahora, en el siglo XIX, esas bolsas, a veces muy extensas, de población indígena no asimilada, no podían ser ya consentidas, «sino que debían asimilarse o liquidarse los aborígenes independientes, que señoreaban los territorios de expansión posible, no ocupados todavía por otros estados, que fueron víctimas, como en el resto del continente, de una política agresiva que tenía varios objetivos: ampliar el territorio dominado por los terratenientes; liquidar economías competitivas (los aborígenes cazaban ganado orejano o libre); convertir a los aborígenes, una vez domesticados, en mano de obra barata; acabar con sociedades resistentes y alternativas, que eran un muy mal ejemplo e, incluso, un santuario para los refractarios internos» (Izard, ob. cit.).

En adelante, el trato que los políticos hispano-americanos van a dar a los indios no va a ser muy diferente de la política de los anglo-americanos con los pieles-rojas. Un mismo espíritu ilustrado -liberalismo político y económico, positivismo jurídico, capitalismo salvaje- estaba vigente de Alaska a la Patagonia, aunque en el sur se viera más suavizado por el catolicismo.

### Vigencia posterior del liberalismo

**H**EREDEROS de la voluntad secularizadora de los liberales, y especialmente de los radicales, han sido los comunistas y socialistas de todo el mundo. Extinguidos los comunistas, o en claro declive, hoy, en el amplísimo campo del liberalismo, hallamos la máxima voluntad secularizadora en los partidos socialistas. El fracaso evidente de las economías de corte socialista les ha llevado a abjurar poco a poco de sus primeros planteamientos económicos; pero en modo alguno han relajado su voluntad liberal-radical de eliminar -sin grandes discursos, pero con suma eficacia- toda huella de religión y moral cristianas en la sociedad.

Por lo demás, después de muy duras luchas en Europa y América hispana en el siglo XIX y comienzos del XX, *el liberalismo ha logrado imponerse en los ámbitos fundamentales de la vida pública de Occidente*, al menos en sus formas moderadas. Tal es su vigencia en la mayoría de los pueblos, que ya el mismo nombre de *liberalismo* ha desaparecido, pues se identifica en el Occidente con la misma condición de una vida social moderna. Ya hoy *todos* son liberales, y los partidos que se llaman *liberales* existen sobre todo para acentuar una economía libre frente al intervencionismo socialista.

Por lo que a la misma Iglesia se refiere, también el liberalismo ha marcado su sello en la frente y en la mano, es decir, en el pensamiento y la conducta, de muchos cristianos (Apoc 13,16-17), sobre todo en los sectores ilus-

trados. Así, en el siglo XX, de modo especialmente acusado por los años sesenta y setenta, se alza ampliamente con entusiasmo la convicción difusa de que la Iglesia, fundiendo las exigencias del Evangelio con mitos anticristianos, está llamada a impulsar decisivamente las causas que el mundo no logra hacer triunfar. Así se espera un triunfo formidable de la Iglesia en el mundo, una conciliación entre Evangelio y secularidad desconocida en la historia, con grandes ventajas para la Iglesia y para el mundo...

También en estos años, el milenarismo pelagiano y secular del liberalismo, que conoció en la historia radicalizaciones comunistas, socialistas, nazis o fascistas, va a asumir en el mismo campo cristiano nuevas formas radicales, como la *teología de la liberación*. Los máximos liberacionistas, señalados con frecuencia como filomarxistas, rechazan esta acusación -con más empeño una vez que el mito del marxismo se ha desvanecido-. De hecho, sus maestros, en seminarios y universidades, no fueron normalmente marxistas, sino católicos liberales. Ellos, los liberacionistas, uniendo a este influjo intelectual la formación de una espiritualidad voluntarista, pelagiana o semipelagiana, no hicieron sino *radicalizar* las consecuencias. Con marxismo o sin él, venían a ser en el fondo lo mismo: afectados de una pedantería indescriptible, arremetieron contra la tradición doctrinal católica y contra las tradiciones cristianas populares, decididos a ser *transformadores de la Iglesia y de la sociedad*.

Actualmente se han desvanecido muchos de los sueños míticos suscitados por el opio del liberalismo, en cualquiera de sus innumerables formas milenaristas. Ya no es fácil creer en mesianismos comunistas, socialistas o liberacionistas, ni tampoco nadie, a la vista de la realidad histórica, es tan ingenuo como para esperar de la democracia liberal la salvación de la humanidad. ¿Qué queda entonces del liberalismo y de sus derivaciones? ¿Qué queda de él, concretamente en amplios sectores cristianos? Quedan todavía muchos *planteamientos confusos*, que mezclan ideales evangélicos y mitos anticristianos. Se lucha, por ejemplo, contra las consecuencias del pecado, pero no contra el pecado mismo, y de ese esfuerzo tan precario se espera, dudosamente, la salvación, algo de salvación. O se estima, otro ejemplo, evangélica una democracia liberal -la que está en uso- que niega la soberanía de Dios sobre la sociedad, y que no reconoce otra *autoridad* sobre la vida del pueblo que la voluntad manipulada de los hombres. Queda también del liberalismo una *tradicción nefasta*, una desconfianza, una aversión incluso, hacia la tradición católica, hacia sus pensamientos y caminos propios. Y, sobre todo, queda un *silencio* generalizado sobre la absoluta necesidad de la gracia de Cristo, el único que puede «quitar el pecado del mundo» (Jn 1,29). Queda, sí, una gran dificultad para creer que «la salvación no está en ningún otro, pues ningún otro nombre [sino el de Jesús] nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvados» (Hch 4,12).

## San Roberto Belarmino

GERARDO MANRESA PRESAS

A finales del año 1568, los jesuitas de Lovaina pidieron a Roma un hombre de «mérito», capaz de defender los intereses de la religión y preservar a los estudiantes de la Universidad de la herejía protestante. El padre general de la Compañía, san Francisco de Borja, no lo dudó un momento y, ante la sorpresa de los jesuitas de Lovaina, les envió para esta misión a un joven estudiante de primero de teología, de 27 años, llamado Roberto Belarmino. El secretario de la Compañía, padre Polanco, ante la débil salud del estudiante, escribía al padre director de Lovaina: «Que vuestra Reverencia cuide de él. Nuestro P. General ha querido dar a Lovaina lo mejor que tiene». Cuando el padre director de Padua se enteró de ello, suplicó al padre general que impidiera su marcha, pero san Francisco de Borja le contestó que «el interés de un país era superior que el de un colegio». En primavera de 1569 llegó el hermano Roberto Belarmino a Lovaina.

### La Universidad de Lovaina

Lovaina, capital de Brabantia, está ubicada en una zona de Flandes que hacía de frontera entre las nuevas ideas protestantes y las católicas y tenía una Universidad de gran prestigio, sólo superada por la Sorbona de París.

Al no ser aún sacerdote, la actividad de Belarmino se debía limitar a las predicaciones de los domingos a los estudiantes de la Universidad, al tiempo que debía ir completando sus estudios de teología. Los frutos de su predicación se vieron en poco tiempo y muchos sacerdotes le reclamaban para la predicación en sus iglesias. El padre director del Colegio de Jesuitas de Lovaina solicitó al padre general poder ordenarlo sacerdote para facilitar el mayor servicio a la Iglesia, de forma que fue ordenado antes de acabar la teología.

La característica de la predicación de Belarmino era la defensa de la doctrina de la Iglesia ante los ataques de Lutero y Calvino. El celo y la entrega que ponía en ello nunca dejaron de estar dominados por la caridad ante todas las personas, ya fueran católicas o protestantes. Un ejemplo de ello es la predicación en un día de Corpus Christi. La predicación fue un canto de triunfo en honor del Santísimo Sacramento, explicando cómo los coros de Padres de la Iglesia, doctores y santos vienen alrededor de la Eucaristía, en homenaje de su fe y su amor y para confundir las blasfemias de Lutero y Calvino. Este día muchos católicos quedaron confirmados en su fe y llevó a herejes a su conversión. Existen testimonios de estas conversiones en su proceso de beatificación.

El padre general lo envió para dos años, pero su labor en defensa de la Iglesia fue tal que le retuvo allí durante siete años.

Una vez finalizados sus estudios de teología pasó a ser profesor de la Universidad. Tanto sus clases como sus predicaciones eran manuscritas y pasaban de mano en mano, llegando incluso a ciudades de Alemania.

Durante su estancia en Lovaina se encontró con un adversario tristemente ilustre dentro de la misma Universidad, era el mismo decano, Miguel Bayo. En 1567, san Pío V había condenado 79 proposiciones sacadas de sus escritos y, aunque de palabra se había sometido, bajo apariencia de ortodoxia seguía propagando su doctrina. Cada vez que Bayo, exponía su doctrina sobre cuestiones del pecado y la gracia, los jesuitas, con Belarmino a la cabeza, exponían la verdad católica sobre dichos temas y, sin nombrarlo, mostraban que aquellas conducían directamente a Lutero y Calvino. Esta lucha duró toda la estancia de Belarmino en Lovaina. Poco después de su marcha, en el año 1580, Gregorio XIII consiguió la abjuración de Bayo; pero la primera piedra de la doctrina jansenista quedaba ya puesta.

### Las Controversias

EN 1576, Gregorio XIII inició en el Colegio Romano un curso de controversias destinado especialmente a la formación de los estudiantes del Colegio germánico e inglés. Era necesario que su preparación fuera adecuada para las ardientes luchas que los católicos mantenían con los herejes. El papa quiso darle la máxima importancia y llamó a la persona que creyó más preparada, el padre Belarmino.

Durante doce años estuvo dando clases en el Colegio Romano y formando a los jóvenes estudiantes en la doctrina de la Iglesia, contra los graves errores de las herejías de Lutero, Calvino y demás reformadores heterodoxos.

La marcha del padre Belarmino de Lovaina dejó a todos la añoranza de su palabra, de su ejemplo y de su caridad, tanto entre los estudiantes como entre los que deseaban conocer la verdad. De todos lados quiso impedirle su marcha, pero ante lo inevitable, solicitaron al padre Mercuriano, sucesor de san Francisco de Borja en el Generalato de la Compañía de Jesús, la posibilidad de imprimir sus lecciones. Para evitar la negativa, el padre general le mandó por santa obediencia que preparara la publicación.

El libro se tituló *Controversias*. El primer volumen,

que apareció en 1586, trata de la Palabra de Dios, escrita o conservada por la Tradición; de Cristo, jefe de la Iglesia y del Soberano Pontífice, su representante en la tierra. El segundo volumen tiene por objeto la Iglesia militante, la Iglesia purgante y la Iglesia triunfante. En 1588 aparece el tercero, totalmente consagrado a los sacramentos y el cuarto, aparecido en 1593, está dedicado a los tratados de la gracia. El conjunto constituye una poderosa síntesis de los argumentos, que la Iglesia romana oponía a los herejes. Dicha obra era la culminación de una labor constante, tanto en Lovaina como en Roma, en defensa de la Iglesia y su resonancia fue inmensa. Grandes teólogos como Baronio, Ubaldini, Cotón o Cornelio a Lápide dieron gracias a Dios y al autor por aquellas armas tan eficaces para defender a la Iglesia. Cien años más tarde, Benedicto XIV llamaba aún a Belarmino, «*martillo de herejes*».

Este libro sirvió para muchos misioneros que también estaban en el mismo frente, la contrarreforma protestante; san Francisco de Sales comenta: «Yo he predicado durante 5 años en el Chablais sin otros libros que la Biblia y las obras del gran Belarmino».

### Efectos de su publicación

Los herejes recibieron dicha obra con espanto. En la Universidad de Heidelberg crearon unos cursos para rebatir el libro de Belarmino y, con él, a todos los jesuitas. Se llegó a fundar un *Collegium Antibellarminianum*. En Inglaterra, la reina Isabel creó una cátedra para rebatir las *Controversias*. Y viendo que algunos estudiantes se convertían con su estudio, prohibió bajo pena de muerte el estudio de Belarmino a quien no fuera maestro en teología y prohibió la venta del libro de *este hijo del diablo*. Ello provocó en Londres un deseo de conocer el libro proscrito. Un librero de Londres escribía: «Este jesuita, él sólo, me ha hecho ganar más dinero que todos nuestros doctores». La venta de esta obra en Inglaterra fue enorme; en treinta años se hicieron veinte ediciones en inglés.

En 1588, cuando apareció el tercer volumen, en la feria del libro de Franckfurt del Main, los libreros agotaron las existencias y alguno comentaba: «Si hubiera tenido dos mil, los hubiera agotado también».

El cardenal Dietrichstein comentaba, en 1622, que si se reunieran los libros comprados por los católicos en Alemania no cabrían en el edificio de la Biblioteca Vaticana.

Tres siglos más tarde, el cardenal Pacca explica en sus memorias, que en su visita a la biblioteca luterana de Santa Ana en Ausburg, el bibliotecario Mertens, le enseñó, sonriendo, entre los libros guardados bajo llave en un armario para evitar consultas, las *Controversias* de Belarmino. Para los herejes, la obra de Belarmino resumía toda la doctrina de los teólogos católicos.

La caridad con que Belarmino rebatía en sus escritos las tesis luteranas y calvinistas hizo que algunos teólogos



protestantes llegaron a la luz de la verdadera fe, llegando a viajar a Roma, donde Belarmino residía, para agradecerle a él, después de Dios, su conversión.

### Sixto V y Belarmino

En 1589, Sixto V, que apreciaba mucho a Belarmino, le envió a Francia, como teólogo del cardenal Gaetani, para examinar de cerca la situación creada en aquel país, donde Enrique II acababa de proclamar a Enrique de Borbón, hugonote, heredero del reino. Los católicos del país se negaban a que un rey hereje se sentara en el trono de san Luis.

Durante su estancia, por motivos de envidia ciertos cardenales acusaron ante el papa que las tesis de Belarmino sobre el poder temporal de los Soberanos Pontífices limitaban la jurisdicción de los papas.

La doctrina sobre el poder indirecto del Soberano Pontífice, enseñada por Belarmino, aunque no era ideada por él, decía que el papa debido a su poder espiritual puede, por el bien de las almas, en casos excepcionales, intervenir en las cuestiones temporales. Sixto V, que tenía su poder temporal como «un valor máximo», se dejó vencer y resolvió incluir las *Controversias* en el Índice.

Junto con la Compañía de Jesús muchos cardenales y teólogos se movieron para evitarlo y en un escrito al papa expresaban «haber examinado con cuidado lo que el P.

Belarmino ha escrito sobre el poder temporal del papa y no encuentran nada que pueda ser sujeto de ofensa» y pedían ver la reputación del P. Belarmino y evitar el escándalo que ello produciría. Sixto V se mantuvo en su juicio, pero la Providencia se encargó de zanjar la cuestión. En agosto de 1590, moría Sixto V; el Índice estaba ya impreso, pero no promulgado. Urbano VII, su sucesor, permitió retirar el nombre de Belarmino del Índice. Sin modificar nada de lo escrito en las *Controversias* el nombre de Belarmino quedará ligado desde entonces a la doctrina del poder indirecto de la Iglesia sobre lo temporal.

### La defensa de los derechos del Papa

Los principios políticos del Renacimiento y los esfuerzos del protestantismo habían roto la unidad de la cristiandad, revolucionando Europa occidental y desatando las pasiones. Aunque divididos entre ellos, los adversarios del catolicismo se unían en un punto: la guerra al papa, la subordinación de la autoridad pontificia al poder civil. Los reyes católicos entraban fácilmente en una política antirromana para defender los derechos de su corona. Continuaba, bajo otra forma, la lucha del poder civil contra la Iglesia.

A partir de 1605, el Soberano Pontífice tendrá que sostener una triple lucha contra la República de Venecia, contra el rey de Inglaterra y contra el galicanismo de Francia, y el Cardenal Belarmino será su paladín.

### El Dux y el Senado de Venecia

La prosperidad de su comercio, las relaciones con los extranjeros, durante muchos siglos, habían hecho de la República de Venecia un país más veneciano que cristiano; si a ello añadimos las ideas nuevas que aportó el protestantismo, no es de extrañar que el Dux y el Senado reivindicaran su independencia del poder espiritual y tuviera varios contenciosos con Roma. En el año 1605, el Senado votó leyes contrarias a los derechos de la Santa Sede: prohibió fundar iglesias, monasterios y hospitales; y a los clérigos, comprar, heredar o recibir como donativo bienes inmuebles sin autorización del poder civil.

Paulo V lanzó el entredicho contra Venecia: suspendió el culto público, la administración de sacramentos, las campanas no debían sonar, los órganos no debían tocar, las autoridades civiles eran excluidas de la oración de la Iglesia. El Dux y el Senado quedaron excomulgados. El Senado declaró nulo el Breve del Papa y amenazó con la pena de muerte a todo sacerdote que lo observara, expulsó a los jesuitas, capuchinos y teatinos que hicieron profesión de obediencia al Papa. Bajo la dirección de Paolo Sarpi, monje apóstata, se formó un comité de cinco teólogos, todos sacerdotes secularizados o apóstatas, para de-

mostrar la justicia de las medidas tomadas por el Dux y el Senado y la irregularidad del entredicho.

Los cardenales Belarmino y Baronio publicaron en 1606 cuatro opúsculos refutando el escrito del comité de teólogos venecianos, sacando su doctrina de los principios expuestos en las *Controversias*: exención de clérigos, inmunidad eclesiástica, poder coercitivo de la Iglesia, infalibilidad del papa y su poder indirecto sobre lo temporal. A pesar de anular las razones que indicaban los venecianos, el Dux no cedió hasta que medió Enrique IV. Venecia cedió en todo a lo que la Santa Sede solicitaba, excepto en el regreso de la Compañía de Jesús, que no se hizo hasta 1657, y Paulo V retiró el entredicho. Fue la última vez que un papa empleó estos medios extremos contra un estado.

### Jacobo I Estuardo, el rey «teólogo»

**H**UJO de la reina María de Escocia, ejecutada por su prima Isabel, fue durante muchos años la esperanza de los católicos ingleses, pensando que a la muerte de Isabel sería el nuevo rey de Inglaterra. A pesar de ser educado por el mismo Juan Knox, padre del presbiterianismo, parecía posible su conversión por la deferencia con que trataba al Soberano Pontífice, incluso tuvo ocasión de escribir a Belarmino, el cual le contestó una carta, tan llena de confianza y de sanos consejos, que su lectura convirtió a un célebre calvinista.

Todas las esperanzas se transformaron en persecuciones al llegar al único anhelo que en realidad tenía, el trono de Inglaterra. Para dominar a los ingleses se hizo anglicano y a través de su Iglesia se hizo con el poder.

Las persecuciones fueron muy rigurosas y en 1605 algunos católicos respondieron con la llamada *Conspiración de la pólvora*, con la que pretendían hacer explotar el Parlamento con el rey y el pleno parlamentario inglés. Ello hizo todavía más dura la persecución. Las leyes penales del tiempo de Isabel fueron renovadas y endurecidas. En julio de 1606 el rey impuso a sus súbditos un juramento de fidelidad que no tenía otro fin, decía él, más que afirmar y salvaguardar su autoridad temporal, pero que en realidad arruinaba los derechos de la Santa Sede. El súbdito que no lo prestara era condenado a cadena perpetua y desposeído de todos sus bienes. El papa Paulo V publicó un breve en el que declaraba que la prestación de tal juramento era irreconciliable con la fe y exhortaba a los católicos a sufrir valientemente como sus padres la persecución y el martirio.

Por desgracia, George Blackwell, el arcipreste que por falta de obispos administraba la Iglesia de Inglaterra, no hizo publicar el breve y, debido a las amenazas, cedió e hizo el juramento.

Para reafirmar a los católicos debilitados por la defecación del arcipreste, Paulo V publicó un segundo breve, aún más formal. Por su parte, Belarmino escribió una carta

a Blackwell, antiguo alumno suyo en Lovaina, muy afectuosa y muy fuerte para hacerle comprender su falta y devolverlo a su deber.

Irritado por los breves del Papa y la carta de Belarmino, Jacobo I hizo aparecer, de forma anónima, en febrero de 1608, una apología del juramento de fidelidad. Apoyándose en la Escritura, los Concilios y los padres, pretendía demostrar que nunca se debe desobedecer al rey. Belarmino, firmando el escrito con el nombre de un ayudante suyo, Mathieu Torti, para evitar que por su nombre no se publicase el documento, contestó con sólida doctrina y una dialéctica vigorosa; puso en evidencia la perfidia de un juramento que, por el homenaje debido por los súbditos al rey, entremezclaba una verdadera apostasía con relación a Dios.

Dodd, historiador anglicano, escribía años más tarde: «estaba redactado en términos tan ambiguos, que una conciencia delicada, tan bien dispuesta como se quiera a hacer el acto de obediencia civil, no lo podría soportar». Belarmino, ya cardenal, puso de relieve también los errores históricos cometidos y la pobre argumentación del rey.

El *Maestre Jacobo*, como le llamaba Enrique IV de Francia, no se dio por vencido y, en 1608, reeditó su *Apología pro Juramento Fidelitatis*, esta vez firmada, añadiendo un largo prefacio. En la portada, para dar más fuerza a su obra, puso su nombre y la dedicatoria al muy santo emperador romano, a todos los monarcas y príncipes cristianos, sus hermanos, sus amigos, sus aliados, etc. Por deseo de Paulo V, al año siguiente, Belarmino respondió reeditando su obra firmada bajo seudónimo, y con un prólogo en el que refutaba el prefacio del rey y dedicándolo al emperador Rodolfo II y a los reyes católicos.

Jacobo I, a falta de argumentos, atacó a la persona de Belarmino y declaró indigno de él discutir públicamente con un hombre cuyo nacimiento no era superior al de miles de sujetos. Belarmino, con todo respeto, le indicó que para discutir de teología «no sabía que se requiriera tener el mismo rango que mi contradictor (...). Aunque fuera hijo de artesanos, si fuera buen católico, yo no avergonzaría a nadie».

La obra de Belarmino tuvo un gran efecto, animó a los católicos, iluminó a las almas rectas y determinó más de una conversión. Un ministro anglicano escribió a Belarmino que, convencido de sus argumentos, hizo el sacrificio de su país y su fortuna para irse a vivir a Colonia, donde abrazó la fe católica.

El silencio del rey puso fin a la lucha entre el monarca

y el cardenal, aunque los teólogos anglicanos continuaron la polémica. El padre Francisco Suarez, jesuita, publicó en 1614, su admirable tratado sobre la *Defensa de la fe católica*. Tanto fue el éxito de este tratado que fue hecho quemar en público por Jacobo I.

Paulo V había juzgado prudente que Belarmino se retirara de aquella polémica porque otro problema comenzaba en París.

### Las libertades galicanas

DESDE finales de la edad media, los reyes de Francia tendían a poner trabas sobre los derechos del Soberano Pontífice; ello se acentuó después del fallido intento de Francisco I de alcanzar la corona del Imperio, que recibió Carlos V. A finales del siglo XVI, teólogos de la Sorbona y parlamentarios regalistas negaban al Papa la supremacía sobre el poder temporal y, en particular, toda ingerencia en las tradiciones y libertades de la Iglesia en Francia. En 1609, apareció un tratado póstumo de Guillermo Barclay, escocés, profesor de derecho en Angers, titulado *Tratado sobre el poder del Papa*. El autor, con doctrina galicana, atacaba a Belarmino. El Índice condenó dicho libro y Belarmino, el año siguiente, contestó con un tratado titulado *Del poder del Soberano Pontífice en las cosas temporales, contra Guillermo Barclay*. En forma de diálogo entre el Papa y el pueblo cristiano expone el principio de la autoridad de la Iglesia sobre los príncipes y demuestra la tesis del poder indirecto aportando testimonios de los Concilios, los papas y teólogos ilustres de todos los países que sostenían esta tesis antes que él.

Este tratado, la mejor obra de Belarmino después de las *Controversias*, fue condenado por el Parlamento de París, en noviembre de 1610, a ser quemado en público. El cardenal Ubaldini, nuncio en París, se quejó a la reina regente María de Médicis, viuda de Enrique IV, y se consiguió suspender la ejecución.

«¿Sabéis de que se trata cuando se habla del Romano Pontífice? Se trata del cristianismo». Así resumía Belarmino la cuestión de los poderes civiles contra el Papa. Y es gloria del Cardenal Belarmino haber defendido los derechos del Papa con una doctrina, que aunque no es suya, supo expresarla de forma firme y enérgica.

El vigor con que san Roberto Belarmino defendió el poder indirecto han hecho ligar su nombre a esta doctrina.



## Obispos mártires en las misiones de Tonkín (Vietnam)

LUIS COMAS ZABALA

EN la conclusión de la X Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos, dedicada a «El obispo, servidor del Evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo», el Santo Padre recordó a los veintidós obispos canonizados durante el siglo xx. Entre ellos, «Jerónimo Hermosilla, Valentín Berrio-Ochoa y otros seis obispos, mártires en Vietnam». Estos seis obispos son: Ignacio Delgado, Domingo Henares, José María Díaz Sanjurjo, Melchor García Sampedro, Pedro Borie y Esteban Cuenot; los cuatro primeros, religiosos dominicos españoles y los otros dos, sacerdotes franceses de las Misiones Extranjeras de París.

A continuación, prosiguió el Papa: «De este selecto círculo de santos pastores, que se podría alargar a la gran multitud de obispos beatificados, surge, como en un mosaico, el rostro de Cristo, buen pastor y misionero del Padre».

Los santos obispos mártires de Tonkin (Vietnam), como el Buen Pastor, inmolaron su vida por sus ovejas. Dejando su familia, su patria, la propia comunidad religiosa... se entregaron a la tarea misionera y afrontaron todos los peligros que conllevaba la evangelización en tierra vietnamita. Tuvieron que asumir la responsabilidad episcopal en defensa y servicio de su grey en unas circunstancias de especial dificultad y ejercieron su servicio pastoral en medio de sangrientas persecuciones, terriblemente crueles, ordenadas por los soberanos de la dinastía anamita.

Desempeñaron su servicio episcopal hasta la inmolación extrema, como puso de relieve el Santo Padre en la homilía de su canonización: «Como holocausto, unidos al sacrificio de la cruz de Cristo. En efecto, precisamente vosotros, mártires del Vietnam, habéis proclamado hasta las últimas consecuencias a Cristo crucificado, sabiduría y fuerza de Dios. A Cristo por el cual alcanzamos la salvación en Dios.»

Juan Pablo II les canonizó el 19 de junio de 1988, junto con cincuenta sacerdotes y cincuenta y nueve laicos, entre ellos una mujer, Agnés Lê Thi Thàn, madre de seis hijos. «La canonización de los ciento diecisiete mártires del Vietnam es la más numerosa que hasta ahora se ha realizado», destacó el Papa en el saludo a los peregrinos.

León XIII había beatificado a 64 de estos mártires, el 27 de mayo de 1900; San Pío X a 8 de ellos, el 20 de mayo de 1906 y, tres años más tarde, el 2 de mayo de 1909, beatificó a otros 20. Finalmente Pío XII, el 29 de abril de 1951, beatificó al último grupo.

### «Sanguis martyrum, semen christianorum»

TIERRA vietnamita, tierra de mártires. La evangelización de este país del Extremo Oriente es la crónica sangrienta de una constante persecución. Desde el principio, en el siglo xvi, se buscaba, torturaba y martirizaba a los cristianos. Entre 1625 y 1885, se dictaron 53 edictos persecutorios cada vez más refinados. En el período 1838-1862, denominado «la era de los mártires», ofrendaron su sangre, en testimonio de Cristo crucificado, 113 de los 117 mártires canonizados.

«Vuestra tradición nos recuerda –resaltó el Papa en la homilía de canonización– que la historia del martirio de la Iglesia vietnamita, desde sus orígenes, es todavía más vasta y más compleja. Desde 1553, es decir, desde el comienzo de la predicación cristiana en el Sudeste asiático, la Iglesia en Vietnam ha sufrido, durante tres siglos, persecuciones que se han sucedido, con algunos períodos de calma, como los que afectaron a la Iglesia en Occidente durante los tres primeros siglos. Ha habido millares de cristianos mártires, y son numerosos los que han muerto en las montañas, en los bosques, en regiones inhóspitas donde habían sido relegados y exilados».

Se estima una cifra total de 130.000 mártires ejecutados o que perecieron en las cárceles y se calcula que medio millón de cristianos anónimos murieron en las montañas, en los bosques o en los más insalubres escondrijos. Una persecución comparable a los tiempos apostólicos, en el Imperio romano. Por eso, los mártires canonizados son sólo una parte de los «innumerables» mártires vietnamitas. «¡Santos mártires! ¡Mártires vietnamitas! ¡Testigos de la victoria de Cristo sobre la muerte! ¡Testigos de la vocación del hombre a la inmortalidad!», proclamó Juan Pablo II en su canonización.

«Sanguis martyrum, semen christianorum»: en esta persecución violenta, de tantos sufrimientos y sacrificios, se obtuvieron y continúan produciéndose abundantes frutos de evangelización. «Del largo cortejo de mártires –señaló el Papa– de sus sufrimientos, de sus lágrimas ha surgido la «cosecha de Dios». Ellos, los maestros, son los que me dan la feliz oportunidad de presentar a toda la Iglesia la vitalidad y la grandeza de la Iglesia vietnamita, su vigor, su paciencia, su capacidad de afrontar las dificultades de toda clase y de proclamar a Cristo... Una vez más podemos decir que la sangre de los mártires es para vosotros, cristianos del Vietnam, una fuente de gracia para progresar en la fe. En vosotros, la fe de vuestros padres continúa y sigue transmitiéndose a las nuevas generaciones».

### «Como chispas que prenden por un cañaveral»

No es la primera vez que CRISTIANDAD fija su atención en esta tierra de misión y de martirio. Le dedicó el número de mayo de 1975 (nº 531), cuando la caída de Saigón en poder del Vietcong y la inminente reunificación del Vietnam hacían presagiar una nueva época de dificultades y persecuciones para los católicos vietnamitas. En la portada de dicho número se muestra a san Pedro Almató, entonces Beato, martirizado el 1 de noviembre de 1861, junto a San Jerónimo Hermosilla y San Valentín de Berrio-Ochoa. En sus páginas, se recuerda a los mártires del Sudeste asiático de los siglos XVIII y XIX; a San Valentín de Berrio-Ochoa, también entonces Beato, y se trata de los antecedentes de la caída del Vietnam en poder del comunismo. En la página 130, se lee: «Esta es la auténtica historia del Vietnam y del Oriente cristiano: la persecución tenaz e implacable, sangrienta unas épocas, silenciosa otras, de unos hombres que por confesar la fe en Cristo han sido odiados y perseguidos por los poderes religiosos y políticos anticristianos».

En este número, al recordar a los seis obispos españoles mártires, todos pertenecientes a la Orden de Predicadores, evangelizadores de aquellas tierras en medio de grandes tribulaciones y que sellaron con su sangre su servicio pastoral en Tonkin, lo hacemos bajo el signo de la alegría cristiana. En el número antes citado, la revista se hacía eco de la exhortación apostólica de Pablo VI, de 9 de mayo de 1975, sobre la alegría cristiana. A este propósito, se escribió entonces (página 108):

«Por esto es oportuno referir hoy la alegría en el Señor en la esperanza de que Dios no privará a su Iglesia de la gracia que lleve a los cristianos de hoy al heroísmo del martirio. Aunque viésemos hundirse ante nuestros ojos las construcciones humanas del Occidente cristiano y apóstata no podríamos por ello sentirnos desesperados. Alegrándonos en los designios divinos sobre los pueblos y las generaciones, deberíamos alentar gozosamente nuestra esperanza en el cumplimiento futuro, por los caminos del Señor, de sus designios de paz y de misericordia sobre el mundo».

Las actuales perspectivas, así como las circunstancias sombrías que padecemos, pueden acarrear en el futuro tiempos de tribulación y de persecución para los seguidores del Divino Maestro. Tal vez no esté lejana aquella «prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes» (Catecismo de la Iglesia Católica, núm. 675). Cristo nos dice: «Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación» (Lc 21, 28).

Apoyados en la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y María, nuestro recuerdo y oración a los mártires vietnamitas, (como a los mártires españoles, mejicanos, de Europa oriental... del siglo XX, a los que la revista también ha dedicado su atención en otros números) nos deben impulsar con sentido sobrenatural a la alegría cris-

tiana. Con este propósito, fijemos nuestra atención en las palabras de Juan Pablo II, en la homilía de canonización de los 117 mártires del Vietnam:

«Vosotros, los mártires, vosotros los elegidos: Escuchad hasta el final lo que dice de vosotros el libro de la Sabiduría: «El día de la cuenta resplandecerán como chispas que prenden por un cañaveral» (cf. Sab 3, 7).

»Como chispas, como llamas de una luz que ilumina e inflama... Escuchad hasta el final lo que dice de vosotros el libro de la Sabiduría: «Gobernarán naciones, someterán pueblos y su Señor reinará eternamente» (3, 8). El Señor... Cristo crucificado y resucitado. El que vino al mundo, no para «condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él» (Jn 3, 17).

»¡Este fue Cristo!

»Y como vosotros habéis participado en su sufrimiento y en su cruz, por eso participáis en la salvación del mundo obrada por Él.

»¡Que vuestra siega continúe con alegría!»

### «Un día de fiesta grande para vuestro país»

EL lunes, 20 de junio de 1988, en la sala Pablo VI, Juan Pablo II recibió en audiencia a todos los peregrinos españoles, junto con los de Francia. Había peregrinos de diversas regiones de España, donde están las diócesis de las que eran originarios los nuevos santos. Después de hablar en francés, el Papa pronunció en castellano la alocución de la que se extracta lo siguiente:

«Los once mártires españoles, hijos de Santo Domingo, que han sido elevados al honor de los altares son un fúlgido ejemplo que ha de inspirar un renovado impulso misionero y evangelizador en la Iglesia de España. Ellos son, al mismo tiempo, motivo de santo orgullo para la orden dominicana, cuya provincia misionera de Nuestra Señora del Rosario abrió tantos campos nuevos de propagación del Evangelio en Filipinas, Japón, China y Vietnam...»

»La nobleza de la tierra aragonesa la encarna San Clemente Ignacio Delgado, de Villafeliche (Zaragoza); murió entre suplicios a los 77 años de edad, habiendo sido obispo en aquellos territorios de misión durante 44 años.

»Santo Domingo Henares partió de los puertos de su Andalucía para llevar la Buena Nueva de Cristo a tierras lejanas. Baena, en la campiña cordobesa, le vio nacer y le tiene como a uno de sus preclaros hijos...

»Santa Eulalia de Suegos, en la provincia de Lugo, es la patria chica de San José María Díaz Sanjurjo; y Asturias tiene ya su primer santo en la persona del obispo Melchor García Sampedro, que ya ha sido propuesto como patrono de las misiones asturianas y de la actividad misional de aquel histórico principado.

»En la ciudad de Santo Domingo de la Calzada nace San Jerónimo Hermosilla; y el País Vasco se honra con



*San Valentín de Berrio-Ochoa*

San Valentín de Berrio-Ochoa, el primer santo vizcaíno, natural de Elorrio.....

»Los nuevos Santos, a imitación de Cristo, entregaron su vida por amor, mientras perdonaban a quienes los maltrataban. La firmeza de su fe y su invicta esperanza en la patria definitiva los sostuvieron en su martirio. Es esta fe cristiana la que hoy necesita ser revitalizada para poder dar así una respuesta a los desafíos de nuestro tiempo.

»Los nuevos santos nacieron en el seno de familias españolas. Ellos representan el fruto maduro de una vitalidad cristiana que vuestro pueblo ha manifestado a lo largo de su historia, llevando la luz del Evangelio a nuevos pueblos y culturas. Que también hoy la familia española sepa ser portadora de aquellos valores y virtudes que la hicieron fecunda en el pasado, como transmisora de la fe y como vivero de vocaciones sacerdotales y religiosas...».

En las palabras del Papa, hemos destacado la referencia a los seis obispos españoles mártires. A continuación nombramos los otros cinco dominicos mártires indicando su lugar de referencia y la fecha de su martirio.

San Francisco Gil de Federich. Tortosa (Tarragona) 22-1-1745

San Jacinto Castañeda. Játiva (Valencia) 7-11-1773

San Mateo Alonso Leciniaga. Nava del Rey (Valladolid) 22-1-1745

San José Fernández. Ventosa de la Cuesta (Valladolid) 24-7-1838

San Pedro Almató. San Feliu Saserra (Barcelona) 1-11-1861

### **Día de gozo para La Rioja en la canonización de San Jerónimo Hermosilla y San Valentín de Berrio-Ochoa**

**E**N la sala Clementina del Palacio Apostólico Vaticano, los peregrinos riojanos tuvieron una audiencia especial con el Papa. Les acompañaba monseñor Francisco Álvarez Martínez, en aquella fecha obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño, y el cardenal Eduardo Martínez Somalo, camarlengo de la Iglesia Católica, originario de La Rioja. De las palabras del Papa se extracta lo siguiente:

«La villa de Santo Domingo de la Calzada se honra de haber sido la cuna de San Jerónimo Hermosilla, obispo dominico, misionero ejemplar y campeón de la fe, que durante más de treinta años desempeñó su ministerio apostólico en el entonces Tonkín Oriental, hoy República del Vietnam.

»En la historia de la fe y religiosidad de aquel pueblo quedarán grabadas para siempre las palabras que él dijo a los jueces que le interrogaban, tras su detención por predicar la fe cristiana: «Vine a Tonkín para hacer el bien, para que la gente conociera a Jesucristo, Hijo de Dios, muerto por los pecados de los hombres». Primero como sacerdote y como vicario apostólico más tarde, fundó escuelas de catequistas, reconstruyó seminarios, ordenó sacerdotes nativos; en una palabra: con su celo apostólico supo convertir las misiones confiadas a su cuidado pastoral en un modelo de evangelización.

»Este nuevo santo recibió la palma del martirio el 1 de noviembre de 1861 junto con otro obispo, tan querido y admirado por todos vosotros, preclaro hijo del pueblo vasco, fray Valentín de Berrio-Ochoa y de Aristi, que a los 18 años dejó su nativa Vizcaya para ingresar en el seminario de Logroño, que hoy le venera como Patrón suyo, y del que fue director espiritual....

»La Rioja se alegra de modo especial por estos nuevos santos, que la Iglesia propone como modelos para todos los cristianos. Con el ejemplo de sus vidas, entregadas por amor hasta el supremo sacrificio, ellos os exhortan a conservar viva vuestra fe...

»Queridos riojanos, fomentad también vuestra devoción a María, dad nuevo impulso a las prácticas de piedad, sentíos entrañablemente unidos a vuestro obispo y a vuestros sacerdotes».

## Vida y martirio de los obispos dominicos españoles

MARÍA JESÚS CAMPO

### San Clemente Ignacio Delgado Cebrián *Villafeliche (Zaragoza) - 23-11-1761*

**D**ESDE muy joven tuvo intención de entrar cisterciense en el monasterio de Veruela, pero un compañero le indujo a tomar el hábito dominicano en el convento de San Pedro Mártir de Calatayud, donde profesó en 1781. Cursó sus estudios en el gran Colegio patriarcal de Orihuela, y siendo todavía diácono, se afilió a la provincia dominica de Nuestra Señora del Santo Rosario de Filipinas.

Llegó a Manila en 1786 y acabó su carrera literaria en la Universidad de Santo Tomás. Para ser misionero en Tonkin, se dedicó por un año a estudiar la lengua anamita, mientras enseñaba humanidades. En 1788, se embarcó en Macao en un barquito de vela, para intentar entrar en la misión. Eran años de persecución. Perdieron el rumbo, y fueron a parar a la India. Tras errar por espacio de un año, llegó de nuevo extenuado a Macao. Más tarde, esta vez en compañía de su íntimo amigo Santo Domingo Henares, intentó de nuevo la empresa, entrando en la misión, en el mes de octubre de 1790.

A pesar de su juventud y poca experiencia, fue nombrado rector del Colegio de latín, procurador general de la misión y muy poco después Vicario Provincial de la misma. En 1794, obispo coadjutor del Vicario Apostólico de Tonkin Oriental, sustituyó a éste en 1799.

Ejerció de forma muy acertada su ministerio episcopal durante cuarenta y cuatro años. Primero, bajo el reinado del Emperador Gia-Long (1802-1820), hijo del último rey de Cochinchina, que apoyado por Francia, dominó todo el Vietnam (Cochinchina, reino de Annam y Tonkin). En este período, las circunstancias fueron muy favorables, ya que Gia-Long defendió siempre a los cristianos, y San Ignacio Delgado desarrolló una actividad misionera extraordinaria. Bajo el reinado de su hijo, el Emperador Minh-Manh (1820-1841) las circunstancias cambiaron radicalmente, iniciándose una persecución feroz y sangrienta.

Después de la Pascua de 1838, el Vicario Apostólico se ocultó, junto con su obispo coadjutor, Santo Domingo Henares, en Kien-Lao, uno de los pueblos más seguros, pero les delató un maestro pagano que buscaba dinero y poder. Los soldados invadieron el pueblo y los misioneros tuvieron que huir entre arrozales. Los obispos, ancianos y agotados, no podían correr. Por eso, les llevaban en hamacas hasta que, acosados los portadores, éstos se dispersaron para salvar sus vidas. San Ignacio Delgado quedó solo, sentado en el suelo. Le ataron las manos y le

encerraron en una jaula, para trasladarle a la capital, Nam-Dinh, donde fue juzgado y condenado a ser decapitado. La ejecución de la sentencia se retrasó.

Por espacio de 43 días estuvo encerrado en una jaula «*de ancho y largo como una cama regular, de alto poco más de una vara por arriba (1,2 metros). A los cuatro lados estaba en forma de enrejado. Por los agujeros apenas podía pasar el puño, uno era más grande por donde se daba la comida al preso y también tenía un agujero en el piso para las necesidades comunes*». La jaula estuvo colgada en la puerta de la ciudad, sufriendo el anciano obispo dolores, hambre, sed y un sol abrasador, así como las burlas y los escarnios de los enemigos de los cristianos. En la misma jaula donde le tenían encerrado, falleció de una disentería muy grave, en la madrugada del 12 de julio de 1838. Para no privarse de la ejecución, los mandarines, con el acompañamiento acostumbrado, sacaron el cadáver fuera de la ciudad y cortaron su cabeza ante el pueblo atemorizado. La cabeza quedó colgada, expuesta durante tres días.

### Santo Domingo Henares *Baena (Granada) - 19-12-1765*

Tomó el hábito dominicano en el convento de Santa Cruz de la Real de Granada, donde profesó en 1784. Al año siguiente, pasó a la provincia dominica de Nuestra Señora del Santo Rosario. Profesor de humanidades en el Colegio-Universidad de Santo Tomás de Manila, a petición propia, pasó a las misiones de Tonkin, a donde llegó en octubre de 1790, acompañando a San Ignacio Delgado. Cuando éste fue promovido al episcopado, Santo Domingo Henares pasó a ser vicario provincial de la misión y vicario general del Vicariato. En 1800, nombrado obispo coadjutor del vicario apostólico, compartió con su íntimo amigo San Ignacio Delgado, un servicio y ministerio episcopal muy fecundos.

En 1838, huyó de la emboscada de Kien-Lao, al ser delatados por un maestro pagano, y consiguió ocultarse entre los árboles. Perseguido con insistencia, fue capturado a los pocos días, el 9 de junio de 1838, escondido en una choza junto al catequista San Francisco Chieu. Enjaulado el obispo y con una canga\* el catequista, les lle-

\* Instrumento de suplicio. Cepo de madera compuesto de dos tablas que ajustan sobre dos largueros y con tres agujeros en los que se sujetan la cabeza y las manos.

varon con gran algarabía a la capital de la provincia, donde fueron juzgados y condenados a ser decapitados.

Trasladados a la capital, Nam-Dinh, sufrieron el martirio el 25 de junio de 1838, con el acostumbrado ritual: los mandarines, acompañados por los soldados, los tambores y los elefantes. Al primer tajo, fue decapitado Santo Domingo Henares y al tercero, el catequista San Francisco Chieu. Las cabezas se arrojaron al río.

### **San José María Díaz Sanjurjo**

*Santa Eulalia de Suegos (Lugo) - 25-10-1818*

**E**STUDIANTE en Lugo, destacó en sus estudios, sobre todo en latín, y comenzó el estudio de la teología bajo la dirección del sabio dominico, fray Pedro Teijeiro. En 1841, se trasladó a Santiago para cursar leyes y continuó los estudios de teología. También destacó en la Universidad y escribió un *Tratado de Derecho Natural*.

Tomó el hábito dominicano en el convento de Santo Domingo de Ocaña, donde profesó en 1843, y al año siguiente, se ordenó presbítero en Cádiz, a su paso por esta ciudad para trasladarse a Filipinas.

En la Universidad de Manila, durante un año, enseñó en la cátedra de Humanidades y en febrero de 1845, a petición propia, se vieron colmadas sus aspiraciones de apóstol, al ser destinado a la evangelización de los infieles en el reino de Tonkin. Allí se consagró, con todo el ardor de un alma verdaderamente grande y enamorada de Dios, a la práctica de las más heroicas virtudes, en un continuo y fecundo apostolado.

En el año 1849, fue nombrado obispo coadjutor del vicario apostólico del Tonkin Central y tres años después, al fallecer el vicario apostólico, quedó al frente del Vicariato Central.

Sufrió las calamidades de la cruel persecución religiosa del emperador Tu-Duc. Cuando ésta se recrudeció en 1857, San José María Díaz Sanjurjo trató de apaciguar la situación en el Vicariato, a través de su antigua relación con el gobernador, al que le envió algunos regalos. Recibió una respuesta tranquilizadora, pero el 21 de mayo, tras celebrar la misa de la Ascensión del Señor, fue atado como un malhechor y conducido a la Prefectura. Al día siguiente, trasladado a la capital, pasó sus últimos días en una estrecha y oscura prisión. En un par de ocasiones pudo confesarse y recibir la sagrada comunión ocultamente. Murió decapitado el 20 de julio de 1857.

### **San Melchor García Samp Pedro**

*Cortes, parroquia de Cienfuegos (Asturias) - 26-4-1821*

Estudió teología en la Universidad de Oviedo. Tomó el hábito dominicano en el convento de Santo Domingo de Ocaña, donde profesó en 1848. Después de un breve

profesorado en la Universidad de Manila, solicitó ser asignado a la misión de Tonkin, a donde llegó a finales de 1849.

Como secretario del Vicario Apostólico, San José María Díaz Sanjurjo, padeció con él innumerables penalidades. Siendo vicario provincial de los dominicos, en 1856, fue nombrado obispo coadjutor de San José María Díaz Sanjurjo, a quien sucedió en 1857, tras el martirio de éste.

Apresado el 8 de julio de 1858 y condenado, sufrió un cruel suplicio en el campo de «Las Cinco Yugadas», a las afueras de Hai-Duong. Después de asistir al martirio de los dos jóvenes que le acompañaban, le tendieron sobre una manta boca arriba. Le ataron fuertemente por las muñecas, estirándole los brazos hasta llegar a dos estacas colocadas cerca de su cabeza. Hicieron lo mismo con los tobillos y dos estacas colocadas cerca de sus pies. Además, le colocaron también otras dos estacas bajo los sobacos y otras dos, apretándole los muslos, con lo que el cuerpo quedó perfectamente inmovilizado.

Tras la orden del mandarín comenzó el tormento: «Córtensele primero los pies, luego las manos, después la cabeza y, por último, ábranse sus entrañas». El mártir invocaba continuamente el Santísimo Nombre de Jesús.

Descargaron los verdugos sus golpes, pero los miembros no se separaban del cuerpo porque, para mayor tormento, habían escogido unas hachas que apenas cortaban. Fueron necesarios doce golpes a cada una de las piernas, y unos seis a cada uno de los brazos. El verdugo descargó multitud de sablazos en la garganta, hasta separar la cabeza. Nuestro mártir quedó sin cabeza, sin brazos, sin piernas y con un gancho, le sacaron las entrañas. El 28 de julio de 1858, tras este martirio tan despiadado, San Melchor García Samp Pedro cruzó el umbral del Cielo.

### **San Jerónimo Hermosilla**

*Santo Domingo de la Calzada (La Rioja) - 30-9-1800*

Tomó el hábito dominicano en el Real Convento de Predicadores de Valencia, donde profesó en 1823. Enviado a Manila para completar sus estudios, llegó a Vietnam en mayo de 1829.

[En otro artículo de este mismo número, se describe su labor misionera y servicio episcopal.]

### **San Valentín de Berrio-Ochoa**

*Elorrio (Vizcaya) - 14-2-1827*

Siendo ya sacerdote diocesano, en 1853, pasó de ser director espiritual del seminario de Logroño a novicio dominico en el convento de Santo Domingo de Ocaña, donde profesó en 1854.

En 1858 llegó a la misión de Vietnam. A los dos meses, fue nombrado obispo coadjutor de San Melchor García

Sampedro. Unos días después de su ordenación, a consecuencia del martirio de éste, se hizo cargo del Vicariato Apostólico Central, sin residencia fija debido a la implacable persecución.\*

### **Martirio de San Jerónimo Hermosilla y San Valentín de Berrio-Ochoa**

**C**ON el edicto de 5 de agosto de 1861, la situación se hizo insostenible. Cada mañana, una angustia nueva; los escondrijos, inverosímiles; la situación cada día peor que anterior... Como medida extrema, decidieron ocultarse en un refugio móvil, en las barcas de los pescadores, dentro del enjambre de embarcaciones, en la tupida red de ríos y canales del delta del río Rojo. Pensaron que éste era el único refugio posible y se embarcaron el 7 de octubre, festividad de Nuestra Señora del Rosario.

El 20 de octubre tuvo lugar el sobresalto final. Un joven de la familia propietaria de las barcas les delató, después de una discusión con su padre. Tras la denuncia, una embarcación, con gran número de soldados, abordó la barca en la que estaba el obispo mártir riojano. Al fin, cayó prisionero el misionero europeo más deseado y buscado durante tantos años. Le condujeron a Hai-Duong. En cambio, San Valentín de Berrio-Ochoa y San Pedro Almató lograron escapar pero, a los pocos días, de nuevo les delataron y fueron capturados. Cada uno en su jaula, les encerraron a los tres en la misma celda y un sacerdote vietnamita disfrazado pudo darles la absolución.

Al llegar al lugar del suplicio, salieron alegres de las jaulas y San Jerónimo Hermosilla pidió, en nombre de todos, que ejecutasen primero al preso político que iba con ellos, para acompañarle en sus últimos momentos. Además, que les dejasen una hora para orar. Se les concedió ambas cosas. Cuenta la testigo:

«El jefe de verdugos le quitó del cuello al obispo Liem (San Jerónimo Hermosilla) la cruz pectoral cuando salía encorvado de la jaula y el verdugo que le decapitaría le arrancó el anillo. Lo vi claramente porque estaba cerca»

Por un momento, las trompetas y tambores reclamaban la atención. En el silencio se escuchó

«Los altos cargos religiosos europeos fingen predicar la religión para apoderarse del reino. Por ello se les condena a muerte y la religión de DATO –Jesucristo– queda prohibida».

La muchedumbre, en general, respetó el silencio de la hora de meditación de los mártires. Los curiosos y los piadosos esperaban con paciencia oriental. Pasado el tiempo de oración, San Jerónimo Hermosilla comunicó a los verdugos que ya podían ejecutar la sentencia. El ritual era preciso y a la vez trágico, para espantar a la multitud.

\*En *Cristiandad*, núm. 531, mayo de 1975, p. 122, se ofrecen mas datos sobre su vida.

Lo conocían. Sobre cada uno de los presentes, tanto sobre los curiosos como, principalmente, sobre los piadosos, pesaba la amenaza de detención, si manifestaban tristeza ante las ejecuciones. Había que tragarse las lágrimas.

Al lado del preso político, San Jerónimo Hermosilla le ayudó a bien morir. En la cárcel le había catequizado y bautizado. Fue su último acto misionero. Así fue su muerte:

«Vi al verdugo matando a este reo. Después de muchos golpes no le cortaba la cabeza. En ese momento usó la espada como si fuera un serrote para aserrarle el cuello y de repente salía del cuello como un surtidor de sangre. Me retiré horrorizada».

La muchedumbre recibió la última bendición del obispo San Jerónimo Hermosilla. Se levantó para darla y elevó los ojos al cielo. Después se arrodilló de nuevo sobre las esteras y paños preparados. San Valentín de Berrio-Ochoa y San Pedro Almató le imitaron. Atadas las manos a la espalda y los cuerpos a unas estacas clavadas en tierra, lavaron los cuellos de los sentenciados; se oyeron tres toques de trompeta, poco después dos campanadas y los verdugos blandieron las hachas.

«Esto lo vi con toda claridad porque estaba a dos metros y aunque los soldados me despachaban, yo me volvía pasando entre ellos». Llegó el momento culminante. Eran verdugos avezados. No repitieron la carnicería del suplicio anterior. En el campo de «Las Cinco Yugadas», un tajo en el cuello de San Valentín de Berrio-Ochoa y San Pedro Almató y dos tajos en el de San Jerónimo Hermosilla. «Había tres verdugos que decapitaron a los mártires al mismo toque de clarín».

### **Las reliquias de los mártires**

Algunos cristianos habían extendido valientemente seis esteras y encima de ellas tres lienzos nuevos y blancos. Estos lienzos se enrojecieron con la sangre de los mártires y pasaron a ser sus primeras reliquias. Muchos empaparon en esta sangre telas, algodones o paños. Así lo narra la testigo:

«Yo le di un pañuelo al oficial Hai pidiéndole lo empapase en la sangre de los venerables. Así lo hizo, pero no sé de quién de los tres era la sangre... Al recoger el pañuelo lo vi manchado por una parte y no por la otra. Lo metí en agua limpia para que se extendiese el color de la sangre y lo partí en dos, para dos cristianos detenidos en dos cárceles. Los recibieron como algo inestimable».

Los cuerpos quedaron insepultos, al menos durante veinticuatro horas. Las cabezas expuestas en lo alto a pública contemplación. Ordenaron su sepultura en el mismo lugar de la ejecución y los valerosos cristianos recogieron las reliquias que les dejaron. A pesar de la persecución, visitaban y cuidaban el lugar de las sepulturas. Desde el Cielo, los mártires les bendecían, fortaleciéndoles en la tribulación.

# San Jerónimo Hermosilla, misionero y obispo mártir

L. C. Z.

## Inicio de su labor misionera

**C**UANDO el 15 de mayo de 1829, Jerónimo Hermosilla llega a Tonkín, reina allí el emperador Minh-Manh (1820-1841), educado por los misioneros franceses de Cochinchina. Su padre, el emperador Gia-Long (1800-1820), siempre le había aleccionado con su buen ejemplo para proteger a los cristianos. En 1826, incumpliendo lo ordenado en el testamento de su padre, decreta una persecución que perdura cuando llega san Jerónimo Hermosilla. Los sacerdotes tonquinos pueden trabajar con algo más de libertad, pero no así los europeos. Continúa en vigor un edicto real que ordena su presencia en la corte, para hacer de intérpretes. Sin embargo, la situación puede calificarse de llevadera si se compara con las que vivirá años más tarde.

San Jerónimo Hermosilla aprende la lengua anamita, al tiempo que inicia su contacto con la misión, con sus estructuras y sus gentes. Tras estos amagos de persecución, dos años después, conoce la primera persecución en serio, una declaración de guerra abierta contra todo lo cristiano. Un decreto de 3 de noviembre de 1832 ordena el derribo de todas las iglesias, la entrega inmediata de imágenes, estampas, rosarios, libros religiosos y ornamentos; prohíbe las reuniones de catequesis o de culto; manda que los cristianos vietnamitas renieguen de su fe y se arrepientan de haberla profesado. A principios de 1833, un nuevo decreto endurece las medidas: derribo de las residencias de los misioneros, censo de apóstatas... y los que reniegan, para alcanzar el perdón real, tienen que pasar por encima del crucifijo, pisándolo.

Son tiempos heroicos y muy difíciles para los escasos y ancianos misioneros. Con las precauciones que las circunstancias imponen, san Jerónimo Hermosilla, el religioso más joven, se multiplica en los trabajos de la acción misionera y pronto asume una responsabilidad mayor: el cargo de vicario provincial. Lo ejercerá desde su oculto nido de Luc-Thuy, donde tiene que esconderse. Es profesor de moral para los seminaristas; recibe a los catequistas que dirigen la comunidad de cada aldea; da instrucciones en atención a las necesidades y problemas de las comunidades, por medio de los «cursores», cristianos de la máxima confianza; escribe incansablemente...

Cuando, al final del reinado del emperador Minh-Manh, se desata la más feroz y sangrienta persecución, el vicario apostólico de Siam informa que «los obispos dominicanos del Tonkín habían sido decapitados y que tres padres españoles de la misma orden habían tenido igual suerte». Realmente no fue así. San Jerónimo Hermosilla, aunque perseguido con saña, se libra del exterminio y queda como primer testigo de excepción. La misión ha quedado arrasada y

demolida. Nada ha quedado en pie: necesitan breviarios, libros de rezo litúrgico...

Tras los martirios de san Ignacio Delgado y santo Domingo Henares, san Jerónimo Hermosilla ejerce como superior delegado, por designación del arzobispo de Macao. En el desempeño de este cometido, solicita refuerzos y pide el nombramiento y consagración de un nuevo vicario apostólico. Y entre otros menesteres, se documenta y escribe una extensa relación sobre las torturas y martirios, que envía a Manila. Por este medio, el papa Gregorio XVI y el mundo católico conocerán los horrores de esta despiadada y cruel persecución, que causa gran asombro y admiración ante el testimonio martirial de obispos, sacerdotes y laicos.

## Vicario apostólico

**S**AN Jerónimo Hermosilla es designado vicario apostólico, cargo que acepta en virtud del voto de obediencia. ¿Cómo se llevará a cabo su consagración? El Vicariato Occidental, de los padres franceses del Instituto de las Misiones Extranjeras de París, también está huérfano de pastor. Sus dos obispos, san Esteban Cuenot y san Pedro Borie, han muerto mártires y no hay ningún obispo en Tonkín que pueda consagrarle. La consagración se llevará a cabo en circunstancias muy especiales; por medio de arriesgados viajes, que constituyen toda una odisea. Una buena muestra de las dificultades que encuentra la acción evangelizadora.

El misionero francés Pedro Andrés Retord, vicario apostólico electo del Vicariato Occidental, consigue contactar con un capitán chino que le lleva en su barco a Manila por una suma de dinero. Allí es consagrado obispo el 31 de mayo de 1840. Aunque en Manila, a la vista de las circunstancias, consideran el viaje de regreso una temeridad, lo emprende acompañado de un religioso dominico destinado al Vicariato Oriental. Al llegar a Macao, el nuevo vicario apostólico recibe la noticia del nombramiento de san Jerónimo Hermosilla y, con la máxima urgencia, trata de proseguir el viaje para consagrar al misionero riojano. Pero no le es posible marchar hasta comienzos del año 1841, en un viaje lleno de vicisitudes, que le impiden pasar por el Vicariato Oriental para consagrar al nuevo obispo.

Ante esta situación, dos meses más tarde, san Jerónimo Hermosilla se arriesga y viaja al Vicariato Occidental, al encuentro del obispo Retord. Será el viaje más arriesgado de su vida. Al fin, el 25 de abril de 1841, de madrugada, en una cabaña, en un lugar que no consta por motivos de seguridad, Retord actúa de consagrante del nuevo obispo. Y éste a su vez, el 29 de junio del mismo año, en el pueblo de Cao-Xa, consagra a su coadjutor, fray Romualdo Jimeno.

El emperador Minh-Manh ha muerto el 20 de enero de ese año. Le sucede su hijo Thieu-Tri (1841-1847), apático y sensual, que no prosigue la persecución como su padre pero tampoco revoca los edictos. El gobernador de la provincia, implacable perseguidor, ha desaparecido también, pero algunos mandarines continúan hostigando a los cristianos. Durante algunos años la persecución se suaviza pero no llega a establecerse la paz.

### Pastor celoso de su grey

**S**AN Jerónimo Hermosilla no desaprovecha la ocasión. En los duros años de la persecución, se han producido también algunas apostasías que hieren el corazón del apóstol misionero. Es el momento de lanzar un ambicioso plan de restauración pastoral. Lo primero, curar y vendar las heridas todavía sangrantes de la persecución con dos objetivos muy claros: levantar las ruinas materiales y elevar la esperanza de los evangelizadores y de los fieles. La provincia de Nuestra Señora del Santo Rosario, desde Filipinas, se vuelca en la ayuda a sus hermanos de Tonkín con aportaciones económicas y con el envío de algunos misioneros españoles, dentro de sus escasas posibilidades.

Con su gran alma de apóstol, el obispo mártir riojano aprovecha la relativa calma para prodigarse en visitas a los núcleos principales de fieles. Hay que levantar su ánimo. Bautiza, confirma... y en las estadísticas deja constancia de esta pastoral sacramental. En una tierra, fecundada por la sangre de los mártires, se recogen abundantes frutos de conversión. Entre 1844 y 1855 vive su momento de plenitud pastoral: tiene ya oficio de pastoreo episcopal; le sobran fuerzas para trabajar, para huir o para vivir encerrado en casi inimaginables escondites; dirige la misión con pulso y brío, con iniciativas, con aliento; se apoya en un reducido y joven equipo de misioneros dominicos españoles... Y, por el momento, no es tan sofocante el agobio de los mandarines.

Nuevas zozobras vienen a perturbar los trabajos de la evangelización. Francia, con intereses comerciales en el sudeste asiático, desea extender su área de influencia. Además, la opinión pública ha recibido la noticia del martirio de los obispos y misioneros; entre ellos, algunos compatriotas suyos. Las autoridades francesas envían, en 1847, dos buques de guerra al mando del vicealmirante Lapierre para forzar al emperador Thieu-Tri a firmar un decreto de tolerancia. Los misioneros lamentan esta intromisión, ya que al no conseguir su objetivo, los buques franceses destruyen la escuadra anamita y comienzan las represalias. El emperador Thieu-Tri, humillado y enfurecido, promulga, de nuevo, los decretos de su padre: la decapitación de los misioneros europeos y la degradación de todos los funcionarios que profesan el cristianismo. Thieu-Tri muere ese mismo año y le sucede su hijo, el Emperador Tu-Duc (1847-1883), tan sanguinario como su abuelo Minh-Manh.

Los primeros años del reinado de Tu-Duc coinciden con un período de hambre, enfermedades, sequías, inundaciones... y son años de relativa calma para los misioneros, en

los que se intensifica la labor evangelizadora, propiciada por la división del Vicariato Oriental en dos: el Central y el Oriental. Durante este reinado, la situación sociopolítica, poco a poco, se va deteriorando. Por un lado, Tu-Duc ha recibido el trono de su padre, en lugar de su hermano, el hijo primogénito On-Honag-Bao, lo que da lugar a intrigas palaciegas y algún intento de golpe de estado. Además, numerosos tonquinos están descontentos con el emperador y pretenden el restablecimiento de la dinastía Le, desposeída del trono a finales del siglo anterior. El representante de esta dinastía, Pedro Phung, se declara abiertamente cristiano. Esta situación pone en dificultades el reinado de Tu-Duc y las represalias se manifiestan, sobre todo, en una cruel y sanguinaria persecución contra los misioneros y los fieles católicos vietnamitas. Entre los 117 mártires canonizados por Juan Pablo II, 50 de ellos corresponden a este reinado.

### En la plenitud de la «era de los mártires»

En 1854 se publica un edicto que impone la pena de muerte a los misioneros europeos o indígenas; ordena la destrucción de iglesias y residencias; prohíbe el culto... Es el comienzo de una feroz persecución que se va incrementando en los años sucesivos. En septiembre de 1857, se presentan en el golfo de Tonkín dos buques de guerra para liberar al obispo san José María Díaz Sanjurjo, aunque ya ha sido martirizado. Esta presencia militar europea irrita al emperador Tu-Duc y provoca el incremento de una persecución, cada vez más desatada. Es martirizado, en 1858, el obispo san Melchor García Sampedro. Algunos misioneros aprovechan la presencia de los buques para ponerse a salvo. Y ante el sesgo que van tomando los acontecimientos, los tres obispos, reunidos, deciden que algunos religiosos dejen temporalmente la misión, reservándose para un apostolado posterior. Se marcha temporalmente el obispo Hilario Alcázar, que se queda próximo a la frontera, y se quedan los obispos san Jerónimo Hermosilla y san Valentín de Berrio-Ochoa. Así como tres misioneros: san Pedro Almató, Gaspar Fernández y Riaño.

La última persecución del emperador Tu-Duc comienza en 1860. El 5 de agosto de 1861, se promulga un decreto que ordena la dispersión forzosa de los cristianos entre los paganos. Es el principio del fin. Los misioneros quedan a la intemperie sin encontrar refugio. Los dos obispos y san Pedro Almató son martirizados el año 1861, en la festividad de Todos los Santos, en el campo de «Las Cinco Yugadas», a las afueras de Hai-Duong.

El 5 de junio de 1862 los plenipotenciarios del emperador Tu-Duc, del emperador Napoleón III y de la Reina Isabel II firman la paz en Saigón. Las misiones florecerán de nuevo, aunque no inmediatamente. Atrás quedaban siete años de sangre y de locura en los que «habrían muerto por la fe, degollados, quemados, ahogados, enterrados vivos, destrozados por elefantes, consumidos por los tormentos en las cárceles, de hambre, de miseria o en el destierro, treinta o cuarenta mil cristianos».

## El padre Claret en el nombramiento de los obispos españoles

Entre los obispos santos canonizados durante el siglo xx y citados por Juan Pablo II en la homilía de clausura del Sínodo está nuestro san Antonio María Claret. Su fecundidad espiritual fue extraordinaria, como fundador, como publicista, como predicador. Y fue espiritualmente fecunda su influencia en el nombramiento de obispos españoles, no sólo porque formaron un bloque incondicional al lado del papa en defensa de la infalibilidad pontificia, sino porque, como dice el autor anónimo del artículo que reproducimos a continuación (fue publicado en CRISTIANDAD, núm. 38, de 15 de octubre de 1945), fue «modelo de fortaleza y de prudencia».

*Es conocida de todos la actitud unánime y resuelta del episcopado español en el Concilio Vaticano, luchando en las avanzadas más ortodoxas de los problemas que se discutían. Antes del Concilio entrevistó Pío IX esta actuación, cuando decía a Mons. Marcial Ávila, decano de la Rota Romana:*

«Ya vienen tus obispos paisanos... ¡Qué obispos tan grandes los españoles. Pero, sobre todo, Claret: es un hombre de Dios: es un santo: pero no lo canonicemos ahora, que otro lo hará».<sup>1</sup>

*Justísima resultaba la asociación que hacía Pío IX del arzobispo Claret al cuerpo del episcopado español no solamente por su acusado relieve, sino por ser obra netamente claretiana aquella falange de obispos que por su piedad, ciencia y valor, fueron la admiración del mundo. De varios modos contribuyó el Arzobispo a moldear este espíritu, no siendo el más despreciable su obrita Apuntes... destinada para ellos y delicadamente distribuida entre ellos por vía de consulta. Pero lo decisivo fue la intervención claretiana en la selección y nombramiento de casi todos los obispos españoles, que en el Concilio Vaticano intervinieron. Más que estudiar y exponer los casos particulares, tarea enojosa, difícil y larga, convendrá insinuar, en general, la parte que el arzobispo Claret, alma de todo negocio y empresa religiosa en España, tenía especialmente en este asunto.*

*Por su posición en la Corte, por el afecto y veneración insuperables que la Reina le profesaba, y por la amistad y confianza con que siempre le distinguieron los nuncios de la Santa Sede, vino a ser el confesor de*

*S. M., si no el árbitro, el más influyente y decisivo proveedor de Prelados para las iglesias que iban quedando vacantes: él mismo apunta modestamente esta su intervención acentuando, más que su labor personal, la escrupulosa diligencia con que procedía la Reina en este importante negocio.*

«En cuanto a la provisión de obispos, escribe, es en lo que más me he ocupado por instancias de S. M. y diré cómo ha andado hasta aquí el negocio este. El Ministro de Gracia y Justicia pide de vez en cuando a los Obispos y a cada uno en particular que le diga si en su diócesis tiene algún sacerdote que reúna las cualidades para ser obispo cuando convenga, y el obispo le contesta sí o no. Si tiene alguno, da las noticias que puede, su edad, carrera, virtud, ejercicio y demás prendas... El Ministro recoge y guarda estas noticias, y cuando hay alguna vacante se sacan estos cartapacios y se entregan a S. M.; y la Señora las lee y escucha la inspiración interior que pide a Dios para conocer a quién debe escoger, y después se hace formar la terna, se informa de los sujetos de la terna y se encomienda y se hace encomendar a Dios, y finalmente escoge sin mirar otra cosa que la mayor gloria de Dios y bien de la Iglesia. Y yo puedo asegurar que si alguna vez algún sacerdote le ha hecho alguna indicación para esto, ha sido aquello más que suficiente para que jamás sea nombrado para obispo; y me decía una vez: «Malo será cuando pide y procura ser obispo. Quizá en ninguna cosa en España se proceda con más equidad y justicia que en los nombramientos de obispos, pero en ninguna cosa lleva más acierto».<sup>2</sup>

*Por su parte, el Ilmo. Aguilar, contemporáneo y amigo del P. Claret y bien informado para escribir la*

1. Anales de la Congregación de Misioneros. Año 1925, pág. 373.

2. Autobiografía, pág. 207.

*primera valentísima biografía del Arzobispo, notaba a este propósito:*

«No habiendo ahora inconveniente en decir lo que algún tiempo antes habría sido preciso callar, nos quedaría algún remordimiento si no manifestáramos la tramitación oficiosa y, digámoslo así, extralegal que se había establecido para este trascendental asunto. A veces los ministros consultaban directamente al señor Claret que por sus frecuentes relaciones con todos los prelados tenía conocimiento de los eclesiásticos más distinguidos, quién fuese el más a propósito para gobernar la diócesis vacante. Si se preguntaba al señor Nuncio, éste solía informarse también con el señor Claret. Otras veces el ministro presentaba una terna a S. M. contentándose con sus propios informes: y en ese caso la Reina acostumbraba quedarse la nota y la enviaba inmediatamente a su confesor para que designase al que de los tres merecía ser elegido, y siempre daba la preferencia al designado, aunque no ocupase el primer lugar en la terna del ministro».<sup>3</sup>

*Los textos de la correspondencia claretiana confirman plenamente en casos particulares estas apreciaciones de conjunto: el P. Claret, asesorado por el Nuncio a propuesta del mismo, trabajaba siempre las candidaturas, sin que en esta preparación fuese parte alguna la amistad ni cualquiera otra mira interesada de la tierra. La provisión de las diferentes diócesis sería edificante, si pudiera referirse con los debidos pormenores. Vacante la de Vich, escribía el Arzobispo al Padre Xifré a 2 de junio de 1865:*

«Con el señor Nuncio vamos pensando sobre el sujeto para que haga un buen prelado en Vich. No tenemos ninguna otra mira. No será ningún traslado, será nuevo. Se hacen las indicaciones sobre el sujeto Dr. de Lérida: no sé qué resultado dará.

»Hoy el señor Nuncio me indica que le han escrito sobre D. José Sanmartí, V. Gl.

»También me han escrito a mí lo mismo. ¿Qué le parece a usted? Si sabe algunos, tenga la bondad de indicármelos para informarnos.»

*Con referencia a la de Tortosa, decía al mismo destinatario en 20 de abril de 1861:*

«Muy señor mío y estimado amigo: tres cartas tengo para contestar a usted y no lo he hecho para poderle dar una respuesta exacta singularmente respecto del Obispo de Tortosa ni ahora se la puedo dar; hay proyectos relativos a Vilamitjana, Puigllat, etc., etc.; pero esperamos que pase por este Real Sitio el señor Nuncio, a fin de quedar de acuerdo».

3. Ilmo. Aguilar, pág. 360.

*Tres años hacía que esta diócesis de Tortosa le venía preocupando, por circunstancias que no son del caso referir: el 10 de abril de 1859 escribía:*

«He propuesto para Cuba al doctor don Manuel Noguera, Penitenciario de Valladolid; para Tortosa el doctor don Miguel Pratmans, rector del Seminario de Solsona, que usted conocerá. Todas las diócesis están provistas, menos Calahorra, que por ahora no conviene».

*Según puede apreciarse, ante el P. Claret la mayor autoridad y el mejor asesoramiento para estos difíciles asuntos estaba siempre en el Nuncio de Su Santidad, cuyas indicaciones secundaba con absoluto rendimiento: son varias las cartas que pudieran comprobarlo: vayan para muestra, las siguientes donde se tocan diferentes negocios y se insinúan lo bastante las armónicas relaciones entre estas dos autoridades de la Iglesia.*

«J. M. J.-Excmo. e Ilmo. señor Nuncio Apostólico.

Gijón, 12 de agosto de 1858.

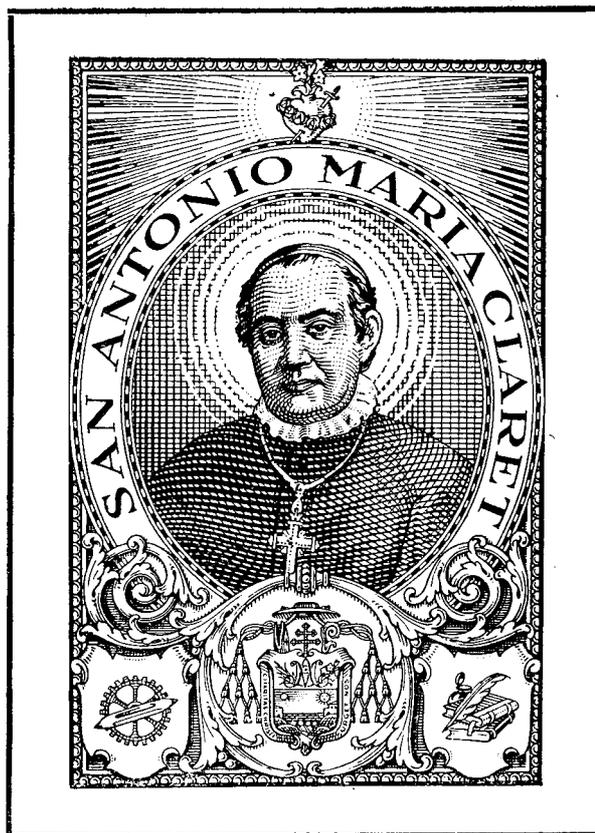
Muy señor mío de toda mi veneración y aprecio: Recibí su muy apreciada y luego di cumplimiento a lo que se dignó encargarme: hablé a S. M. y le recordé la carta para Su Santidad y me agradeció tal recuerdo. Hablamos de las diócesis que se han provisto, la de Astorga, en el Magistral de Oviedo (éste es y debe ser y no otro) y la de Calahorra, en el Deán de Orense.

Le hablé de la de Tortosa y me preguntó quién presentaría: yo le dije uno de la lista y me dijo que miraría la tal lista, y, en caso de que se hubiese extraviado, bueno sería que usted se sirviese enviarme la lista de aquellos eclesiásticos escogidos.

Me ha dicho el Ministro de Estado que por parte telegráfico sabía de Roma que el Santo Padre aceptaba mi renuncia y me daría un título *in partibus*. Veamos, pues, ahora cómo se nombra un sucesor. Yo desearía saber si don Ramón Pallarola a quien yo había propuesto, según me habían informado que era el más a propósito N, ahora me están diciendo que no es lo que me habían dicho, ha renunciado, y, en este caso de haber renunciado, aceptar la renuncia y luego proponer otro; si usted lo sabe tenga la bondad de decírmelo si usted conoce alguno; tal vez don Fermín de la Cruz conocerá alguno; yo le oí hablar de un sacerdote muy celoso, que promueve ejercicios, rector de un Seminario, me parece que se llama Saturnino Castro; también de un Monzón, Magistral de Toledo. Yo desearía muchísimo saber de alguno para decirle a S. M., que me lo está diciendo.

Al otro día me descuidé de felicitarle en los días de su santo Patrón, usted me dispensará y mande lo de su gusto a su affmo. servidor y capellán q. s. m. b.,

Antonio María, Arzobispo.»



*Alúdese claramente en la precedente carta a una lista que el Nuncio de Su Santidad había formado entre los más prestigiosos miembros del Clero español, posibles candidatos al episcopado: remítala al Arzobispo para su definitivo arreglo, rogándole la presentase a la Reina como elaborada conjuntamente por ambos porque no se le ocultaba el peso que esta sencilla insinuación había de tener en el ánimo real. Véanse los siguientes fragmentos de dos autógrafos de Mons. Barili correspondientes a 20 de mayo y 14 de julio:*

«Muy señor mío y mi querido hermano: He tomado nota de los sujetos aptos al episcopado, nuestros hermanos de Segorbe, Cádiz, Cartagena y Osma, cuyas cartas devuelvo a V. E. Creo que son dignos de incluirse en la nota convenida, a la cual quisiera fuesen añadidos los que indico en el adjunto papel.

Cuando V. E. haya redactado toda la nota le ruego me envíe una copia y diga a S. M. que la aludida nota se presenta de común acuerdo recomendando mucho que no se acepte ningún otro eclesiástico, cuando positivamente no se cuente con la anuencia del Representante del Santo Padre.

Adjunto a la presente la nota de los eclesiásticos y alguna línea que sabe V. E. como ya le dije ayer. V. E. puede hacer indicaciones especiales, o sea, el P. Félix para Tenerife y los primeros de la nota para las sedes actualmente vacantes...

Ruego a V. E. no olvide lo que ayer le indiqué, cuando tenga el honor de ver a S. M.; créame siempre suyo affmo. respetuoso Hermano».

*Esta armonía del Nuncio de Su Santidad y del Confesor de la Reina en el delicado asunto de nombramientos episcopales puede verse más explícita aún en otras dos cartas, reflejo bastante exacto de las decisiones intervenciones de ambos Prelados que mutuamente se completaban:*

Mons. Barili escribía al Arzobispo Claret el 17 de mayo de 1861:

«Muy señor mío y querido hermano: Ayer tarde me ha dicho el señor Ministro de Gracia y Justicia que están preparados para presentar a la firma de la Reina los decretos para nombrar obispo de Tortosa al Canónigo que usted ha indicado y los obispos de Calahorra y de Osma, eclesiásticos Monescillo y Tetamancy, que mencioné a S. M. Esto está bien: pero ha añadido que estaba pensando sustraer a la firma Real los decretos para los nombramientos de Huesca y Teruel. Ahora bien, para Huesca, animado por la comisión que benignamente me había confiado S. M., indiqué al señor don Basilio Bueno, benemérito y egregio Vicario capitular de Barbastro; y en cuanto a Teruel, habíamos quedado en esperar un poco para pensar en una persona ciertamente digna de la mitra. Sentiría

que inopinadamente se substituyese algún otro no bien conocido del señor Basilio Bueno, y que por otra parte se nombrase un desconocido para Teruel.

Por consiguiente, ruego a usted suplique a la Reina se tome un poco de tiempo, tanto para Teruel como para Huesca, dado caso que no juzgue nombrar el sobredicho Bueno. Yo reflexionaré prontamente y consultaré a usted, yendo si es necesario, a esa, para hablar con mayor comodidad y detención.

Me encomiendo a sus oraciones.

*Y el P. Claret el 11 de agosto del mismo año a Mons. Barili:*

«Muy señor y de todo mi aprecio: Con la presente debo decirle que el Ministro de Gracia y Justicia llegó a ésta y luego salió para los baños y en la entrevista que tuvo con S. M. se olvidó ésta de hablar de los nombramientos de los obispos, no obstante de habérselo yo tanto encargado; hasta en la Granja no le veremos y entonces le volveré a recordar.

El mismo Ministro dejó en manos de S. M. una lista de sujetos para obispos, la que habiéndome entregado S. M. la he mandado copiar para enviarla a usted para que tenga de ellos conocimiento y se pueda informar entretanto.

También he hablado con S. M. del señor Gutiérrez y del que le podría suceder, según me dice usted en su apreciada del 8 y me ha dicho que ya lo tendría presente.

Consérvese bueno y mande de su affmo. servidor y capellán, q. s. m. b.,

El Arzobispo de Trajanópolis.»

*Y no se crea que fuesen la política o la diplomacia las inspiradoras de estas actitudes de benevolencia y confianza del representante de la Santa Sede con el Confesor de S. M.: eran ellas sinceras y cordiales como fácilmente se transparentará en la tramitación de otros negocios y aparece también en el siguiente fragmento epistolar de Mons. Barili a Puigllat nombrado Obispo por gestiones del P. Claret, aunque el agraciado esperaba y pedía de su antiguo discípulo en el Seminario vicense muy distintas intervenciones de éstas que tanto le apenaban.*

«Muy señor mío, le escribía: Si el señor Claret se ha vuelto sordo y desinteresado de V. E. I. como me dice en su apreciada del 27 de diciembre, sus motivos habrá tenido y muy grandes, por ventura, porque dicho piadosísimo Prelado, de no ser así, habría hecho todas las diligencias por la interesantísima comisión que le había confiado... Pero sea cual fuere la intervención de Mons. Claret, que de antiguo tanto aprecia a V. E. I., no le queda a V. E. I. otra resolución que someterse a la carga episcopal ya que a la designación de la Reina se ha añadido la preconización del Santo Padre».

*Aunque ya pude traslucirse por las cartas apunta-*

*das, bueno será consignar expresamente que, según afirma un testigo, eclesiástico que tuvo con S. E. I. frecuentes e íntimas relaciones, mientras el P. Claret permaneció en Madrid al lado de la Corte, intervino en todos los nombramientos de obispos en España, menos en el de uno, que también resultó el menos acertado.*<sup>4</sup>

*Así fueron nombrados, entre otros, entre casi la totalidad de los obispos españoles, Arenzana para Calahorra en 1865; Argüelles y Miranda para Astorga en 1858; Barrio y Fernández para Valencia en 1861; Blanco para Ávila en 1857; Bonet para Gerona en 1862; Arredondo para Guádix en 1866; Fleix y Solans para Tarragona en 1864; García Gil para Zaragoza en 1868; La Cuesta para Orense en 1866; Martínez para La Habana en 1865; Monescillo para Calahorra y Jaén en 1861 y 1865; Montserrat y Navarro para Badajoz en 1862; Monzón para Granada en 1866; Moreno para Valladolid en 1863; Payá y Rico para Cuenca en 1858; Puigllat para Lérida en 1862; Sanz y Forés para Oviedo en 1868; Urquinaona para Canarias en 1868; Vilamitjana para Tortosa en 1861, etc., etc.*

*Así se fue formando aquel episcopado prestigioso, modelo de fortaleza y de prudencia, dechado de ortodoxia y adicto como ninguno a la Silla de Pedro según pudo demostrar muy pronto en el Concilio Vaticano, donde actuó, en expresión de historiadores, como escolta personal del Sumo Pontífice. Bien lo conocía Pío IX, quien, hablando en una solemnidad largamente de las malas doctrinas que cundían, incluso en el santuario, y de la corrupción de costumbres que parecía amenazar al mundo con un diluvio de perdición, repentinamente, volviéndose a uno de los personajes españoles que le escuchaban, prosiguió en castellano: «Allí es donde no entran las malas doctrinas, porque los obispos todos sin excepción están en el buen terreno... No hay entre todos los que conozco quien se aparte de la verdadera doctrina».*<sup>5</sup>

*En España mismo tampoco se explicaba nadie el fenómeno que contemplaban de la elección de excelentes obispos, dentro de ambiente político tan venal o poco religioso en la mayoría de los casos. «Muchísimas veces, dice el ilustrísimo Aguilar, oímos exclamar a diferentes personas: ¡Qué obispos tan buenos nombra el gobiernos, parece un milagro lo que sucede en estos nombramientos! Dios mira con cuidado especial, sin duda, en la presentación de preladados».*<sup>6</sup> *Y es que había pocos que estuviesen en el secreto de las intervenciones claretianas en este delicadísimo y trascendental asunto.*

4. Ilmo. Aguilar, pág. 360.

5. Razón y Fe, año 1906, tomo I, pág. 477.

6. Ilmo. Aguilar, pág. 360.

## La Encarnación redentora, principio fundamental de la concepción católica de la vida

Texto de la conferencia que nuestro redactor FRANCISCO CANALS VIDAL pronunció en la XL Reunión de Amigos de la Ciudad Católica, celebrada en Barcelona los días 2, 3 y 4 de noviembre de 2001, sobre el tema general «Lo que debemos a Cristo (dos mil años de catolicismo)».

EL cardenal Newman, escribiendo la *Apología por su vida*, explicaba cómo llegó a la convicción de su deber de convertirse a la Iglesia católica por el estudio de las herejías cristológicas del siglo v. Encontró que los protestantes se correspondían con el eutiquianismo, Roma era entonces lo mismo que en nuestros tiempos, y que la Iglesia de Inglaterra, en su pretendida vía media entre la Iglesia católica y el protestantismo, estaba en una posición análoga a los diversos intentos realizados en Constantinopla en los siglos siguientes a Calcedonia para introducir concesiones a lo que había sido condenado en 451.

Su reflexión contiene una extraordinaria y utilísima orientación para descubrir el hilo conductor que muestra la síntesis de la dogmática católica, sorteando los escollos de los errores heréticos entre sí contrapuestos, y descubrir la coherencia de los temas sobre Cristo con los que se refieren a su gracia sobre el hombre redimido, en su justificación —paso del pecado a la filiación divina— y en la sanación y regeneración de la misma naturaleza que el pecado desintegra y sólo la gracia puede regenerar.

Las diversas ramas del protestantismo se centraron en errores soteriológicos. La genial sugerencia de Newman nos invita a centrar la atención en la dogmática cristológica que la Iglesia tuvo que formular frente a los errores que desfiguraban quién era Jesucristo y por qué en Él hemos de reconocer una doble naturaleza, la naturaleza divina del Verbo eterno y la naturaleza humana que Él asumió al hacerse hombre, en todo semejante a nosotros menos en el pecado.

La doctrina de la Encarnación redentora, que afirmamos ser el principio fundamental de la concepción católica de la vida, es el contenido dogmático, solemnemente definido, de cuatro concilios ecuménicos que precisaron la doctrina ortodoxa y católica sobre Cristo frente a doctrinas heréticas que, desde posiciones entre sí antitéticas, al desfigurar a Jesucristo, partían también, en el fondo, de errores profundos que desconocían el designio de la «dispensación» o «economía» divinas en cuanto al camino por el que Dios misericordioso quiso obrar la Salvación de la humanidad pecadora.

El dogma de la Encarnación redentora lo profesamos en el Símbolo, el Credo largo de nuestra liturgia, diciendo

que Jesucristo, que confesamos es nacido del Padre antes de todos los siglos, consubstancial con el Padre, Dios verdadero nacido de Dios verdadero, engendrado, no creado, y por quien fueron hechas todas las cosas, **por nosotros, los hombres, y para nuestra Salvación, bajó de los Cielos y se encarnó, por obra del Espíritu Santo, de la Virgen María y se hizo hombre.**

Este Símbolo, que solemos llamar niceno-constantinopolitano, expresa la reafirmación de la fe frente a las herejías del siglo iv que desconocían la divinidad, idéntica y única con Dios Padre, del Verbo e Hijo, y del Espíritu Santo. Las diversas formas del arrianismo convergían en atribuir al Hijo de Dios y al Espíritu Santo una naturaleza diversa de la del Padre, inferior por lo mismo a la plenamente divina, suplantando el misterio de Dios Uno y Trino por algo análogo a un sistema de «emanatismo», cual podía encontrarse en los neoplatonismos de Filón de Alejandría y de Plotino.

Para situarnos en el sentido e intención de las fórmulas dogmáticas que definieron, en los siglos iv y v, los Concilios de Éfeso, 431 —que definió que María es Madre de Dios, porque el que nace de ella, hecho hombre, no es otro que el mismo Hijo de Dios eterno—, de Calcedonia, 451 —que proclama la verdad de las dos naturalezas, divina y humana, en Cristo, porque en verdad el Verbo se hizo hombre—, de Constantinopla, 553 —que reafirma, frente al malentendido con que muchos enfrentaron Calcedonia a Éfeso, la unidad, la unicidad de la Persona de Cristo, en el que subsisten inseparablemente, aunque sin confusión, la divinidad y la humanidad—, y de Constantinopla, 681 —que definió que en la única Persona divina de Cristo hay una doble línea de operaciones y una doble voluntad, correspondiente a la doble naturaleza, divina y humana, de Jesucristo— para comprender, digo, el sentido de esta doctrina dogmática es conducente atender a la intención de los errores heréticos a que debieron enfrentarse, y a su especial continuidad o contraste con los errores arrianos que en el siglo precedente hicieron necesarias las definiciones de la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo.

En la modernidad ilustrada y en el mundo de la cultura liberal quedó por muchos prácticamente olvidado el central mensaje evangélico y apostólico de nuestro ser «partícipes de la naturaleza divina», hechos verdadera-

mente hijos de Dios por la obra redentora de Cristo. Esta divinización del hombre se dio ya al principio en la primera Creación, y se perdió por la herencia del pecado original. Al perder esta filiación divina, la misma naturaleza humana perdió, porque era no debida y gratuita, es decir, sobrenatural, aquella gracia divinizante, y quedó también herida en sí misma, perdiendo los dones de integridad y de inmortalidad, que tampoco le eran naturalmente debidos, y que, en el lenguaje teológico llamamos «preternaturales».

Privado de la gracia sobrenatural divinizante, el hombre no hubiera podido nunca, por sí mismo, recuperar aquella filiación divina; tampoco hubiera podido superar la desintegración, el desorden de sus pasiones, por el que el hombre hubiera quedado no sólo despojado de lo gratuito –sobrenatural–, sino herido en sus perfecciones naturales.

En las luchas antiarrianas, la argumentación de los Padres ortodoxos frente al arrianismo consistía en mostrarles que si el Verbo no fuese verdaderamente Dios, uno con el Padre, y el Espíritu Santo fuese inferior al Padre y al Hijo, de ningún modo hubiera podido Cristo traernos de nuevo la filiación divina, ni podríamos ser hechos hijos de Dios al ser el Espíritu Santo enviado a nuestros corazones.

En el Catecismo de la Iglesia Católica se alude al lenguaje de los Padres de la Iglesia, que distinguían la *Theologia* y la *Oikonomia*, referida la primera al Misterio de la vida íntima y eterna de la Trinidad y la segunda a las obras por las que Dios se nos revela y nos comunica su vida. Y nota que la *Theologia* se nos reveló a través de la *Oikonomia*, aunque por la *Theologia* se nos explica y fundamenta la obra de la divina *Oikonomia* (nº 236).

Argumentar la Trinidad divina trascendente a partir de la divina dispensación que por el Hijo encarnado y por el Espíritu Santo nos comunica de nuevo la vida divina, implica que en el S. IV la «Trinidad económica» era más conocida de los cristianos que la Trinidad trascendente y eterna que se iba a definir frente al arrianismo.

En los siglos de la modernidad, muchos cristianos que han profesado verbalmente creer en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, apenas han pensado nunca en el carácter divinizador de nuestra inserción en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia por el Bautismo o en la presencia interior del Espíritu de Dios en nuestros corazones.

Lo adquirido en las definiciones dogmáticas trinitarias del siglo IV serviría después de argumentación contra las herejías cristológicas de los siglos V y VI. El hilo conductor de la polémica, exigido por la intención desorientadora de las herejías cristológicas, es también que Dios, por la Encarnación redentora de Su Hijo, y por la Misión de Su Espíritu Santo, quiere obrar nuestra Salvación, nuestra salvación divinizante, para la que nosotros, por nosotros mismos, estaríamos totalmente incapacitados.

La herejía nestoriana reconocía a María como Madre de Cristo, y proclamaba que Cristo era un hombre en el que habitaba, y se relacionaba de un modo único, el mismo Verbo e Hijo de Dios. No negaba la Trinidad eterna, tampoco negaba que en Cristo habitase el Verbo, pero no reconocía que el mismo Verbo se hubiese hecho hombre.

San Cirilo, Patriarca de Alejandría, en una carta del año 430 a Nestorio, el patriarca de Constantinopla, dice, en el primero de los *anatematismos*: «*Sea anatema el que no confiese que el Emmanuel es, en verdad, Dios, y por esto la Santa Virgen es Madre de Dios, porque engendró, según la carne –es decir, en lo humano– al que es el Verbo de Dios hecho carne, es decir, hombre*» (DS 252).

**R**EFLEXIONEMOS: hemos de confesar que María es Madre de Dios, no sólo madre de Jesús o de Cristo, porque Jesús, el Cristo, el Emmanuel, anunciado a José como el que salvará al pueblo de sus pecados, es verdaderamente Dios.

¿Por qué Nestorio sentía una repulsión hacia este modo de hablar? En alguna ocasión dijo que es blasfemo llamar «Dios» a quien es un niño pequeño que va creciendo y aprendiendo a hablar. Pero, si se atiende al que fue el creador de la doctrina que él profesaba, Teodoro de Mopsuesta, veremos que pensaban en Cristo como un hombre que, venciendo las pasiones y deseos, y apartándose gradualmente del mal, y habiendo llegado a perfeccionarse en virtud de sus propias obras y por su vida habiendo llegado a ser inmaculado, había merecido la filiación, y la inhabitación en él del Verbo (DS 434).

Es decir, en un contexto ya verbalmente trinitario, se pensaba en Jesús no como Dios hecho hombre, sino como un hombre elevado por sus obras a una unión con el Hijo de Dios. Incluso se hablaba de una unión personal, no porque se tratase de la misma persona, sino porque el Verbo y Cristo estaban íntimamente unidos, al modo como se puede decir de los esposos, que son una misma carne. Es decir, ya inserta en una terminología trinitaria, persistía en Teodoro de Mopsuesta y en su discípulo Nestorio, el «error judío», es decir, el que tuvo que combatir San Pablo, el de la posibilidad del hombre de hacerse justo ante Dios en virtud de sus propias obras según la ley. Recordemos que san Pablo decía: «*Si por la ley se alcanzase la justicia, entonces Cristo hubiera muerto en vano*» (Gal 2, 21).

La seducción del error se constituye por lo que él contiene de verdad. Una verdad que el error fragmenta y desintegra para dirigir la atención, desordenadamente, en un sentido parcial. La oposición a la doctrina trinitaria se realizó siempre invocando que Yahvé, el Dios de Israel, es Uno, es el Único Yahvé. Y, desde esta perspectiva, era vista como politeísmo la fe cristiana trinitaria y como idolatría la profesión de fe en Jesús como hijo de Dios, que tenía que ser adorado con el Padre y el Espíritu Santo.

Esta consigna monoteísta sirvió para apartar al pueblo judío de la fe en Cristo como Hijo de Dios. Pero una profunda soberbia religiosa impulsaba en lo profundo a quienes dominaron el pueblo judío frente a Cristo.

Si el Señor en la Cruz oró a Su Padre: «*perdónales, porque no saben lo que hacen*», dialogando con los judíos que se proponían matarle, les habló así: «*Si Dios fuera vuestro Padre, me amaríais a mí*» (Iohannes 8, 42) «*Mi Padre es quien me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios, y no le habéis conocido*» (Iohannes 8, 54). Y porque ellos se gloriaban de tener por padre a Abraham les acusa de ser «*hijos de Satanás*» (Iohannes 8, 44).

Jesús recrimina que no le reconozcan, acusándoles de no ser de Dios, de no conocer a Dios.

Como que el monoteísmo islámico –en su convicción de que somos «infieles» los que creemos en la Trinidad divina y adoramos a Cristo como Hijo de Dios– es, sustancialmente, heredero del judaísmo que no reconoció en Jesús al Hijo de Dios, es ahora importante notar las actitudes del Apóstol Pablo, que en la primera carta a los Tesalonicenses escribe:

*«Vosotros, hermanos, os hicisteis imitadores de las iglesias de Dios que están en Judea por cuanto las mismas cosas padecisteis también vosotros de parte de vuestros compatriotas, que ellos mismos de parte de los judíos, los cuales, no contentos con matar al Señor Jesús y a los Profetas, también a nosotros nos persiguieron: que no agradan a Dios y son enemigos de todos los hombres; que nos estorban a nosotros cuando predicamos a los gentiles para que se salven, obstinados siempre en colmar la medida de sus pecados; por lo que está para descargar sobre ellos la ira de Dios hasta el colmo»* (I Tess. 2, 14-16).

Pero en la Carta a los Romanos escribió san Pablo:

*«La inclinación de mi corazón y mi oración a Dios es en favor de ellos (de los judíos) para su salvación. Porque doy fe de ellos que tienen celo de Dios, más no según ciencia; por cuanto, desconociendo la justicia de Dios, y empeñándose en mantener los fueros de su propia justicia, no se rindieron a la justicia de Dios. Porque el fin de la Ley es Cristo, principio de justicia para todo creyente»* (Rom. 10, 1-4).

Vemos que san Pablo, refiriéndose a aquellos judíos en los que reconoce un «celo de Dios» desorientado, advierte en ellos la convicción de que han de hacerse justos por sí mismos, y no recibir de Dios, por la fe, el ser hechos justos por la gracia. Por esto, en las herejías anti-trinitarias, «judaizantes», hallamos un concepto de Jesús como un hombre que por su propia obra humana merece ser «adoptado» como Hijo de Dios, Ungido como Mesías, y que es para los hombres Maestro y ejemplo, pero no Redentor.

Su carácter de Mesías en los judíos que tomaron el nombre de «ebionitas», es decir, los «pobres de Israel, los pobres de Dios» consiste en que obrará en el futuro Reino Mesianico la liberación de Israel frente a las naciones. En el ebionismo, que negaba la concepción virginal de Jesús, y su carácter de Hijo verdadero y natural de Dios, y desconocía la economía de la Redención y de la gracia, encontramos una «Teología de la Liberación» de Israel, muy semejante y casi idéntica, por desgracia, a las actuales Teologías de la Liberación. Está ausente la idea de que «salvará al pueblo de sus pecados», como se anuncia a José de Jesús, el Salvador, el Emmanuel, Dios con nosotros, del que nacerá de su esposa por obra del Espíritu Santo.

Los nestorianos creían en la Trinidad, y en la concepción virginal de Jesús, y en la perpetua virginidad de María, e incluso en su Asunción gloriosa a los Cielos. Pero a través de Teodoro de Mopsuesta, como hemos visto, en el impulso que les llevaba a no reconocer que Cristo era el mismo Verbo eterno hecho hombre había una continua-

ción de la soberbia religiosa que busca la salvación del hombre por el hombre.

En el fondo del nestorianismo había, pues, un «humanismo antropocéntrico», por cierto no de raíz filosófica, griega, sino heredero, a través de los «adopcionismos» anti-trinitarios de siglos anteriores, de la soberbia religiosa judía del fariseísmo. Desde el punto de vista de la Teología de la Salvación, los nestorianos estaban en una posición semejante a la de los pelagianos en Occidente o a la de Celestio en Oriente, es decir, en la doctrina de la Salvación por las buenas obras humanas, desconocedora de la necesidad de la gracia divina.

Puede resultar sorprendente que el nestorianismo, como auténtica herejía o, tal vez, por lo menos, como tendencia cismática impulsada por la simpatía por el Patriarca Nestorio y sus amigos de la escuela antioquena y la aversión y odio a San Cirilo de Alejandría, no tuviese ningún arraigo en el mundo griego -la Península, el archipiélago o la Jonia- sino que se propagase en la Siria oriental y de allí hacia Persia y las estepas asiáticas hasta China y hacia la India occidental.

**A** los veinte años del Concilio de Éfeso, un Patriarca alejandrino, Dióscoro, apoyaba al monje constantinopolitano Eutiques, que, enfrentado a su patriarca Flaviano, pensaba defender la doctrina de San Cirilo negando la verdad e integridad de la naturaleza humana en Cristo para sostener que en Jesucristo hay una sola naturaleza, la divina, que absorbe en sí lo humano. Quienes decían esto pensaban ser incondicionales seguidores de San Cirilo, aunque, en realidad, según esta doctrina, no se hubiese podido reconocer a María como Madre de Dios, pues esta Maternidad supone la verdad de la naturaleza humana de Jesús según la que María engendra al Hijo de Dios hecho hombre.

La doctrina eutiquiana prolongaba también una doctrina herética del siglo IV, la del ferviente anti-arriano Apolinar de Laodicea, que creyó defender mejor la divinidad de Jesucristo negando que en su naturaleza humana hubiese alma racional, ya que esta era innecesaria supuesta la presencia del Verbo de Dios unido a la carne en unidad de naturaleza, como nuestra alma se une al cuerpo. En este sistema herético, sería falso decir que el Verbo eterno se hizo hombre.

Es importantísimo advertir que los Santos Padres rechazaron el apolinarismo como herético argumentando que, puesto que la Encarnación se obró para nuestra Salvación, el hombre no hubiera sido salvado en todo lo que pertenece a su alma intelectual, ya que «lo no asumido no es redimido», en expresión de san Dámaso. Afirmó san Gregorio Nacianceno: *«Decimos que Cristo es hombre para que por sí mismo comunique al hombre la santidad, y sea como fermento para toda la masa asumiendo en sí todo lo que había sido condenado para librarlo todo de la condenación; hecho en favor de nosotros todo aquello que nosotros somos, excepto el pecado, es decir, cuerpo, alma, mente, todo aquello que había sido recorrido por la muerte»* (San Gregorio Nacianceno. *Oración teológica IV*, 30. MG 36, 132).

También en esto, en lo cristológico, el sentido de la divina economía servía de argumento para explicar el Misterio de la naturaleza humana de Cristo. El eutiquianismo, pensando enfrentarse al nestorianismo, deshacía también la divina economía. La dignación divina misericordiosa no sólo ha querido que su gracia no viniese a destruir la naturaleza humana, sino a elevarla a la participación renovada de la naturaleza divina, y a la vez a restaurarla en la integridad de lo humano en cuanto tal, sino que ha querido que esto se obrase «*por Jesucristo, del linaje de David*» (II Tim. 2, 8). «*Porque Uno es Dios, y Uno también el Mediador de Dios y de los hombres, el Hombre Cristo Jesús*» (I Tim. 2, 5).

Que este Hombre que es Cristo no es otro que el Hijo eterno de Dios, el Verbo «Encarnado», es decir, hecho hombre, es lo que enseñó San Cirilo y lo que definió Éfeso. Que al encarnarse el Verbo, el Hijo de Dios, se hizo verdaderamente hombre, de tal manera que así como hemos de predicar predicados divinos de Jesús, el Hijo de María, así hemos de predicar predicados humanos de la segunda Persona de la Santísima Trinidad, es lo que enseñaron San León Magno y el Concilio de Calcedonia, del año 451.

Pero en la Iglesia, desde los tiempos en que parecía que San Pedro pensaba en Antioquía lo opuesto a lo que había enseñado en Jerusalén, y fue reprendido por San Pablo como no obrando conforme al Evangelio, también actitudes humanas se entremezclan, y si sólo contemplamos lo humano, contaminan la enseñanza de los concilios. En Calcedonia, donde, en definitiva, el Patriarcado de Constantinopla, la escuela antioquena y el Imperio, estaban interesados en humillar a Alejandría, la sede de Atanasio –el defensor de la divinidad de Jesucristo contemporáneo de obispos constantinopolitanos seguidores de la política imperial pro-arriana– y de san Cirilo de Alejandría, que con el apoyo del Papa Celestino, había excomulgado a Nestorio, se proclamó que el Patriarca de Constantinopla ocupaba el segundo lugar en la Iglesia, después del de Roma.

Esto estuvo en el origen del Cisma de Oriente, porque el título por el que pretendía aquel lugar era el carácter de «capital del Imperio» pretendiendo el derecho a llamarse «la nueva Roma». En siglos sucesivos, se titularían «ecuménicos» los Patriarcas de Constantinopla, y encontrarían el pretexto doctrinal en pretender encontrar herejía en el lenguaje occidental sobre la procesión del Espíritu Santo del Padre y del Hijo. No era sino un pretexto de Focio y de Miguel Cerulario para separar la Iglesia ortodoxa de la Iglesia romana.

En Calcedonia, la rivalidad frente a Alejandría motivó que, en la profesión de fe sobre la dualidad de naturalezas en Cristo, y en todas las sesiones que la precedieron y siguieron, no se quisiera citar nunca los *Doce anatematismos* de San Cirilo contra Nestorio. El grupo predominante hubiese querido incluso no hablar de María como «Madre de Dios». De hecho, el Concilio de Calcedonia fue la ocasión de que se separasen de Constantinopla y de Roma los coptos de Egipto y de Etiopía, los jacobitas de Siria occidental y los armenios. Estas iglesias, todavía hoy existen-

tes, no son heréticas eutiquianas, sino que son propiamente cismáticas anti-calcedonitas. Vieron Calcedonia como un concilio nestoriano. El propio Nestorio pretendía que sólo por respeto a situaciones anteriores se seguía citando su nombre como herético, pero que entendía que Calcedonia le había dado la razón y se había apartado de la doctrina de san Cirilo de Alejandría.

En Roma mismo, en reacción contra las exigencias anti-calcedonitas, se optó por no citar, desde el año 433 –en que el propio san Cirilo había aceptado una fórmula de unión con sus adversarios antioquenos no nestorianos– hasta el 534, la carta de San Cirilo que contenía los *Doce anatematismos* contra Nestorio. Contra ellos habían escrito muy duramente obispos que, en el Concilio de Calcedonia, fueron repuestos en sus sedes después de haber sido destituidos en el momento en que la política del Imperio apoyaba todavía al Patriarca alejandrino Dióscoro, que fue verdadero jefe del eutiquianismo y que fue condenado en Calcedonia.

**O**BISPOS anticirilianos restablecidos en sus sedes por el Concilio de Calcedonia, fueron desautorizados en sus actitudes anticirilianas, en el Concilio III de Constantinopla, V de los Ecuménicos, del año 553, que condenó también por primera vez a Teodoro de Mopsuesta. Este Concilio, ciento dos años posterior al de Calcedonia, insistiendo en reafirmar la doctrina de éste, reafirma sobre todo las doctrinas de San Cirilo y del Concilio de Éfeso, las cuales hasta tal punto fueron tenidas por arrinconadas en Calcedonia, que las sedes episcopales que iniciaron lo que hoy son las iglesias nestorianas, adversarias del Concilio de Éfeso, habían aceptado el de Calcedonia, y no se separaron de la Iglesia ortodoxa y católica sino después de este V Concilio, después del cual ya no era posible mantener la ficción de que el patriarca de Constantinopla, Nestorio había sido un hombre de recta doctrina, injustamente tratado por el «exagerado e intransigente» san Cirilo de Alejandría.

El V Concilio fue algo así como si en el año 2067, es decir, ciento dos años después del Concilio Vaticano II, se celebrase un Concilio Ecuménico en el que, a la vez que se reafirmase todo lo enseñado en el Vaticano II, se enseñase muy claramente que en éste se mantiene intacta y permanece íntegra la enseñanza tradicional católica sobre los deberes de los individuos y las sociedades hacia la verdadera Iglesia de Cristo, y se citase la *Quanta cura* y el *Syllabus* de Pío IX, y la *Pascendi* y el *Decreto Lamentabili* de Pío X, y se proclamase de nuevo la doctrina de la realeza de Cristo, se condenase el laicismo y las tendencias secularizadoras y antropocéntricas en la vida religiosa y pastoral. Obviamente, a muchos les parecería el triunfo póstumo de las actitudes de Mons. Lefebvre.

El V Concilio encontró mucha resistencia en Occidente, porque la terminología occidental tendía, al hablar de Cristo, a hablar del «hombre asumido». En el tedéum cantamos: «*Tu, ad liberandum suscepturus hominem, non horruisti virginis uterum*». Esta terminología del «*homo assumptus*» no fue extirpada de la teología occidental hasta Santo Tomás de Aquino. En la España Visigoda se llamó

V Concilio al VI de 681; en Italia, Milán y Venecia se separaron de Roma, y no se obtuvo la reconciliación hasta el Pontificado de San Gregorio Magno, que proclamó venerar el V Concilio igual que los cuatro primeros, es decir, como los Santos Evangelios (DS 472).

Cuando surgió después, de nuevo, una herejía que, en nombre de lo divino en Cristo, minimizaba lo humano, al negarle operaciones y actos de voluntad humanos, los adversarios ortodoxos de este error asumieron muy bien el mensaje del V Concilio, y notaron siempre que las operaciones y la voluntad humana de Cristo estaban regidas por la omnipotente voluntad divina del Verbo, que posee su naturaleza humana en plenitud de dominio y en perfecta unidad.

A los defensores de la ortodoxia frente al monoenergismo y monotelismo les han llamado ahora «neocalcedonitas». Aluden a la completa fidelidad de san Sofronio y san Máximo el Confesor al Concilio de Calcedonia y a san Cirilo de Alejandría, al que tantos sedicentes calcedonitas trataban de desprestigiar.

De la enseñanza del VI Concilio sobre la existencia de la voluntad humana en Cristo, por la que podemos decir que Dios mismo nos ha amado con corazón de hombre, no podría inferirse, como hacen algunos hoy que Cristo en cuanto hombre de tal modo fuese un sujeto «autónomo» que de suyo la unión hipostática no excluiría por sí misma la posibilidad de pecado en Jesús.

La santidad de Cristo en sus operaciones y voliciones humanas se explica con mayor fidelidad al Concilio del año 681 afirmando con santo Tomás de Aquino que «la gracia de unión» es la raíz y fundamento de la existencia en el alma humana de Cristo de la gracia santificante en plenitud, por la que su humanidad es para nosotros también fuente de gracia, y Cristo es la cabeza de la Iglesia, que con la aventurada hipótesis de que Dios en su omnisciencia unió al Verbo una naturaleza humana concreta que preveía infaliblemente que obedecería con fidelidad los mandatos divinos. Es tenaz la tentación de buscar en lo humano la fuente de salvación e ignorar el misterio por el que Jesús recordaba que «sólo Dios es bueno» a quien quería elogiarle desconociendo su divinidad.

Plenamente fiel al Evangelio y a la dogmática de los concilios es la enseñanza de santo Tomás, para quien por el designio divino de comunicarnos la divina filiación por medio de la humanidad de Cristo, se hizo hombre y asumió la humanidad concreta de Jesús como instrumento unido al Hijo de Dios para la comunicación de sus dones.

Concluiré con unas reflexiones sugeridas por la profunda advertencia del cardenal Newman. Así como él pudo notar la semejanza entre el protestantismo, que para afirmar la fe y la gracia de Cristo desconocía las buenas obras y el libre albedrío, y el eutiquianismo, que para reconocer la Encarnación negaba precisamente que el Verbo se hubiese hecho verdadera y plenamente hombre, así también nosotros podemos prolongar esta analogía en el orden de actitudes referentes a las relaciones entre la fe y la razón, a la penetración del orden divino en el orden social humano, y a los temas que hoy llamamos de inculturación de la fe.

Hace algunos años comparé el arrianismo, reducción filosófica que rebajaba el Verbo y a la vez negaba el alma humana en Cristo por suponer que el mismo Logos se unía a un cuerpo humano a las posiciones a que tienden los cristianos «demócratas», que reducirían el mensaje cristiano a un nivel político, no sobrenatural, pero al hacerlo utilizan este pseudocristianismo para desterrar del horizonte de las sociedades cristianas todas las legítimas tradiciones humanas sobrenaturalizadas, es decir, las que constituían el régimen cultural y político de la Cristianidad.

**P**ODEMOS pensar que siempre que se cae en la beatería —que el padre Orlandis definía como «inconsciencia en lo sobrenatural y religioso», no como «exceso» de piedad— de suponer que la fe excluye el conocimiento natural, por lo que no lo presupone sino que lo suplanta, como hicieron las corrientes fideístas y el tradicionalismo filosófico, estamos en una actitud semejante al apolinarismo y el eutiquianismo. Una actitud prácticamente errónea paralela a ésta, que históricamente se dio en conexión con el tradicionalismo filosófico, es la que viene a exigir el escepticismo político en nombre de la soberanía de Cristo, como aquel tradicionalismo venía a imponer el escepticismo filosófico en nombre de la fe.

También hemos de reconocer que cuando centramos nuestra atención, para la salvación de las realidades humanas destruidas por la Revolución y los errores contemporáneos, en elementos filosóficos verdaderos, ambientes culturales tradicionales y políticas rectas y contrarrevolucionarias, pero ignoramos prácticamente que sin la gracia ganada por Cristo en la Redención —que nos eleva a la participación de la naturaleza divina, y que es el único principio que puede restaurar la integridad del orden natural—, tales acciones quedarían estériles e impotentes, estamos, en lo práctico, obrando con la misma actitud que llevó, en lo cristológico, al nestorianismo, y en lo soteriológico, al pelagianismo y al semi-pelagianismo.

Nestorio era antiarriano y antimaniqueo; antiarriano porque Arrio desconocía la verdadera humanidad de Jesús, que Nestorio defendía con convicción entusiasta; antimaniqueo porque le repugnaba la doctrina de quienes veían el mal como si estuviera entrañado en lo creado y en la naturaleza humana, y acusaba a sus adversarios de pensar como Apolinar y Eutiques, y malentendió Calcedonia, que pretendió aceptar y que sostuvo que había reconocido la verdad de su posición, como si su fórmula dogmática ignorase que no es la verdadera naturaleza humana de Jesús la fuente del bien que nos salva, sino el instrumento y el camino de una salvación que viene de Dios.

La «unidad según síntesis» de lo divino y de lo humano en Cristo nos orientará siempre a reconocer que mientras todo lo humano está llamado a ser sanado y elevado por la gracia de Cristo, sólo en Cristo, que es el Hijo de Dios hecho hombre por nosotros hallamos la fuente de la gracia que nos ha sido destinada misericordiosamente por Dios al obrar para nosotros la Encarnación redentora de su Hijo.

## Razón y fe ante la creación del mundo según santo Tomás de Aquino (y II)

JOSÉ M<sup>a</sup> PETIT SULLÁ

### ¿Se puede probar que el mundo no es eterno?

EN este apartado de la exposición acerca de la doctrina de santo Tomás sobre la creación del mundo, se va a plantear una cuestión que fue célebre en su tiempo y que cobra ahora de nuevo un palpitante interés. Vamos a recordar la tesis del santo ante el problema de la posibilidad de probar por la razón la temporalidad del mundo. Y, en algún aspecto, vamos a corregir la tesis tomista, pero no porque el argumento del aquinate no fuera correcto sino porque hoy estamos en disposición de hacer un planteamiento diverso de la cuestión en base a nuestra observación sobre este mundo.

Hemos dicho anteriormente<sup>1</sup> que santo Tomás probó con argumentos irrefutables que la noción filosófica de creación no probaba la temporalidad del mundo, cuestión de la mayor importancia, por cuanto se ha de distinguir muy bien la creación, como acto dador de ser, de la temporalidad y no confundir ambos conceptos. Argumentó también contra las supuestas pruebas racionales a favor de esta temporalidad que algunos exponían y probó que no eran concluyentes.<sup>2</sup>

Pero fue más allá y sostuvo, en la *Suma Teológica*,<sup>3</sup> que el conocimiento de la temporalidad del mundo sólo podía pertenecer a la fe y no podía ser demostrada por la razón, por cuanto todo modo de argumentar supone el conocimiento de la esencia acerca de lo cual se argumenta. Pero como la esencia –continúa diciendo– excluye la individuación espaciotemporal ningún argumento puede probar la temporalidad.<sup>4</sup> Ni del mundo, dice santo Tomás, ni del hombre, ni

de la piedra, se puede probar su originación en el tiempo.<sup>5</sup> Con este argumento cerraba el paso a toda posible demostración racional de la temporalidad del mundo. Algunos tomistas actuales siguen considerando este argumento y su aplicación como incuestionable y, por tanto, que el mundo no es eterno sólo lo sabemos por la fe.<sup>6</sup>

Es ante todo cierto, desde el punto de vista de la filosofía de la ciencia, que nada hay que objetar a este argumento de santo Tomás, cuya precisión no supieron entender en su tiempo sus adversarios de la Sorbona, y hay que mantener que no se puede «demostrar» por razones tomadas de la esencia del mundo su temporalidad o su hipotética eternidad. Pero, hoy podemos precisar el supuesto empírico al que se aplica el argumento racional y pasar de una «demostración» de la temporalidad –ciertamente imposible– a una simple «mostración» de la misma. Ello implica, ante todo, pasar de una consideración esencial a una existencial.

En efecto, este mundo –el único que puede existir en tanto que es todo lo corpóreo creado– no se ha de asimilar necesariamente a una esencia como la de «hombre», o «piedra» sino más bien a un singular como «este hombre» o «esta piedra», porque «mundo» sólo hay uno y por consiguiente el término «mundo» tanto denota la esencia de todo lo existente como su singular y única existencia. Al término «mundo» le sucede lo mismo que al término «luna». Si decimos «Luna» se puede entender por ello el concepto esencial de «satélite de la tierra»,<sup>7</sup> pero se puede también entender por el mismo término este astro singular visible, iluminador de nuestras noches, objeto de tantas de nuestras locuciones, que mostrando diferentes fases gira alrededor de la tierra mostrando siempre la misma cara. Las dos acepciones, la esencial y la existencial, son válidas porque se trata en ambos casos de nombres que designan especies únicas. Pero, por la segunda denominación, la singular, la Luna puede ser «mostrada» en el espacio-tiempo y hacer acerca de ella juicios singulares en los que se incluyan sus condiciones individuantes. Estas afirmaciones no podrían hacerse del concepto esencial de Luna como satélite de la Tierra.

1. Véase el último epígrafe de la primera parte de este artículo «Razón y fe ante la creación del mundo según santo Tomás (I)» en *CRISTIANDAD*, num 847-848, enero-febrero 2002.

2. El único argumento contra la eternidad del mundo al que santo Tomás responde con menos contundencia es el que se basa en la existencia en acto de infinitas almas humanas si el mundo existe desde la eternidad. Este es sin duda el argumento de más peso contra la eternidad del mundo y de hecho santo Tomás no puede refutarlo muy contundentemente puesto que tampoco él acepta la existencia de infinitas almas humanas, aunque advierte que el argumento no concluye porque no todo el mundo acepta que el alma humana es inmortal.

3. «quod mundum non semper fuisse, sola fide tenetur, et demonstrative probari non potest» (S.T., I, q. 46, a. 2).

4. «et huius ratio est, quia novitas mundi non potest demonstrationem recipere ex parte ipsius mundi. Demonstrationis enim principium est quod quid est. Unumquodque autem, secundum rationem suae speciei, abstrahit ab hic et nunc, propter quod dicitur quod universalia sunt ubique et semper» (Ibid).

5. «Unde demonstrari non potest quod homo, aut caelum, aut lapis non semper fuit» (ibid).

6. Cf. Mario Enrique Sacchi, «Las ansias humanas de conocer el origen temporal del universo» en «Espíritu», n° 114, pp. 151-171, Barcelona, 1996. El autor, por otra parte, considera congruente el hecho de que la temporalidad del mundo sólo se conozca por la revelación.

7. En este sentido se hablaba en tiempos de Galileo de «las lunas de Júpiter».

Aplicada esta observación a nuestro caso hay que darse cuenta de que, en efecto, no decimos «el mundo es algo esencialmente temporal», luego «este mundo es temporal» –que es lo que supone santo Tomás porque así razonaban, en efecto, sus contrincantes–, sino sencillamente, «por las trazas del mundo, mirando hacia atrás en el tiempo –lo cual se consigue hoy mirando lejos en el espacio– se le ve en un momento dado de su fluir temporal desde un tiempo anterior en que era más informe». Al fin y al cabo, esto es lo que hacemos al juzgar la temporalidad de un hombre concreto. No decimos: «todo hombre tiene un comienzo en el tiempo, luego Juan tiene un comienzo en el tiempo», sino que, viendo a Juan, decimos: «Juan es de unos treinta años, luego tiene comienzo en el tiempo». Según santo Tomás no podríamos decir lo primero porque «hombre» es una esencia –y tiene razón–, pero esto no impide afirmar lo segundo porque Juan –aunque sea hombre–, es un singular. Acerca del singular no hay ciencia pero hay conocimiento existencial por la observación. El hombre tomado en su esencia podría ser eterno, pero Juan ha cambiado a lo largo de su vida, porque conozco sus diferentes estados en el tiempo<sup>8</sup> y, por consiguiente estoy plenamente autorizado a concluir que es temporal y no eterno.

Conozcamos la razón por la que santo Tomás no se pudo plantear este cambio de perspectiva. Téngase en cuenta que para Aristóteles el mundo era un todo perfecto, inmutable en sus órbitas que sólo giraban con movimiento uniforme y hechas de una materia incorruptible –el éter– que, a diferencia de los cuatro elementos constitutivos de todos los compuestos sublunares, carecía de contrario. Esta concepción pasó íntegramente a toda la cosmología medieval.<sup>9</sup> Santo Tomás, aunque negó que los cuerpos celestes fueran divinos, y se les pudiera asimilar a las sustancias inteligibles que carecen de materia, siempre creyó, sin embargo, como el filósofo, que estaban hechas de una materia –el éter– que carecía de contrario y por ello sólo podían ser causados por un acto simple de creación al igual que las sustancias espirituales y la materia prima.<sup>10</sup> En esta concepción del mundo, incorruptible en su global configuración celeste, no podía

8. La única diferencia entre hombre y mundo es que los diferentes estados del hombre pueden verse en él mismo –porque lo conocemos de hace muchos años- o en muchos otros de diferente edad. En cambio, dada la unicidad del mundo su edad no se dice por comparación con otros –esto sí se hace con las estrellas, por ejemplo– sino con otro estado del mismo mundo en un tiempo anterior.

9. Aunque santo Tomás fue muy agudo al quitar validez absoluta a cualesquiera hipótesis astronómicas (cf. S.Th. I, q. 32, ad. 2) nunca dejó de considerar a los astros como incorruptibles. En este sentido el mundo no podía estar sujeto a una generación y corrupción como cualquiera de las sustancias sublunares. Entre otros muchos lugares puede verse C. G., II, 36, donde santo Tomás niega que los astros hayan sido creados necesariamente en la eternidad, aunque acepta que hayan sido necesariamente creados incorruptibles, esto es, eternos, para el orden total del mundo «Licet enim substantia caeli, per hoc quod caret potentia ad non esse, habeat necessitatem ad esse».

10. C. G., II, 42.

tener cabida una concepción singular del mismo que le mostrara como algo existente aquí y ahora. Y, naturalmente, ninguna observación empírica podía mostrar una variación en su estructura global, lo que no se plantearon siquiera los científicos antes de 1926.<sup>11</sup>

En conclusión, el paso de una consideración meramente esencial del mundo a una consideración individual que incluye las condiciones en que se manifiesta como siendo «este mundo», pertenece al desarrollo de la ciencia y de la técnica admirablemente ensambladas que han ampliado el conocimiento del cosmos y, muy en particular, desde el final de los años veinte<sup>12</sup> –del pasado siglo xx–, se ha comprobado con suficiente persuasión que el universo en su modo de existencia no es estático sino fluyente, esto es, está en desarrollo.<sup>13</sup> Si es fluyente en una dirección no puede ser eterno, pues, como advirtió Aristóteles, sólo un movimiento circular de repetición podría serlo. No se ha corregido el razonamiento tomista sino que únicamente se ha advertido que hoy tenemos un conocimiento singular del mundo del que no se tenía –ni se podía tener– la menor noticia en el siglo xiii.

### Orden y movimiento

**P**ERO santo Tomás ha de ser conocido también en otra perspectiva más amplia de su pensamiento que hace que su concepción del mundo pueda ser asumida hoy. En efecto, tenía una concepción del cosmos, esto es, de aquello que consiste esencialmente en ser un todo muy plural y por ello muy ordenado, que es compatible con un movimiento de desarrollo o formación. En primer lugar por razones metafísicas; en segundo lugar por razones bíblicas. En efecto, no se puede dejar de considerar contra todo pantefismo,<sup>14</sup> que la forma del mundo, esto es, aquello por lo que es mundo, consiste en el orden de sus diferentes partes: «Forma autem

11. La idea de que el mundo estaba en expansión no la creyó al principio ni el propio Einstein. Léanse las dos notas siguientes.

12. En el plano de la experiencia todo comienza cuando el potente telescopio de Monte Wilson observa que el espectro de la luz proveniente de las estrellas de las lejanas galaxias sufre un corrimiento hacia el rojo que sería consecuencia de que el foco luminoso se aleja del observador. Las galaxias están en expansión.

13. En el plano teórico todo empieza con la teoría de la relatividad general según la cual el universo no puede ser estático, pero esta fantástica novedad no la creía, al principio, ni el mismo Einstein, de modo que modificó arbitrariamente la constante cosmológica para que esto tan admirable no resultara teóricamente verdadero. Se tardaron más de diez años en comprobar que el mundo no era estático de hecho. Y Einstein se arrepintió de su precipitada y miedosa corrección. De hecho la expansión del universo abocaba de inmediato a plantearse el problema del origen del universo y derribaba de golpe la milenaria idea de un mundo eterno. En esta situación, la necesidad de pensar «científicamente» en un creador frenaba vergonzosamente la misma verdad científica.

14. No se puede desconocer que la teoría de los averroístas, partidarios de la tesis de que el mundo es eterno, identificaba eternidad y necesidad con lo que el mundo no se diferenciaba propiamente de Dios.

universi consistit in distinctione et ordine partium eius». <sup>15</sup> Recordemos que la misma palabra «mundo» —en griego «kosmos»— significa precisamente «orden». La comprensión del mundo como orden se deduce del hecho de que el mundo no es esto o aquello sino la *totalidad* de todos los «estos» singulares, pues el universo es realmente «el todo», como se lee más expresamente en griego cuando se le llama de ordinario «τὸ παν». El orden, pues, se refiere a la armoniosa relación de coexistencia y subordinación entre las partes del todo en tanto que dirigidas a un fin común. Y este orden es el bien y lo mejor del universo: «Bonum et optimum universi consisti in ordine partium eius ad invicem». <sup>16</sup>

Ahora bien, para nuestro propósito interesa reconocer que el orden es compatible con un movimiento interno de despliegue de sus potencialidades comunicadas en el acto creador. El que haya una verdadera «cosmogonía» no significa —antes al contrario— que la formación en el tiempo del mundo sea incompatible con la acción de Dios creador, a pesar de que entre los antiguos «físicos» predominara una comprensión ciega y azarosa de tal cosmogonía. Santo Tomás contrapone la «intención ordenadora» de Dios con el «movimiento fortuito de la materia» al estilo de las cosmogonías presocráticas. Sería ingenuo creer que el mundo sólo puede estar ordenado en su funcionamiento y no puede estarlo en su formación. La finalidad pertenece a toda acción causativa y este principio filosófico nos obliga a reconocer que el verdadero orden es el de la finalidad y ésta no sólo es compatible sino que se exige también en toda formación. En conclusión el mundo sigue siendo «lo ordenado» aunque se manifieste en su devenir.

No podemos tener el menor reparo en reconocer el orden que preside el movimiento del cosmos en su desarrollo por analogía con los seres vivos y, en particular, con el hombre. Si cada uno de los hombres por los que el universo existe —según santo Tomás— es un ser en crecimiento —e incluso corrupción— no es necesario que el mismo mundo que le sirve de preámbulo y condición de existencia corporal sea incorruptible. Lo más adecuado es que haya una análoga proporción entre mundo y hombre, así en el origen como en el fin del universo, como advertiremos al fin de esta exposición. <sup>17</sup>

### El problema del «instante» del comienzo del mundo

LA polémica actual no se centra en la validez de la teoría de la expansión del universo, pues ésta es tesis universalmente aceptada, sino en la posibilidad de conocer el comienzo estricto del mundo, para poder afirmar que realmente el mundo procede de la nada. <sup>18</sup> Algunos, como

15. C.G., II, 39.

16. Ibid.

17. Es muy grato constatar que los actuales cosmólogos encuentran que el universo es inexplicable en su modo de desenvolverse en el tiempo si no se mantiene un principio tan filosófico —y teológico— como el llamado «principio antrópico».

18. Nada diremos aquí de las teorías —completamente absur-

Steven Weinberg, dicen querer saber lo que hay antes de la expansión: «Con la ayuda de mucha teoría altamente especulativa, hemos podido extrapolar la historia del Universo hacia atrás en el tiempo, hasta un momento de densidad infinita. Pero esto nos deja insatisfechos. Naturalmente queremos saber qué hubo antes de este momento, antes de que el Universo comenzara a expandirse y enfriarse». <sup>19</sup> Sería ridículo preguntar por el «antes» del mundo porque antes del mundo no hay «antes», como dijeron muchos y entre ellos el más contundente san Agustín. Del mismo modo, el Génesis relata que «al principio creó Dios los cielos y la tierra». <sup>20</sup> Y esta forma de hablar claramente señala que existe el mundo en el mismo momento en que comienza a existir el tiempo, lo cual es obvio.

Se supone, pues, que se pregunta por el momento anterior a aquél del cual se habla científicamente como momento «originario». Los cosmólogos hablan del universo con cierta convicción a partir de los tres primeros minutos. Se intenta llegar lo más cerca del origen pero es obvio que el origen mismo, estrictamente hablando, les está vedado. El tiempo es un continuo, como repitió hasta la saciedad Aristóteles, y por tanto siempre habrá un «antes» por quien preguntar. La pregunta por el primer instante del universo, es imposible de responder si entendemos que la aparición del universo es como el comienzo de un cambio. El momento existe —de otro modo nada comenzaría a ser— pero no puede ser aislado y señalado como el primer instante del cambio. Hay que releer a Aristóteles.

La cuestión del origen del universo se ha de enfocar bajo los mismos parámetros que el comienzo de cualquier cambio. La única diferencia es que no hay un cambio que preceda al origen radical del universo. Dicho de otra manera, al hablar del origen del universo estamos hablando del mundo como la primera cosa que cambia. El ser la primera no le quita ninguna de las condiciones que afectan al cambio en cuanto cambio. <sup>21</sup>

Supuesto lo anterior, estamos en condiciones de afirmar

---

das— que pretenden que el mundo procede de la nada por la misma actividad de la nada. Nos hemos referido a esta cuestión en nuestra exposición sobre «El origen del cosmos», conferencia pronunciada en el Centro Universitario Abad Oliva de 28 de enero de 2000, que está esperando su publicación.

19. Citado por Mario Enrique Sacchi, en el artículo arriba citado, pág. 169. El texto es de Steven Weinberg, *Los tres primeros minutos del universo*, pág. 134. Y el profesor Sacchi asiente a esta perplejidad comentando de esta manera: «Las ciencias naturales, incluida la fisicomatemática, no pueden superar esta encrucijada: el mundo ha tenido un comienzo temporal, pero el análisis de las causas de su duración temporal no avienta el problema de la presunta anterioridad de aquello que habría sucedido con prelación al primer instante del universo, tal como Weinberg lo ha sugerido en el texto citado».

20. Génesis, I, 1.

21. Ya se observó en la primera parte de la exposición que Aristóteles yerra al considerar que ningún movimiento puede darse si otro no lo precede. Santo Tomás corrigió definitivamente este error aristotélico que le hacía decir que el mundo era eterno.

que querer conocer el comienzo del mundo es tanto como querer conocer el primer instante del cambio de aquello que cambia. Y esta es tarea imposible. Lo que la ciencia halle del proceso de formación del cosmos estará siempre en la parte ya formada y nunca en el comienzo, como lo advirtió Aristóteles: «lo que ha cambiado en el momento en que ha cambiado primero, está en aquello hacia lo cual ha cambiado». <sup>22</sup> Y sigue diciendo «cuando una cosa haya cambiado desde el no ser al ser habrá abandonado el no ser; luego estará en el ser». <sup>23</sup> De donde se deduce que todo análisis de un cambio en el cosmos pertenecerá siempre al cosmos que ha devenido y nunca al momento originario porque no existe tal primer instante del cambio, como lo sentenció Aristóteles: «La expresión “el cuando primero en el que algo ha cambiado” puede entenderse en dos sentidos: a) como aquello en lo que primariamente se cumplió el cambio (pues sólo entonces se puede decir con verdad que la cosa ha cambiado), y b) como aquello en lo que primariamente *comenzó* a cambiar... con respecto al *comienzo* no lo hay en absoluto, pues no hay un *comienzo* del cambio ni hay un primer “cuando” en el que *comenzó* el cambio». <sup>24</sup> Y lo que se dice del tiempo se dice también de la magnitud; «Es evidente, entonces, que lo que ha llegado a ser tiene que haber estado antes llegando a ser, y lo que está llegando a ser tiene que haber llegado a ser previamente, pues toda magnitud y todo tiempo son infinitamente divisibles. Y así, cualquiera que sea aquello en que esté la cosa (magnitud o tiempo), no se podrá encontrar en el cambio algo primero». <sup>25</sup>

Pero así como no se puede negar que algún cambio comienza a ocurrir, tampoco se puede negar que el mundo comienza a existir cambiando. Y esto basta para afirmar su temporalidad y la necesidad de una causa externa que le dé el ser. Cuando el mundo comienza a moverse o cambiar –que es desde que empieza a existir– ya nunca más detiene este movimiento y todo análisis del estado del cosmos pertenecerá a un momento ulterior del comienzo del cambio. Santo Tomás siguió del todo a Aristóteles cuando escribió: «Si se toma lo que primeramente ha cambiado según el segundo modo, es decir, según el principio o primera parte del movimiento, así no hay algo en lo cual primeramente haya cambiado. Pues no se puede tomar “un principio del cambio”, o sea una primera parte del cambio no precedida por otra. Del mismo modo no puede tomarse un primero en el tiempo en el cual cambie». <sup>26</sup> Lo más notable de santo Tomás es que no sacó de este análisis aristotélico que el movimiento y el tiempo carecieran de comienzo, como sí lo había hecho el Estagirita. Y es obvio que a esto contribuyó en gran manera el saber –por la fe– que el mundo no era eterno. <sup>27</sup>

22. Aristóteles, *Física*, VI, 5, 235 b 6-7; 26 y 31-32.

23. *Ibid.*, 235b 14-16.

24. Aristóteles, *Física*, VI, 5, 236a 8-15.

25. Aristóteles, *Física*, VI, 6, 237b 20-23.

26. Sto. Tomás, *Comentario a la Física de Aristóteles*, VI, lecc. 7, n. 629, trad. castellana en EUNSA, Pamplona, 2001, p.431.

27. Cf. la primera parte de esta exposición en el apartado dedicado a la refutación tomasiana de los argumentos aristotélicos a favor de la eternidad del mundo.

En conclusión, juzgar hoy que la temporalidad del mundo es un hecho probado por la ciencia no es algo que esté fuera del ámbito de la ciencia más seria. Más bien es ciencia-ficción suponer lo contrario. <sup>28</sup> Pero los intentos pseudocientíficos de hacer conciliable la teoría del Big Bang, hoy universalmente aceptada, con la negación a reconocer un comienzo absoluto de este mundo en expansión, son constantes y se fundan en última instancia en la falacia de negar el límite temporal del mundo porque tal límite no formaría parte de la experiencia del mundo. Sería muy lamentable que los tomistas se unieran, por un literalismo desafinado, al coro de estas afectaciones que sólo pretenden negar la necesidad de un Dios creador. Y sería más lamentable cuanto que conocemos bien la posición de santo Tomás sobre la inexistencia de un primer momento del cambio en todo lo que cambia.

A este respecto, y como última consideración sobre la cuestión del origen del mundo, creo que también los tomistas podemos tomar en serio el muy célebre discurso de Pío XII a la Academia Pontificia de Ciencias, el 22 de noviembre de 1951 tratando expresamente esta cuestión del origen del cosmos tal como lo presentaba la ciencia astrofísica. Decía Pío XII: «Como sea, la Providencia ha dispuesto que la noción de Dios, tan esencial para la vida de todo hombre, como puede fácilmente deducirse con una simple mirada sobre el mundo, de manera que el no comprender su voz es necesidad (cfr. Sap. XIII, 1-2), reciba de esta manera confirmación en todo adelanto y progreso de los conocimientos científicos». Y en concreto añadía: «¿Cuál es, pues, la importancia de la ciencia moderna respecto del argumento que prueba la existencia de Dios, partiendo de la mutabilidad del cosmos? Mediante investigaciones exactas y particularizadas... ha señalado su inicio en un tiempo de hace aproximadamente 5 mil millones de años, <sup>29</sup> confirmando con la concreción propia de las pruebas físicas la contingencia del universo y la fundada deducción de que por aquella época el cosmos haya salido de la mano del Creador».

Conocer, pues, la «parte de tiempo» que nos separa de su inicio no es ponernos delante del «instante» en que comienza el mundo y el tiempo. La ciencia dice sólo lo primero, pero esto basta para entender y sostener la temporalidad del mundo, esto es, que el mundo necesita una causa que lo lleve de la nada al ser.

### De nuevo santo Tomás. Las dos Sumas

En la *Suma Contra Gentes* afirma, al explicar las vías que llevan a probar la existencia de Dios, que dichas vías –que suponen la eternidad del mundo y del movimiento–

28. No se puede ignorar la actitud de los científicos que se muestran cautos ante este problema. Pero es cierto que la palabra «creación» es hoy de curso legal y es preciso reconocer que esta palabra tomada en su sentido preciso exige la existencia de un Creador, porque el mundo no puede proceder de la nada por acción de la misma nada.

29. Hoy se dice alrededor de 15 mil millones.

son las «más eficaces»,<sup>30</sup> porque lógicamente están en el más desfavorable de los supuestos, que es el de la eternidad del mundo. En efecto, es difícil probar que Dios existe como causa del mundo si este mundo es eterno como Él mismo. Y añade, con toda intención, que si el mundo y el movimiento comienzan desde la nada es fácil advertir que es necesario admitir una causa que produzca el mundo desde la nada. «*Nam si mundus et motus de novo incoepit, planum est quod oportet poni aliquam causam quae de novo producta mundum et motum*».<sup>31</sup> El comienzo del mundo y del movimiento sólo podría ser por una causa productora de ambos. Tal causa anterior al mundo sólo podría ser Dios. Esta conclusión sería fácil («*planum est*»).

Conviene, pues, para repensar la totalidad del pensamiento tomista, volver a considerar el pensamiento de santo Tomás tal como se halla en la *Suma contra Gentes* donde tiene un planteamiento más específico acerca de la creación y donde no presenta el argumento de que *no se puede* probar la no eternidad del mundo, como después expuso en la segunda *Suma*. Y a pesar de que sostiene la misma posición que en la *Teológica* acerca de la nulidad de la demostración de la temporalidad del mundo hay mucha mayor insistencia en la falsedad de la afirmación de la eternidad del mundo.

En la *Suma Teológica* el Santo teme, sobre todo, que se interprete la revelación divina como una revelación acerca del ser del mundo, es decir, como si la revelación fuese un saber originario transmitido desde Dios a la humanidad para sustituir de algún modo su razón limitada. La defensa de la fe obliga aquí a ser máximamente cautelosos. La cautela se impone por razón de no dar pie a los incrédulos que piensen que toda nuestra doctrina católica se funda en esta confusión entre la fe y la razón. En la *Suma contra Gentes*, en cambio, el error más insidioso que el santo quiere deshacer es distinto. Decir que el mundo es eterno es un error muy grave incluso filosóficamente hablando y no puede ser atribuido a la verdadera razón aunque tal sea la opinión de Aristóteles. Y aunque tampoco se puede probar que sea temporal por el lado de la consideración del mundo ello resulta más conforme con el acto creador en tanto que manifiesta mejor el sentido de la creación por parte de Dios.

En esta obra –la *Suma contra Gentes*– afirma santo Tomás que no se puede aducir ningún argumento para probar la eternidad del mundo de una manera general<sup>32</sup> ni de parte de Dios<sup>33</sup> ni de parte de las criaturas<sup>34</sup> ni de parte del modo de creación.<sup>35</sup> Cuatro capítulos dedicados a probar que no hay argumento alguno concluyente que pruebe la eternidad del mundo y uno sólo<sup>36</sup> dedicado a demostrar que no se ha

aportado *de parte de las criaturas* ningún argumento que pruebe su temporalidad. Es una proporción harto significativa.

### La creación en el tiempo fue «convenientísima»

**H**AY todavía algo más en la *Suma contra Gentes* como pasamos a considerar, pues justamente en el capítulo dedicado a demostrar que las pruebas de la no eternidad del mundo no son concluyentes añade, como tesis final del capítulo, que para probar esta verdad –porque es verdad que el mundo no es eterno– «se puede proceder con más eficacia partiendo del fin de la misma voluntad divina». Y entonces, aunque quizá no prueba con rigor lógico irrefutable, afirma que es «convenientísimo» con la bondad divina que quiere ser comunicada a las criaturas –o, por decirlo con mayor rigor conceptual, porque Dios ama su propia bondad en cuanto participada en las criaturas– que el mundo no exista desde la eternidad porque «la potencia y bondad divinas se manifiestan principalmente, *potissime*, si todas las demás cosas excepto Él no existieron siempre». A la luz de esta consideración filosófico-teológica –y dado que la creación sí puede probarse por la razón–, no es heterogéneo con esta demostración continuarla hasta la «conveniencia» de ser juzgada desde la *intención* del Creador. Y el Creador es congruente que quiera manifestar su *intención* creadora, que es su misma bondad en cuanto participada, manifestándose distinto del mundo no sólo en la distinción entre causa y efecto sino también en su mismo existir desde la eternidad frente a la existencia en el tiempo.

Dos razones de la mayor importancia hacen a la creación en el tiempo una exigencia divina: que los hombres entiendan que Dios no ha creado por necesidad y que la potencia implicada en la creación supone una potencia infinita porque crear es pasar de la nada al ser y esto sobrepasa todo poder imaginable.

Analícemos el texto por sus partes: «Puede, sin embargo, procederse de modo más eficaz para esto (es decir, para probar la no eternidad del mundo) mostrando el fin de la divina voluntad (al crear el mundo)»<sup>37</sup>. Veamos cuál es el fin de la voluntad divina al crear el mundo: «Pues el fin de la divina voluntad en la producción de las cosas es su bondad en cuanto se manifiesta por las cosas causadas».<sup>38</sup>

Se trata de considerar la bondad de Dios participada como fin del acto creador. Supuesto este fin cabe esta pregunta: ¿se cumple igual si el mundo es eterno que si es creado en el tiempo? Es notable advertir que para santo Tomás lo que racionalmente no puede probarse es la temporalidad del mundo por consideración del mundo y de la creación como objeto, pero la situación es distinta si nos ponemos en la *inten-*

30. «Via efficacissima ad probandum Deum esse est...» (C. G., I, 13). La edición de Marietti interpola, después del *Deum esse*, «ex suppositione novitatis mundi, non autem sic». Esta interpolación no se halla en la BAC ni en edición leonina (p. 33b 10). Esta inclusión obedece a una falsa interpretación.

31. Ibid.

32. C. G. II, 31.

33. C. G. II, 35.

34. C. G. II, 36.

35. C. G. II, 37.

36. C. G. II, 38.

37. «Potest autem efficacius procedi ad hoc ostendendum ex fine divinae voluntatis, ut supra (c.35) tactum est.»

38. «Finis enim divinae voluntatis in rerum productione est eius bonitas in quantum per causata manifestatur» (C. G., II, c. 38). Hemos comentado antes este texto (primera parte de esta exposición).

ción del acto creador. La bondad divina pone entonces una exigencia al menos de integridad. Se manifiesta su bondad *más íntegramente* si la creación es en el tiempo: «Sin embargo, muy principalmente se manifiesta el poder y la bondad divinas por esto, que las otras cosas fuera de Él no siempre existieron»<sup>39</sup>.

Santo Tomás advierte una más manifiesta preeminencia, en cuanto a la «*virtus*» o potencia divina de crear, al hacerlo en el tiempo, porque es así más manifiesta su infinitud. Se refiere a que de este modo se da un acto creador que de modo indiscutido parte de la nada que le precede. En realidad este argumento roza el tema de las argumentaciones *ex parte mundi* y su inclusión podría ofrecer nueva discusión. Pero la diferencia es muy manifiesta en lo que respecta a su bondad. En efecto, las criaturas racionales, el hombre en este caso, advierten mejor la bondad divina en lo que la creación tiene de gratuita donación si ésta se hace en el tiempo porque, como dirá más adelante, así es más manifiesto que no tiene necesidad de la creación y que, por tanto, sólo se origina en el puro amor. Si Dios hubiese creado el mundo desde la eternidad podría alguien ser inducido a pensar que su acto creador es menos libre.<sup>40</sup>

Podría llevarse el argumento tomista a una forma más apodíctica, aunque con cierto atrevimiento –que por mi parte asumo– y formularla así: Dios no puede haber creado al mundo con su inmensidad espacial (aunque sea finito) y su extraordinaria belleza de modo que induzca a cualquier género de panteísmo. Por ello, la contrapartida de tanta maravilla ha de ser su patente contingencia. La tesis se funda, pues, en esencia, en este razonamiento: un mundo eterno es incompatible con la voluntad divina considerada en su *intención* aunque no sea absurdo considerado en su acción objetiva. La confusión entre pura eternidad –Dios– y eterna duración –mundo– nos asalta muy fácilmente si el mundo es eterno. Una mente filosófica advierte la diferencia, pero la bondad divina se dirige a la universalidad de los hombres.

De ahí que santo Tomás no se contradiga entre la tesis que acabamos de citar y lo que había dicho en el mismo capítulo acerca de que no se puede probar por la razón que el mundo no sea eterno. Es por esta razón que manifestamos la discrepancia con la opinión antes citada de que es congruente que sólo la fe nos diga que el mundo no es eterno. Creo todo lo contrario, que es muy conforme con la voluntad divina que el mundo se muestre a la misma mirada racional –por medio de la ciencia– como siendo contingente, precisamente en lo más obvio de la contingencia que es la no eternidad de lo contingente.

Así que ni es eterno el mundo (como pensaba Aristóteles) ni la materia preexistente (la «*jora*» platónica) ni los átomos (de Demócrito) ni las «semillas» (de Anaxágoras) ni

los cuatro elementos (unidos y dispersados por el amor y el odio, que postulaba Empédocles).<sup>41</sup>

Todo esto, es cierto, no está al nivel de una rigurosa demostración de modo que sea contradictoria su opuesta, pero es de tal modo conveniente que no puede pasarse por alto esta reflexión. No manifestaría netamente Dios su fin creador si al crear el mundo situara al hombre en la perspectiva de una oscuridad constitutiva acerca de la obra divina. Para no caer «en los errores de los filósofos gentiles» (aquí se ha de incluir a Aristóteles y a Platón junto a Demócrito, Anaxágoras y Empédocles) conviene situarse en la perspectiva de la intención de la divina voluntad y hallar «convenientísimo» que el mundo no exista desde la eternidad.

### La creación se hizo en el tiempo y –según la Escritura– durante un tiempo.

**P**ARA santo Tomás es también importante –porque es lo que más fielmente nos dice el relato del Génesis cuando expresamente dice que Dios hizo el mundo en seis días– sostener la temporalidad del mismo proceso creador, esto es, que Dios hizo el mundo mediante un proceso en el que se fuera de lo menos perfecto a lo más perfecto. Aquí santo Tomás se aparta de san Agustín, como veremos, y distingue la creación propiamente dicha que por definición no puede ser más que instantánea y la subsiguiente distinción de las cosas entre sí y lo que llama «ornato» del mundo que se hacen ambos *en el tiempo* y «*secundum aliquam mutationem creaturae*». <sup>42</sup> Si no se distinguen entre sí estas acciones divinas y si no se reconoce la realidad distinta de cada una de ellas no podría hablarse de producción del mundo en el tiempo y se hace casi imposible relacionar el relato del *Génesis* con los descubrimientos de las ciencias cosmológicas modernas. Este es un logro muy importante de santo Tomás, tanto más que en este campo se aparta completamente de san Agustín.

Ha de quedar sentado que la creación en sentido estricto –incluso la del mundo corporal– es necesariamente en el instante, sin sucesión temporal, tal como lo explica el capítulo 19 del segundo libro de la *Suma contra Gentes*. En efecto, el concepto de creación impide, por su misma falta de sujeto previo, un desarrollo temporal. La creación es la donación de ser absoluta y ello no puede hacerse más que sin tiempo. La tesis de este capítulo es impecable. Y así la creación, como concepto que implica que el mundo recibe todo el ser de Dios, es en el instante, léase en el instante de la primera creación. Pero esta creación versa sobre lo primeramente

41. «Ex his autem quae praedicta sunt, vitare possumus diversos errores gentilium philosophorum. Quórum quidam posuerunt mundum aeternum. Quidam materiam mundi aeternam, ex qua ex aliquo tempore mundus coepit generari: vel acasu; vel ab aliquo intellectu; aut etiam amore aut lite. Ab omnibus enim his ponitur aliquid praeter Deum aeternum. Quod fidei Catholicae repugnant» (ibid).

42. S.T., I, q. 74, a. 1, ad 1.

39. «Potissime autem manifestatur divina virtus et bonitas per hoc quod res aliae praeter ipsum non semper fuerunt» (ibid).

40. «Ex hoc enim ostenditur manifeste quod res aliae praeter ipsum ab ipso esse habent, quia non semper fuerunt. Ostenditur etiam quod non agit per necessitatem naturae; et quod virtus sua est infinita in agendo. Hoc igitur convenientissimum fuit divinae bonitati, ut rebus creatis principium durationis daret» (ibid).

creado, aquello de lo que antes no existe nada, pero no de todo lo que procede de este primer creado. Y este segundo aspecto está abordado en la *Suma Teológica* cuya perspectiva está enriquecida por la revelación explícita del *Génesis*.<sup>43</sup>

En efecto, la *Suma Teológica*, al fundarse más directamente en la revelación, enriquece mucho más el tema de la relación entre la creación y el tiempo. Sin negar la verdad incuestionable, que es de la pura razón de creación, se puede admitir sin embargo, como lo hicieron san Basilio, san Ambrosio y san Juan Crisóstomo –no así san Agustín–, que en el primer acto de la creación se da una materia que, ciertamente, no carece de alguna forma pero no posee «*istam formositatem et decorem qui nunc apparet in corporea creatura*». <sup>44</sup> Este *nunc*, «ahora», no es el primer instante de la creación sino el ahora del comentario de santo Tomás. Hoy podemos decir lo mismo: el mundo no es ahora lo mismo que fue en el instante de la creación. Hay ahora en el mundo más belleza y más atractivo en la múltiple pluralidad de formas que la hubo en un principio. En el mundo se ha ido produciendo una sucesiva distinción entre las cosas creadas, y esta distinción se ha hecho en el tiempo. Ahora bien, esta distinción no es obra del azar sino de la voluntad creadora de Dios, luego puede y debe ser contada como el complemento de la primera creación, pero conceptualmente distinguida de ella.

Santo Tomás encuentra conforme con la sabiduría divina que la creación en sentido lato, según hemos explicado, se hiciese por grados desde lo más informe a lo más distinguido. Escribe el Santo que, si en lugar de seguir la opinión de san Agustín –quien negaba la sucesión temporal en el acto creador de la totalidad del mundo– seguimos a «otros santos» –como san Basilio– y decimos que transcurre un tiempo real durante el proceso de conformación de la materia, ello no fue así porque a Dios faltase potencia para realizar en un instante lo que hizo en el tiempo sino, al revés, por causa de su misma sabiduría, pues así como en la generación de cada cosa se procede de lo imperfecto a lo perfecto así también este orden se conservaría en la formación de todo el universo: «*non fuit hoc ex impotentia Dei; sed ex eius sapientia, ut ordo servaretur in rerum conditione, dum ex imperfecto ad perfectum adducerentur*». <sup>45</sup>

Este proceso no es la misma creación en sentido estricto, es decir, en sentido metafísico, esto es, una producción desde la nada absoluta, sino una diferenciación a partir de algo más informe y menos diferenciado. De este proceso, dice santo Tomás, que se le llama *creación* sólo «*signanter*», <sup>46</sup> esto es, «figuradamente», por cuanto prolonga y completa el acto creador pero es en realidad una plenitud del primer acto creador que se realiza en el tiempo y no es instantánea sino sucesiva, «*non simul*». <sup>47</sup> La ocasión de exponer esta doctri-

na la da la respuesta a una objeción basada en un texto del libro del Eclesiástico que se expresa así: «El que vive eternamente creó juntamente todas las cosas». <sup>48</sup> Y es en la respuesta a esta objeción donde santo Tomás manifiesta la totalidad de su pensamiento: «*Deus creavit omnia simul, quantum ad rerum substantiam quodammodo informem. Sed quantum ad formationem quae facta est per distinctionem et ornatum, non simul. Unde signanter utitur verbo creationis*». <sup>49</sup>

La importancia del texto no puede pasar desapercibida. La creación que es simultánea es la de la sustancia en cierta manera informe de las cosas, esto es, de todas las cosas. Pero la formación de la total diversidad de lo existente se produce sucesiva y no simultáneamente.

Y se manifiesta así una mayor sabiduría divina porque se ordena lo inferior a lo superior no sólo de modo abstracto y atemporal sino creando primero aquello que es condición necesaria para la existencia de lo posterior. El distinto tiempo para cada fase de la perfección del mundo marca así de modo más explícito y con más énfasis el orden de la totalidad de los seres que componen el mundo.

Una interpretación que negase una sucesión en el acto creador tomado en toda su dimensión sería contraria a la letra del relato del *Génesis* que precisamente pone especial énfasis en la creación durante seis días. De hecho la revelación acude en ayuda de la mera filosofía y le obliga a distinguir la creación, esto es, la producción desde la nada de un proceso total de formación de lo que ahora contemplamos.

### El mundo no será destruido sino renovado

**N**o todo el mundo sabe que santo Tomás da como obvio que el mundo no será destruido y, sin embargo, tal es la tesis explícita con la que concluye la *Suma contra Gentes*. Los textos del Nuevo Testamento que hablan de una purificación del mundo por el fuego, no se han de interpretar como la acción de un fuego devastador y aniquilador de todo lo corpóreo sino precisamente sólo purificador. Veamos sucintamente cómo expresa el Santo esta nueva situación del mundo después del juicio final, esto es, estando ya en la eternidad para el hombre que ha sido salvado por Cristo.

Distingue entre los seres que de suyo son incorruptibles –los astros– y los seres corruptibles –los formados por la composición de los cuatro elementos. Pero el destino de unos y otros están unidos bajo un mismo aspecto, que es el de ser ambos en orden a los hombres. Ahora bien, los hombres serán incorruptibles después de la resurrección de los cuerpos. Luego los seres mundanos –celestes o terrestres– tendrán un modo de existencia acorde con su papel de servidores del hombre. El punto de vista esencial es que, aceptado que el mundo fue creado para el hombre –idea a la que hoy se acerca la ciencia con el

43. Es muy aleccionador ver esta fidelidad a la letra del *Génesis* en las cuestiones 66 a 74 de la primera parte de la *Suma Teológica*.

44. S.T., q. 66, a. 1.

45. I, q. 66, a. 1, ad 1.

46. S.T., I, q. 74, a. 3, ad 2.

47. Ibid.

48. Ecle., 18, 1.

49. Ibid.

llamado «principio antrópico»—, ello invita a la visión enteramente teológica por la que Dios habrá de «recrear» un día toda la creación y no destruirla.

No puede olvidarse esta tesis donde el Santo afirma que este mundo no será destruido pues no podría mantenerse el hombre en su ser si le faltasen los elementos corpóreos: «et quia tunc homines incorruptibiles erunt, a tota creatura corporea tolletur generationes et corruptiones status». <sup>50</sup> Aquello de lo que el hombre, en cuanto al cuerpo, está compuesto ha de perder su natural corruptibilidad. Pero hay más. El universo no sólo no será destruido sino que será de algún modo elevado en la misma proporción en que lo ha de ser el hombre salvado. Y por ello es a todas las criaturas a las que santo Tomás aplica el texto del Apóstol que dice expresamente que «serán liberadas de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de los hijos de Dios». <sup>51</sup>

Santo Tomás se entretiene en demostrar que no es contradictoria la existencia de los astros, cesada su rotación, porque el movimiento local —dice— no expresa la perfección de los cuerpos celestes sino sólo su aptitud para ser movidos con tal movimiento local. Este movimiento local, en tanto que ordenado a regir el régimen de generación y corrupción de las criaturas sublunares no tiene sentido. Lo que santo Tomás dice del movimiento en el espacio —aunque él lo piense en modo de movimiento circular— podemos aplicarlo al movimiento de expansión y concluir que cesarán aquellos movimientos que se ordenan a la producción de nuevos seres.

Es notable considerar que santo Tomás supone que la cesación de movimiento es una perfección mayor que su indefinida reiteración en un movimiento circular que multiplica sin fin los seres existentes —incluido el hombre— porque el infinito numérico no es una perfección y por ello no puede ser éste el motivo de la creación. Ello es aplicable a las almas de los hombres: «Non autem potest esse finis multiplicatio animarum in infinitum; quia infinitum contrariatur rationi finis». <sup>52</sup>

Por consiguiente, todos los seres que se ordenan a la existencia humana permanecerán en su sustancia pero no en su mutabilidad. Los seres que de ningún modo contribuyan al ser del hombre no permanecerán en su estado perfecto ya incorruptible. Pero habiendo cesado el movimiento celeste tampoco pueden estar sometidos a la sucesiva y eterna generación y corrupción como ha sido dicho ya antes acerca de la negación del infinito. Aquí supone santo Tomás que el fuego actuará de causa definitivamente destructora de tales seres. Pero tal fuego no sólo es destructor sino sobre todo purificador. A partir de aquí existe un *cielo* nuevo y una *tierra* nueva y, según santo Tomás, no se dice esto del firmamento de los astros, que no

necesita ser transformado dada su natural incorruptibilidad, sino de los cielos aéreos, esto es, los cercanos a la Tierra.

En resumen, y a pesar de lo discutible de los detalles de este estado del mundo, se darían tres nuevas situaciones. Primero, la permanencia en la sustancia de los seres superiores que perderían solamente el movimiento en que manifiestan su relativa imperfección —pues todo movimiento es acto imperfecto y de lo imperfecto, como dice Aristóteles en el libro III de la *Física*. Segundo, la permanencia en la sustancia de lo que de suyo es corruptible pero hecho incorruptible en orden al todo que constituyen. Esto afecta a los elementos básicos del cosmos y del hombre. Tercero, una consunción de los seres sustanciales —animales y plantas— no humanos y que no forman parte del cuerpo humano. Esto último requerirá una renovación para que no quede la tierra desolada de tales seres corruptibles que hoy están a nuestro servicio y constituyen para nosotros fuente de vida en nuestro estado actual. Pero santo Tomás no termina aquí este curioso capítulo porque concluye diciendo a modo de recapitulación algo que es la esencia de la situación final del mundo para toda la eternidad y que expresa así: «la criatura corporal será dispuesta, en conformidad con el estado del hombre». <sup>53</sup> Habrá pues, para toda la eternidad, una cierta conformidad entre el nuevo estado del hombre y la naturaleza corporal de la que él participa esencialmente.

Y ¿cuál será el estado del hombre? «Los hombres —escribe— no sólo serán libres de la corrupción sino que serán revestidos de gloria». Así pues, no hay sólo incorruptibilidad humana sino cierta glorificación. ¿Y cuál será la consecuencia, para el mundo, de esta glorificación humana? Responde: «también deberá, pues, la criatura corporal alcanzar a su modo cierta gloria de esplendor». <sup>54</sup> Por consiguiente no sólo se trata de una conservación del universo sino que existirá siempre con cierto esplendor, esto es, en un modo superior al actual.

Y ello lo encuentra santo Tomás conforme con los textos del Apocalipsis <sup>55</sup> y del profeta Isaías <sup>56</sup> que cita expresamente y que hablan de un «cielo nuevo y una tierra nueva». Y al texto bíblico del profeta añade santo Tomás como único comentario: «Amén». De este modo, resulta que «Amén» es la última palabra de *la Suma contra Gentes*, proferida precisamente como última palabra acerca del mundo después del juicio final ¿Qué otra cosa podemos nosotros añadir? Añadir no podemos, pero repetir sí. «Amén».

53. Ibid.

54. «Quia igitur creatura corporalis finaliter disponetur per congruentiam ad hominis statum, homines autem non solum a corruptione liberabuntur, sed etiam gloria induentur, ut ex dictis (C. 86) patet, oportebit quod etiam creatura corporalis quamdam claritatis gloriam suo modo consequatur» (Ibid).

55. «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva» (Apoc 21,1).

56. «He aquí que yo crearé cielo nuevo y tierra nueva» (Is 65,17).

50. *Summa contra Gentes*, libro 4, cap. 97.

51. Rom 8,21.

52. *C.G.* ibid. Este sería un argumento contra la eternidad del mundo. Véase nota 2.

## Enrique Freixa Pedrals

El día 14 de marzo falleció en Barcelona, a los 90 años de edad, Enrique Freixa Pedrals. Freixa formó en el grupo de los primeros discípulos del padre Orlandis –la generación de 1925– y fue redactor de nuestra Revista desde su primer número, en abril de 1944, donde usó casi siempre el seudónimo de *Fraxinus Excelsior* –nombre científico del Fresno, cuya traducción al catalán recordaba su primer apellido. Todavía en el año 2000 participó en la celebración del setenta y cinco aniversario de Schola Cordis Iesu y pudo contemplar, gozoso, el vigor de la entidad y la presencia de tantos miembros jóvenes. En recuerdo y homenaje reproducimos aquí su artículo «San Pablo, profeta», y en la sección «Cristiandad hace cincuenta años», «La Academia Pontificia y los discursos de S.S. Pío XII», tan representativo de la influencia orlandiana el primero y de su formación científica el segundo.

**E**NRIQUE Freixa Pedrals, bajo el pseudónimo *Fraxinus Excelsior*, publicó en primero de junio de 1944, muy reciente todavía la aparición de esta revista, un artículo profundamente significativo de la intención que su inspirador el padre Orlandis, tenía de que sus páginas sirvieran para difundir las orientaciones acerca de la teología de la historia que desde hacía muchos años habían sido nucleares en la formación de Schola Cordis Iesu.

En aquel mismo número hallamos un artículo firmado por Sanmartí con el título de «Perspectivas históricas en Daniel» alusivo a la sucesión en la historia de cuatro imperios: el babilónico, el persa, el helénico y el romano, a cuyos destinos había estado providencialmente vinculado el destino de Israel. Un artículo del propio padre Orlandis en primero de mayo de 1945 trataba del fin del Imperio romano, acaecido en 1806, hecho que, según doctrina tradicional anunciaba como más cercano el fin del «tiempo de las naciones» por la apostasía y la expansión del «misterio de iniquidad» que el apóstol Pablo anunciaba como signo del advenimiento del reino antiteístico y antropocéntricamente pseudomesiánico del Anticristo.

El artículo de Enrique Freixa se centraba en un punto decisivamente orientador. Aquel tiempo de las naciones fue providencialmente vinculado a la reprobación «colectiva y social» del pueblo escogido, del pueblo de Israel, que desconoció y se enfrentó a Jesucristo.

Pero aquella reprobación, enseñaba san Pablo a los romanos, había de ser en el plan divino algo limitado en el tiempo y no marcaba el destino futuro del pueblo escogido. Los gentiles convertidos habían sido injertados a modo de acebuche en el olivo que era el pueblo de Israel. Éste, que había sido cortado de su tronco, volvería al fin del tiempo de las naciones a ser reinjertado de nuevo en el buen olivo israelítico, y su reprobación había sido ocasión para la entrada de las naciones en la Iglesia de Cristo, la futura

reinserción de Israel había que esperarla según el designio de la Providencia como el cumplimiento de las profecías: todo Israel será salvo. El Libertador vendrá de Sión y apartará de Jacob las impiedades (Jer 31,33-34). El artículo de Freixa, fruto del magisterio del padre Orlandis, trataba del punto más nuclear en el optimismo teológico-histórico de Schola Cordis Iesu. Es cierto que el Israel que rechazó a Cristo recibirá al falso mesías que se presentará no en nombre de Dios sino en nombre del hombre como el mesías, es decir, recibirá al Anticristo. Pero, «derribado el Imperio del Anticristo se formará de judíos y gentiles un solo rebaño y un solo pastor y la Iglesia de Cristo reinará en todas las partes de la tierra», según se complacía en citar de Knabenbauer el padre Orlandis.

Ahora encontramos una reafirmación jerárquica de la fundada convicción del triunfo de Cristo por la conversión de Israel en palabras del Catecismo de la Iglesia católica: «El Reino no se realizará por un triunfo histórico de la Iglesia en forma de un progreso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal» (núm. 677). «La venida del Mesías glorioso en un momento determinado de la historia se vincula al reconocimiento del Mesías por todo Israel... La entrada de la plenitud de los judíos en la salvación mesiánica hará al pueblo de Dios llegar a la plenitud de Cristo» (núm. 674).

De aquí que el Catecismo titule: «El glorioso advenimiento de Cristo, esperanza de Israel», después de haber precisado: «El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, no ha llegado sin embargo todavía a plenitud, con poder y gloria con el advenimiento del Rey a la tierra» (núm. 671).

Leyendo ahora, después del Concilio Vaticano II y del nuevo Catecismo el artículo tan orlandiano de Enrique Freixa, escrito en junio de 1944, no podemos menos de sentir admiración y profundo agradecimiento a Dios.

## San Pablo, profeta

Es sabido que, si bien, en su mayoría, las profecías del Antiguo Testamento se refieren al Mesías prometido y tienen el doble objeto de preparar su advenimiento entre el pueblo judío y demostrar luego ante éste que el advenido es el verdadero Hijo de Dios, hay también no pocos textos que, de una manera ya final, ya accesoria, permitieron a los judíos la previsión de acontecimientos de carácter temporal que influyeron de una manera decisiva en su historia y en la del género humano en general, a pesar de que estos acontecimientos no pueden considerarse directamente relacionados con la altísima misión a que estaba predestinado el pueblo escogido por el Señor.

De esta clase de profecías, de importancia secundaria, nos es dable adivinar que no sólo fueron útiles para situar cronológicamente los acontecimientos trascendentales, sino que, por una parte, su cumplimiento constituía una demostración viva de que el Espíritu de Dios había inspirado a sus autores, y serían, en el orden natural, un estímulo para que, de generación en generación, se conservasen escrupulosamente las Letras Sagradas; y, por otra parte, conociendo anticipadamente estos acontecimientos, el pueblo judío pudo, sin duda, conducir de acuerdo con ellos su política particular y quedar mejor librado de los azares de los siglos.

Es de todos conocido, también, que en el Nuevo Testamento hay multitud de pasajes de naturaleza profética, y a la mente del lector acudirán inmediatamente muchos versículos de los Santos Evangelios y del Apocalipsis que se refieren a la destrucción de Jerusalén, a la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo, a las postrimerías de cada hombre y de nuestro linaje humano. Ahora bien: cabe la pregunta: ¿se encuentran también en el Nuevo Testamento profecías relativas a acontecimientos de carácter temporal cuyo cumplimiento no se haya verificado todavía? La finalidad del presente trabajo es afirmar la posibilidad en cuestión, demostrando prácticamente que existe, por lo menos, una profecía de dicha naturaleza.

\* \* \*

Probablemente, en la primavera del año 57, San Pablo se encontraba en Corinto; huido de Éfeso, a consecuencia del motín que, de una manera tan humana, nos describe la pluma maestra de San Lucas (Act. XIX, 23 y ss.), pasó a Macedonia; y la grave situación por la que, según las noticias de Tito, atravesaba todavía la Iglesia de Corinto, que él, a costa de tantos sudores, había fundado hacia el año 52, le movió a escribir a las fieles corintios una tercera carta (desgraciadamente, no conservamos más que la segunda de las dos anteriormente escritas desde Éfeso), en la que prepara la segunda y breve visita del Apóstol a los

fieles de Acaya; y es en Corinto donde le encontramos a principios de dicho año 57, no sólo preocupado por la dañina simiente allá esparcida por los falsos apóstoles, sino también por la suerte indecisa del Cristianismo en una ciudad lejana, en la capital de la gentilidad, que él mismo, al final, y como resumen de su vida, evangelizará de palabra en medio de grandes tribulaciones.

Como había ya ocurrido en otras ocasiones y en otros países, y de la misma manera que muchas veces, en muchas naciones, había de suceder después, el año 49 se publicó un decreto del Emperador Claudio expulsando de Roma a los judíos, que debió afectar, sin duda, a muchos hebreos convertidos a la fe; y, por esta razón, la Iglesia de Roma, entre el citado año 49 y el 54, en que murió Claudio, estaría compuesta casi exclusivamente por cristianos venidos de la gentilidad.

Después de la muerte de Claudio, volverían a Roma muchos de los judío-cristianos desterrados cinco años antes, pero los «prosélitos» predominaban ya de tal manera, que la superior cultura religiosa de los judíos y su abolengo de más elevada jerarquía, no impresionarían a los gentiles como en las iglesias situadas a las orillas de los mares Egeo, Licio y Fenicio; esta anécdota explica que, precisamente en el seno de la Iglesia de Roma y no en las otras, pudiese temerse una revivificación de las rencillas que unos siete años antes había resuelto, con su suprema autoridad, el Concilio de Jerusalén, al definir que no podía exigirse de los gentiles que se circuncidasen; pero, esta vez el cisma entre judíos y gentiles no se referiría a la simple práctica de unos preceptos, sino que plantearía un problema más profundo: el de la heterogeneidad y homogeneidad (ambas esenciales) de la Iglesia; un problema que planteaban los judíos, que eran el pueblo elegido del Señor, junto con la doctrina de que todas las almas tenían derecho a la misma fe, a la misma participación de los méritos de Jesucristo, y de que todas ellas podían aspirar a la misma vida eterna; un problema que planteaban los gentiles llegados al buen redil, muchas veces arrojando graves peligros, embelleciéndose con brillantes actos de desprendimiento y premiados por carismas prodigiosos, frente a unos seres arrogantes, cuyo pueblo había sacrificado al mismo Hijo de Dios.

Podemos comprender que estas antinomias, dentro del marco de una serie interminable de discusiones teóricas y de diferencias personales, hubiesen podido amenazar la existencia misma de la Iglesia de Roma; había, pues, el peligro de que en la Sede de Pedro y en la capital del Imperio, la Iglesia desapareciera y que el Cristianismo quedase reducido a ser una secta judaica extendida sólo en la mitad oriental del Imperio. Hoy vemos que aquella circunstancia fue providencial, pero, humanamente considerada, el año 57 debía verse grave; San Pablo así la

vio: «Id y enseñad a todas las gentes» (Mat. XXVIII, 19). Este mandato estuvo siempre vivo en el espíritu del Apóstol, y no cabe la menor duda de que hubiese volado de buen grado a Roma, para derramar allá el torrente impetuoso de su predicación; pero hasta aquella fecha, siempre que se había propuesto ir a Roma «le había salido al paso algún obstáculo» (Cfr. Rom. I, 9-13).

Esta vez, el obstáculo fue el tener que remitir a la Iglesia de Jerusalén las limosnas recogidas en varias Iglesias de Macedonia y de Acaya, principalmente en la de Tesalónica (Rom. XV, 25 y ss.), y, no pudiendo dilatar más la exposición de su doctrina, escribe a los fieles de la Iglesia de Roma (probablemente desde Corinto a principios del 57) la luminosa epístola que constituye uno de los mayores monumentos de nuestra Teología. El «Evangelio» de San Pablo, que resuelve todos los problemas, es la salvación de todos (judíos y gentiles), que Dios nos ofrece gratuitamente por medio de la fe en la virtud de la Sangre Redentora de Nuestro Señor Jesucristo. Este Evangelio es una fuerza de Dios hecha para dar salud y que se pone a disposición de todo el que cree, tanto si es judío como gentil (Cfr. Rom. I, 16).

Situándose en una excelente plataforma polémica, afea San Pablo, con vehemencia, tanto a los gentiles como a los judíos, sus vicios y pecados, y concluye que unos y otros han desaprovechado los medios que a su alcance tenían para obrar bien, a saber, la razón natural, la Ley de Moisés; la justicia de Dios es ésta: «Tribulación y angustia sobre toda alma humana que obra el mal, así judío, primeramente, como gentil; gloria, en cambio, honor y paz para todo el que obra el bien, así judío, primeramente, como gentil: que no hay acepción de personas para Dios» (Rom. II, 9-11).

En estos *primeramente* se encierra gran parte del secreto de San Pablo, ya que, además de en los dos lugares citados lo encontramos también en I, 16; en el plan de Dios todos tenían el mismo acceso a la justificación, por la fe graciosamente ofrecida; pero cabe creer que los judíos hubiesen ocupado un lugar más eminente en el orden temporal y jerárquico, acaso algo análogo al papel que en la Iglesia desempeña hoy día Italia, pues no en balde era el hebreo el pueblo elegido.

Véase, sino, el paralelismo que existe entre III, 1 y 2, y III, 9; en la primera cita se afirma que la ventaja del judío es mucha, pues les fueron confiados los oráculos, y establece la inmutabilidad de las promesas de Dios, preguntando: «¿Por ventura su infidelidad anulará la fidelidad de Dios?» (Rom. II, 3 cfr. XI, 29); en la segunda cita se afirma que el judío no tiene ventaja puesto que todos, tanto judíos como gentiles, están bajo el pecado: «Todos pecaron, y se hallan privados de la gloria de Dios, justificados gratuitamente por su gracia, mediante la Redención que se da en Cristo Jesús: al cual propuso Dios como monumento expiatorio, mediante la fe, en su sangre, para demostración de su justicia, a causa de la tolerancia de los pecados pasados.» (III, 23 a 25.)



Pero este plan de Dios, referente a la preeminencia del pueblo judío en la Iglesia de Cristo, resultó truncado, valga la frase, por los hechos. Era triste, pero era así. El pueblo judío traicionó su altísima misión; no era que el Señor hubiese encogido su mano para que ésta no pudiese salvar, sino que sus iniquidades pusieron un muro de separación entre ellos y Dios. Jesús no había venido a destruir la Ley ni los Profetas, sino a darles cumplimiento (Mat. V, 17); los judíos son la sal del mundo, «pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué se la salará? Para nada sirve, sino para ser arrojada y pisada de las gentes» (Mat. V, 13).

Era triste, pero era así. El año 42, en que San Pedro salió de Jerusalén para ir a Roma (Act. XII, 17), la sal había perdido ya su sabor y empezaba a caer sobre los israelitas el castigo que sobre ellos y sus hijos, insensatamente, reclamaron (Mat. XXVII, 25), y al que se habían hecho acreedores al rebelarse contra los planes del Señor, negándose a continuar ejerciendo el antiguo ministerio en la Nueva Ley.

En la Epístola a los Romanos, San Pablo no se detiene en la eventual rencilla personal, sino que, al contrario,

vuela hasta lo más alto de su doctrina y la dirige a la nueva estirpe que recibirá el legado; explica, a la que será la Iglesia primada de la Cristiandad, los dolores y las glorias que cabrán a la heredera de tan insigne jerarquía. Al proceder así, se siente triste como israelita, hasta el punto de desear que, de la misma manera que Cristo tomó sobre sí nuestros pecados para salvarnos a todos, pudiesen caer sobre él, el Apóstol, los pecados de los judíos para que al pueblo escogido le fuese dado continuar su gloriosa tradición de alianza y adopción.

Con tristeza y solemnidad escribe: «Verdad digo en Cristo, no miento..., que tristeza grande tengo e incesante dolor en mi corazón. Pues desearía ser anatema yo mismo, de parte de Cristo por mis hermanos, parientes míos según la carne, quienes son israelitas, de quienes es la adopción filial y la gloria y las alianzas y la legislación y el culto y las promesas, cuyos son los patriarcas, y de quienes descende el Mesías en cuanto a la carne, quien es, sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos, amén. Y no es que ande por los suelos la palabra de Dios...» (IX, 1 a 6), porque no todos los descendientes de Israel son verdaderos israelitas.

No vamos a desarrollar aquí la doctrina paulina de la gracia y de la justificación por la fe, que tan mal interpretada ha sido a veces, que el Apóstol aplica para hacer ver, en los capítulos IX y X, que la razón de la reprobación de Israel está en el orgullo de buscar su justificación por sus propias obras.

A continuación, en el capítulo XI, San Pablo afirma que la reprobación de Israel no es universal (Rom. XI, 1 al 12), ni absoluta (Rom. XI, 13 al 24), ni perpetua (Rom. XI, 25, 36). Profetiza primero de una manera condicionada, la conversión de los judíos cuando, comparando el pueblo de Israel a un olivo y los gentiles a un acebuche injertado, escribe que:

«<sup>17</sup>Si algunas de las ramas, quebradas, se desgajaron, y tú, siendo de acebuche, fuiste injertado entre ellas y entraste a participar con ellas de la raíz y grosura del olivo, <sup>18</sup>no te enorgullezcas contra las ramas; que si te enorgulleces (piensa que) no eres tú quien sostienes a la raíz, sino la raíz a ti. <sup>19</sup>Dirás, pues: «Fueron quebradas las ramas para que yo fuera injertado». <sup>20</sup>Muy bien; por la incredulidad se desgajaron, y tú por la fe te mantienes: pero no seas altanero, antes bien, teme. <sup>21</sup>Pues si Dios a las ramas naturales no perdonó, no sea que tampoco a ti te perdone.»

«<sup>22</sup>Considera, pues, la bondad y la severidad de Dios: la severidad, con los que cayeron; contigo, la bondad de Dios, con tal de que permanezcas en la bondad; que si no, también tú serás cortado.»

«<sup>23</sup>Y ellos también, si no persistiesen en

*la incredulidad, serán injertados (de nuevo), que poderoso es Dios para de nuevo injertarlos. <sup>24</sup>Porque si tú fuiste cortado del que naturalmente era acebuche, y fuera de tu natural fuiste injertado en el olivo bueno, ¿cuánto más ellos, los ramos naturales, serán injertados en el propio olivo?»*

Y a continuación reitera esta misma profecía incondicionalmente, al escribir:

*<sup>25</sup>Porque no quiero que ignoréis, hermanos, este misterio... que el endurecimiento ha sobrevenido a una parte de Israel hasta que la totalidad de las Naciones haya entrado. <sup>26</sup>Y así, todo Israel será salvo, según que está escrito:*

*Vendrá de Sion el Libertador, apartará de Jacob las impiedades (Is. LIX, 20).*

*<sup>27</sup>Y ésta será con ellos la alianza de parte mía cuando hubiere quitado de sus pecados (Jer. XXXI, 33 y 34)*

No podemos pretender comentar en ningún sentido la cita anterior: los exégetas más iluminados y los más sabios doctores no llegarían a agotar el tema. Subrayemos tan sólo que San Pablo interpreta el versículo 20 del capítulo LIX de Isaías, escribiendo rotundamente: Y ASÍ TODO ISRAEL SERÁ SALVO.

\* \* \*

Abramos un periódico cualquiera y comprobaremos que gran parte del mundo se mueve en pro o en contra de los judíos; con razón o sin ella, se les acusa en materias muy graves, y muchos de ellos son víctimas de los odios más horribles. En la política, en la banca, en los sumarios de las revistas científicas, los nombres de los judíos acreditan la capacidad de esta raza para ejercer una influencia rectora en toda clase de actividades. Mientras dura su reprobación, son todavía *amados por Dios en atención a sus padres* (Rom XI, 28). ¿Puede soñarse acontecimiento histórico más transcendental que esta conversión que profetiza San Pablo?

\* \* \*

Con esto creemos haber probado la tesis, que nos habíamos propuesto y a la cual, de intento, nos hemos circunscrito, huyendo del peligro que el estilo jugoso y rico en conceptos de San Pablo, representa para el que no puede hacer más que repetir a su torpe manera algo de lo mucho que quien lo sabía le enseñó.

FRAXINUS EXCELSIOR



## Pequeñas lecciones de historia

### Los criterios de una madre de familia

GERARDO MANRESA

EN las primeras páginas del *Manuscrito autobiográfico*, santa Teresita del Niño Jesús escribe: «Me hago muy bien cargo de que, con semejante naturaleza (su carácter), a no haber sido educada por padres virtuosos, hubiera sido muy mala andando el tiempo, y aún quizás me hubiera condenado eternamente».

Teresa sabe que la humildad es la verdad y cuando dice esto no está exagerando sino que tiene mucha razón. Basta pensar qué hubiera sido de una niña mona, inteligente, simpática, que caía muy bien a todo el mundo, sin unos padres que no hubieran tenido muy claro hacia adonde se había de guiar a los hijos.

En los manuscritos, Teresa habla mucho de su padre, Luis Martín, con el que vivió su infancia y su juventud y después sufrió mucho también por él; pero de su madre habla menos porque murió cuando ella sólo tenía cuatro años y medio. Vamos a exponer dos rasgos que reflejan el espíritu de aquella mujer. Se llamaba Celia Guerin y es su correspondencia la que nos los ha revelado.

En julio de 1872 Isidoro Guerin estaba en París estudiando farmacia y escribe a sus hermanas mayores sor M<sup>a</sup> Dositea, monja de la Visitación, y Celia explicándoles los problemas y dificultades que encuentra en París. Celia, después de escribir a su hermana, sor M<sup>a</sup> Dositea, escribe una preciosa carta a Isidoro, de la que entresacamos estos párrafos:

«Ya le tengo dicho (a mi hermana) que no tiene por qué quebrantarse la cabeza con ello; que no hay que hacer sino una cosa: rogar a Dios, porque ni ella, ni yo podemos ayudarte de otra manera. Así El, a Quien nada detiene, nos librára del mal cuando vea que hemos sufrido bastante y entonces te convencerás de que tus aciertos no se deben a tus aptitudes, ni a tu inteligencia, sino sólo a Dios, como me ocurrió a mí en cuanto al punto de Alençon: esta convicción es muy saludable; yo misma lo tengo comprobado.

Sabes tú que todos somos inclinados al orgullo y yo tengo experimentado con frecuencia que los que tienen fortuna en su mayoría se conducen con una suficiencia insufrible. No digo que yo hubiera llegado a este extremo, ni tú tampoco, pero más o menos hubiéramos sido contagiados de ese orgullo; además, es cierto que la prosperidad constante aleja de Dios. Nunca ha llevado a sus elegidos por este camino y antes han experimentado el crisol del sufrimiento para purificarse. Me vas a censurar que te escribo un sermón; sin embargo, no tengo tal inten-

ción; muchas veces medito yo estas verdades y te las comunico; ahora, llámalo sermón, si quieres.»

La tercera hermana de Teresa se llamaba Leonia. Tenía cierta flaqueza intelectual y apocamiento físico debido a una sucesión ininterrumpida de enfermedades que le habían dado un complejo de inferioridad, lo cual se tradujo en un carácter ingobernable y casi enigmático. En el colegio de la Visitación no la podían soportar, ya que no se sujetaba al reglamento y no se adaptaba a la vida en común. El espíritu de contradicción parecía innato en ella y poco a poco se separaba de las recreaciones familiares y se iba a la cocina con Luisa, la muchacha que ayudaba a la sra. Martín en sus faenas. Su madre en sus cartas confiesa las lágrimas que le estaba costando la educación de Leonia. Estamos en los años 1874/75.

En diciembre de 1876, su hermana, sor M<sup>a</sup> Dositea se encuentra gravemente enferma. Ella siempre ha confiado en que el problema de Leonia se solucionará y será visitandina. Pocos días antes de morir, Celia va a ver a su hermana a la enfermería del convento y delante de las monjas, que cuidan su salud de alma y de cuerpo, le hace unos encargos para el cielo. Ella después se lo escribe a su cuñada:

«Yo le dije: tan pronto como te encuentres en el Paraíso, vas a ir en busca de la Virgen y le has de decir: ¡Madre mía bondadosa! Habéis dado un chasco a mi hermana, al tener por hija a esa pobre Leonia: no es como la niña que os había pedido; es necesario que reparéis lo hecho». Después, procurarás estar con Santa Margarita María y le dirás: ¿Por qué la habéis curado milagrosamente? Más hubiera valido dejarla morir: incumbe a vuestra conciencia el reparar esta desgracia».

Veinte días después de la muerte de sor M<sup>a</sup> Dositea, ocurrida el 24 de enero de 1877, su hermana Celia descubría la causa de las actitudes de Leonia. A partir de entonces será una niña con su carácter especial y su débil salud, pero sus actitudes rebeldes para con la familia desaparecerán. Años más tarde, después de entrar dos veces en el convento y salir, por problemas de salud, Teresita desde el cielo conseguirá asentarla definitivamente en la Visitación.

Dos acontecimientos de la vida de Celia Martín que muestran su carácter excepcional y por qué Teresita estaba convencida de que si no hubiera sido por unos padres tan virtuosos, que eran fieles hijos de la Iglesia, como mínimo «hubiera sido muy mala andando el tiempo».



## ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

### El Papa propone a san José como modelo para todo padre

EN vísperas de la festividad de san José, antes de rezar la oración mariana del Angelus junto a varios miles de peregrinos reunidos en la plaza de San Pedro del Vaticano, el Papa aseguró que «la extremada discreción con que José desempeñó el papel confiado por Dios subraya aún más su fe». La fe del carpintero de Nazaret, añadió el pontífice, «consistió en ponerse siempre a la escucha del Señor, tratando de comprender su voluntad, para obedecerla con todo el corazón y con todas sus fuerzas».

«Por este motivo —aclaró—, el Evangelio lo define como hombre «justo». El justo, de hecho, es una persona que reza, vive de fe, y trata de hacer el bien en toda circunstancia concreta de la vida».

«El tesoro más precioso que nos transmite san José» es «la fe, alimentada por la oración». «En su senda se han puesto generaciones de padres que, con el ejemplo de una vida sencilla y laboriosa, han impreso en el espíritu de sus hijos el valor inestimable de la fe, sin el cual cualquier otro bien corre el riesgo de ser vano», afirmó.

«Ya desde ahora quiero asegurar una oración especial a todos los padres, en su día —concluyó el Santo Padre—: pido a Dios que sean hombres de robusta vida interior para cumplir de manera ejemplar su misión en la familia y en la sociedad».

### Tres nuevos beatos en la familia salesiana

DESDE el 14 de abril tres nuevos beatos enriquecen el ya esplendoroso panorama de santidad de la Familia Salesiana: el coadjutor Artémides Zatti, el sacerdote Luis Variara y sor María Romero, hija de María Auxiliadora, beatificados por Juan Pablo II durante el XXV Capítulo General de los salesianos que se celebra en Roma.

Artémides Zatti nació en Boretto, Italia, el 12 de octubre de 1880. Ante la situación de pobreza, su familia emigró a Argentina en 1897 y se estableció en Bahía Blanca. Artémides muere el 15 de marzo de 1951. Será el primer salesiano coadjutor, no mártir, que alcanza los altares.

Luis Variara nace el 15 de enero de 1875 en Viarigi (Asti). Años antes Don Bosco estuvo allí predicando una misión. El buen recuerdo de este paso que dejó en la memoria del padre de Luis, hizo que éste llevara a su hijo a Valdocco, Turín. La experiencia que Luis ha vivido al lado de Don Bosco marca su vida para siempre. Pide ser salesiano y entra en 1891. Tres años después los 180 novicios que se pre-

paran para la vida salesiana reciben la visita de un célebre misionero que ha empezado a trabajar con los leproso en Agua de Dios (Colombia). Este hombre de Dios fijó su mirada en Luis y dijo: «Este es para mí». Luis Variara llegó a Agua de Dios el 6 de agosto de 1894. El lazareto alberga 800 leproso. El joven salesiano se sumerge plenamente en la misión. En 1898 es ordenado sacerdote. Luis enfermó de lepra y murió el 1 de febrero de 1923, a los 48 años.

Sor María Romero Meneses nace en Granada de Nicaragua, el 13 de enero de 1902, antepenúltima de 13 hermanas. Su padre es ministro del gobierno republicano y se le conoce por su gran generosidad para con los pobres, virtud que heredará su hija. A los 12 años María entra en el Colegio de las Hijas de María Auxiliadora. Después de pronunciar sus votos a los 21 años, es destinada a San José de Puerto Rico que se convertirá en su segunda patria. Mujer de una profunda vida mística, de sus escritos espirituales se han impreso ya algunos volúmenes. Muere el 7 de julio de 1977. Su tumba está en San José de Costa Rica, junto al gran instituto creado por ella, la «Casa de la Virgen y la Obra Social».

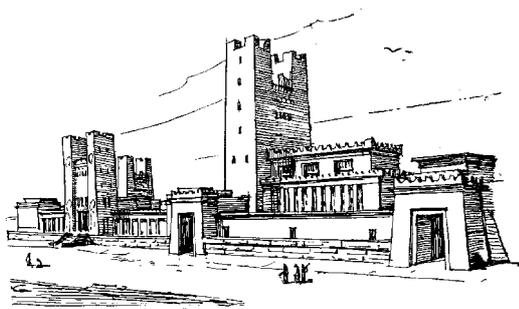
### El Papa confiesa a varios peregrinos en la Basílica de San Pedro del Vaticano

EL Viernes Santo, poco después de mediodía, Juan Pablo II descendió a confesar como un sacerdote más a peregrinos que en ese momento se encontraban en la Basílica de San Pedro del Vaticano.

El Santo Padre confesó durante casi una hora a cinco mujeres y cuatro hombres de diferentes nacionalidades. Los últimos en confesarse fueron dos esposos, que llevaban en brazos a su bebé. Al final, el obispo de Roma le dio un beso cariñoso y una caricia a la sonriente madre.

El pontífice inauguró en 1980 la costumbre de confesar a peregrinos en el Viernes Santo. Desde entonces la ha mantenido todos los años. Con este gesto, el pontífice quiere mostrar a todos los católicos, y en particular a los sacerdotes, la importancia del sacramento de la Reconciliación.

En la carta que ha escrito este año a los presbíteros con motivo del Jueves Santo hace un llamamiento al redescubrimiento de este sacramento. El pontífice invita a los sacerdotes a redescubrir «con alegría y confianza este Sacramento». «Vivámoslo ante todo para nosotros mismos, como una exigencia profunda y una gracia siempre deseada, para dar renovado vigor e impulso a nuestro camino de santidad y a nuestro ministerio», les dice invitándoles a su vez a confesarse.



## ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

### Tierra Santa: la escalada de violencia nos aboca a un escenario de mayor polarización y desesperación

CUANDO escribimos estas líneas el conflicto árabe-israelí está alcanzado su paroxismo. La escalada de atentados suicidas árabes y posteriores represalias israelíes, a menudo indiscriminadas, han desembocado en un conflicto que se extiende como un incendio por el polvorín que es Tierra Santa. La ocupación militar de ciudades árabes, el cerco a Yasser Arafat en sus propias instalaciones y los disparos sobre la basílica de la Natividad (en lo que es una quiebra del *statu quo* de los Santos Lugares que ha provocado la justa protesta del Vaticano) marcan el punto de mayor tensión desde que se inició la segunda intifada. No sabemos cómo va a evolucionar la situación, aunque todo indica que, lamentablemente, no es probable que se alcance una solución duradera, todo lo más podemos esperar una tregua, forzada por las circunstancias, que sólo serviría para prepararse con más saña si cabe de cara al siguiente envite.

Si no sabemos cómo resultará el futuro, tampoco es fácil comprender cómo se ha llegado hasta aquí. En el fondo del problema late la cuestión no resuelta (o mejor, irresoluble por cualquier vía humana: política, diplomática, cultural, etc.) del lugar del pueblo de Israel en nuestro mundo. Desde 1948, año de la creación del estado de Israel y del inicio de la primera guerra entre árabes y judíos, el conflicto ha pasado por diversas fases, de intensidad variable, pero se ha consolidado como una constante en la zona.

La penúltima fase vino marcada por los Acuerdos de Oslo, que legitimaban el conocido como proceso de paz, creaban un embrión de estado palestino con el nombre de Autoridad Nacional Palestina y abrían pretendidos horizontes de paz y convivencia. Israel se mostró dispuesto a ceder en muchos aspectos hasta el momento considerados irrenunciables: el asesinato del primer ministro Rabin fue la trágica consecuencia de esa disposición. Ehud Barak, su sucesor, mantuvo dicha postura, pero llegó hasta el límite que ningún judío sionista, cualquiera que sea su orientación, puede sobrepasar: Jerusalén.

Cuando durante el verano de 2000, se reunieron nuevamente en Camp David William Clinton, Ehud Barak y Yasser Arafat, la paz parecía estar muy cerca. Israel ofreció a Arafat el 91% de Cisjordania, un logro que ningún

árabe había soñado hasta entonces. Al llegar a la cuestión de Jerusalén se propusieron complejas fórmulas de cosoberanía, pero todo fue en vano. La ciudad santa, la ciudad de David, volvía a ser la piedra que hacía descarrilar los Acuerdos de Oslo y la cumbre de Camp David. Arafat, enfrentado a la decisión de aceptar una paz y una Palestina sin Jerusalén, Al Quds, la tercera ciudad santa del Islam, dijo no. En su negativa, jugó sin duda un papel importante su descrédito a los ojos de buena parte de la población palestina, que veía en él a un líder vetusto, con múltiples casos de corrupción en su administración e incapaz de una victoria real frente a Israel, no como su oposición islamista, Hizbollah, que recientemente había expulsado al Tsahal (ejército israelí) del sur del Líbano. Arafat tuvo miedo de no ser comprendido por sus compatriotas, tuvo miedo de ser un nuevo Rabin, y dejó pasar una oportunidad única.

Este fracaso arrastró a Barak, que perdería las elecciones presidenciales frente a Ariel Sharon, quien se presentó a las elecciones con la promesa de dar una respuesta militar a las agresiones árabes. Sharon no ha engañado a nadie; quizás por ello la opinión pública israelí continúe apoyándolo también ahora (más del 70% de aprobación de la actual ofensiva), cuando el mundo entero parece estar en su contra. Sin embargo, su política tampoco es la solución tan anhelada. Por el momento, ha dado oxígeno a un desgastado Arafat, erigido nuevamente en líder indiscutible palestino, aislado pero digno, entrevistado por la CNN y adoptando aires churchillianos. Si el cerco del cuartel general de Arafat en Ramallah (construido en los años veinte y que ya ha sido cuartel general británico, jordano, israelí y palestino) acaba con su muerte, se habrá creado un mártir; si con su exilio, se le habrá reforzado ante el mundo árabe y, probablemente, ante Occidente; si continúa en Ramallah, el ridículo será estruendoso. Por otro lado, no se ve muy bien cómo, con su actitud y acciones, pretende Sharon que surja una nueva clase dirigente árabe más razonable que sustituya a Arafat. Sin discutir la legitimidad de tal objetivo, la operación desencadenada lejos de crear las condiciones necesarias para que suceda, pone las bases para que sea imposible en un futuro inmediato.

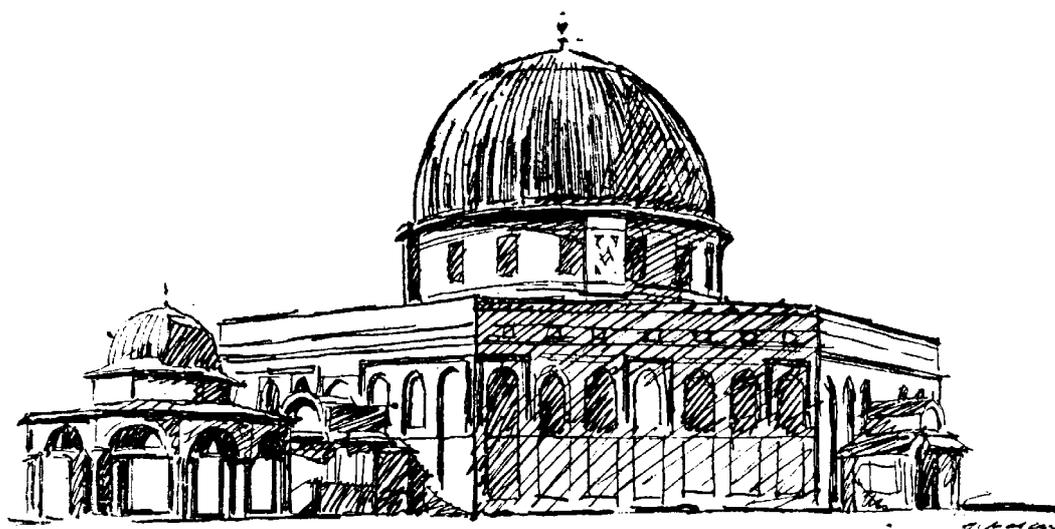
Esta compleja situación se complica aún más si consideramos las repercusiones de los atentados del 11-S y la subsiguiente estrategia norteamericana de lucha contra el

denominado «eje del mal». A Estados Unidos, tradicional garante de Israel, esta escalada bélica le llega en el peor momento: cuando pretende iniciar la segunda fase de su guerra antiterrorista atacando de nuevo a Irak. La necesidad que tiene de contar con el respaldo de los países árabes ha provocado que Estados Unidos adopte una actitud mucho más crítica con Israel, apoyando explícitamente la creación de un Estado palestino y exigiendo a Sharon la retirada de sus tropas de las ciudades ocupadas. Mientras tanto, la solidaridad árabe se ha fortalecido, haciendo, por el momento, mucho más difícil un ataque sobre un país árabe como Irak. Que Bahrein, tradicional aliado norteamericano en la zona, haya decidido restablecer relaciones diplomáticas con Irak precisamente en este momento no es ninguna casualidad, sino una advertencia de que el mundo árabe no estaría junto a Bush hijo en caso de guerra contra Saddam Hussein como sí lo estuvo con Bush padre hace un decenio.

Además, el complicado conflicto árabe-israelí dinamita conceptualmente la política exterior estadounidense, poniendo de manifiesto sus contradicciones. Especialmente desde que se han presentado una serie de documentos, obtenidos en su cuartel general, que vinculan a Yasser Arafat, con las «Brigadas de Al-Aksa», el grupo terrorista surgido más recientemente y responsable de diversas acciones suicidas. «Ésta es la primera vez que Israel puede trazar una relación entre los terroristas, los planificadores y la fuente de financiación», afirmó el jefe de los servicios de información del Ejército de Tierra israelí en referencia al papel de Arafat en la actual campaña de ataques terroristas suicidas. Según la doctrina Bush, las cosas tienen una claridad meridiana: quienquiera que dé apoyo o cobijo a terroristas será debidamente castigado con todas nuestras fuerzas. Ahora bien, ¿qué diferencia hay entonces entre el régimen talibán y Yasser Arafat? Nin-

guna, sostienen el vicepresidente, Dick Cheney, y el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld. Pero otras voces alertan: «La aplicación concreta de la doctrina Bush nos arrojaría en brazos de Sharon, arruinaría nuestra posición ante el mundo árabe y acabaría con la coalición antiterrorista» ha escrito en *The Washington Post* el asesor diplomático Leon Fuerth. Por eso, para evitar el colapso de una estrategia antiterrorista que sigue siendo la máxima prioridad, Estados Unidos votó a favor de una resolución de la ONU que exige la retirada israelí. Washington era consciente de que Oriente Próximo era el grano de arena capaz de destruir todo su engranaje antiterrorista. De ahí que tratara de ignorar el problema o minimizarlo, algo que tal y como ha evolucionado la situación resulta imposible. Israel les ha explotado en las manos y ahora nadie sabe muy bien cómo manejarlo.

El problema de fondo persiste y la actual situación sólo genera más odios que realimentan y agudizan el enfrentamiento. Hace tiempo que los árabes palestinos están inmersos en la desesperación más amarga, una desesperación que está en el origen de las motivaciones que llevan a muchos jóvenes a volar por los aires asesinando al mayor número de judíos posible. En el campo israelí, las esperanzas que germinaron durante la década de los noventa también han sido segadas de cuajo. El presente estado del conflicto pone de manifiesto como nunca el carácter irreconciliable de la lucha entre israelíes y árabes. Explicaba estos días un padre franciscano cómo el odio se había ido arraigando entre los habitantes de la región, un odio que lo envenenaba todo. Mientras ese odio no deje su lugar en los corazones de judíos y árabes al amor y al perdón, cualquier estrategia para la paz, por muy sofisticada y brillante que sea, está condenada al fracaso. En medio de la desesperanza del momento actual resulta más evidente que nunca que sólo cuando se abran



*Mezquita de Omar o de la Roca*

los corazones al amor de Dios que nos hace hermanos en Cristo habrá paz en Tierra Santa. Para que se detenga el derramamiento de sangre sólo hay un camino: aceptar la salvación que nos viene de quien ha derramado su sangre por todos y cada uno de los hombres.

### Robert Mugabe y la tragedia africana

EL reciente proceso electoral en Zimbabwe ha puesto de relieve la problemática en que viven los países del África negra. El presidente Robert Mugabe ha cometido todo tipo de tropelías en su afán por mantenerse en el poder en medio de la impunidad más absoluta. Las elecciones estuvieron marcadas por la detención del candidato opositor, Morgan Tsvangirai, acusado de alta traición, la expulsión de los observadores internacionales y todo tipo de irregularidades características de lo que se ha venido en llamar una «república bananera». A destacar que en enero pasado, el parlamento de Zimbabwe aprobó la Ley de Orden Público y Seguridad, que convertía en delito toda crítica al presidente. Resultado final: Mugabe era reelegido después de 22 años en el poder, los mismos años que tiene el país, la antigua Rhodesia. Se esperaba la reacción occidental: su condición de «héroe de la independencia negra» le había dado bula hasta el momento, pero la nueva situación internacional parecía que iba a cambiar la situación. El viejo Mugabe, pasado ya su 78 cumpleaños, fino conocedor del hombre blanco, ha jugado fuerte: no ha ocurrido nada, los estados occidentales y las instituciones internacionales han optado por mirar hacia otro lado, demostrando una vez más la arbitrariedad de la justicia internacional. No ha sido sólo el fraude electoral, los ataques a las granjas propiedad de ciudadanos blancos por parte de milicias de supuestos veteranos de guerra comandadas por el tétrico médico de 49 años Chenjerai Hunzvi, alias «Hitler», con el beneplácito del presidente Mugabe, han puesto de manifiesto cómo Zimbabwe ha tomado el desgraciadamente habitual en África camino de la dictadura sanguinaria.

Cuando Mugabe tomó el poder en 1980 prometió redistribuir la tierra, en manos de la minoría blanca, a la mayoría negra, dando prioridad a aquellos que lucharon por la independencia. Los blancos de la entonces llamada Rhodesia del Sur habían logrado mantener el control durante 16 años más que en la vecina Rhodesia del Norte (Zambia), la cual se independizó de Gran Bretaña en 1964, tomando el poder Kenneth Kuanda, favorito de la izquierda internacional. Kuanda procedió a nacionalizar todos los recursos y a aplicar políticas comunistas, empobreciendo drásticamente a su país. En 1964, Zambia era dos veces más rica que Corea del Sur; hoy es 27 veces más pobre. Los blancos de Zimbabwe, viendo la devastación sufrida por sus vecinos, lucharon por mantener el control

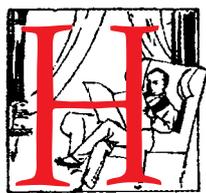
del gobierno, pero no consiguieron frenar la corriente descolonizadora.

Mugabe, a pesar de sus declaradas simpatías maoístas, optó por la prudencia y no desterró a los blancos cuando asumió el poder en 1980, como había amenazado hacer. Tampoco aplicó su plan de redistribución de la tierra. Más bien se apoyó en las exitosas industrias creadas por los blancos, especialmente las plantaciones de tabaco. Les cedió terrenos gubernamentales a sus amigos, pero dejó las haciendas en manos de los blancos, temiendo que de lo contrario caerían las exportaciones y el país se empobreería.

A partir de ahí Mugabe se fue deslizando cada vez más por la pendiente de las arbitrariedades, el nepotismo tribal y los gastos suntuarios a mayor gloria del líder en el poder. Desde 1996 la situación empeoró drásticamente y la gente empezó a protestar por la escasez de alimentos y combustible. Además, la intervención en la guerra de los Grandes Lagos apoyando a Kabila ha supuesto un enorme esfuerzo económico, cuyas contrapartidas en forma de concesiones mineras sólo aprovechan a la élite presidencial. Por primera vez había hambre en el antiguo «granero del África Austral», el paro es ya del 60% y tres de cada cuatro habitantes son oficialmente pobres. Desde entonces, desesperado por mantenerse en el poder, Mugabe comenzó a expropiar y saquear a los blancos, en lo que todos los analistas coinciden que, de suceder en Europa, sería calificado de limpieza étnica. La última perla en esta línea fueron las declaraciones del vicepresidente, Joseph Msika, quien afirmó tranquilamente que «*los blancos no son seres humanos*».

Como no podía ser de otra manera, Mugabe también ha aumentado la presión contra la Iglesia Católica, blanco habitual de los tiranos de cualquier color. Educado por misioneros europeos, los Padres blancos irlandeses, Robert Mugabe responde al perfil megalómano de otros héroes de la independencia convertidos en tiranos que siempre acaban por chocar con una institución que sólo tiene que rendir cuentas ante el Altísimo. Los asaltos y detenciones de sacerdotes se están haciendo habituales mientras que Monseñor Ncube, arzobispo de Matebeland, no duda en afirmar del presidente y su camarilla que «*no están sirviendo al pueblo. Sólo se sirven a sí mismos. Este país está en deuda. Está en la bancarrota total, y él se va de compras a Londres y París. El dinero ha desaparecido*».

Sarcástico, el periódico «The East African Standard» saludaba la «reelección de Robert Mugabe, que ha hecho entrar definitivamente a Zimbabwe en África». El fracaso de Zimbabwe en su intento de crear un país próspero y en paz certifica el fracaso del proceso descolonizador; la pasividad internacional ante los desmanes acaecidos demuestra, por su parte, la falacia de la pretendida justicia internacional.



## emos leído

ALDOBRANDO VALS

### La conversión de Leonardo Mondadori

*Hablar todavía de conversiones en nuestros días de relativismo oficial es arriesgado. Por de pronto, uno se expone a la descalificación, reo de integrismo del peor tipo, cuando no se le tacha simplemente de loco. Pero, qué le vamos a hacer, la gracia sigue actuando y Dios sigue repartiéndola como le viene en gana, derribando nuevos Saulos del caballo en el momento más inesperado. Carlo Stagnaro, en un artículo titulado «Conversión: el realismo cristiano de un hombre cualquiera», publicado en la revista italiana Ideazione, glosa del siguiente modo el último libro de Messori:*

«Se llama Leonardo Mondadori, pero podría haber tenido cualquier otro nombre, el hombre que dialoga con Vittorio Messori en “Conversione. Una storia personale”. Un libro dedicado a la vida, narrado con serenidad, de una persona que resulta ser también el presidente del mayor grupo editorial italiano. Un padre de tres hijos tenidos con dos mujeres diferentes, un marido dos veces divorciado, un hombre como todos nosotros a quien Dios ha querido conceder grandes oportunidades, desde el bienestar económico a la posibilidad de frecuentar los cenáculos intelectuales más exclusivos, pero que ha tenido también que afrontar enormes sufrimientos (a partir, especialmente, de los tres tumores que sufrió durante varios años). Leonardo Mondadori es un hombre que, hace diez años, se miró por dentro y vio sólo desórdenes y fracasos, apenas enmascarados por la suntuosidad de una vida aparentemente placentera. Un hombre cualquiera, en

suma, que después de haber buscado todo tipo de felicidad material advierte la ausencia de algo más sólido. Que se da cuenta de que se ha reído muchas veces, pero no ha experimentado nunca la experiencia profunda de esa alegría que sólo puede dar la fe. Y frente a esta gracia, toda su existencia pasada pasa a un segundo plano, para ceder el paso a una misión de apostolado y testimonio. En esto se resume, a fin de cuentas, la vivencia del sobrino predilecto de Arnoldo Mondadori. “Para mí, la práctica de la vida cristiana fue dejada de lado durante decenios –confiesa–. Después, el redescubrimiento y el avanzar siempre más, y siempre con más convicción y alegría, en este camino evangélico reencontrado”.

“Conversione” es un libro hecho de palabras simples, como todas las obras de Messori. Un libro en el que no hay sitio para el “sincretismo”, el “irenismo” o quién sabe qué; la atención se centra en los términos clave del catecismo: la comunión, el examen de conciencia, la misa. Es este un libro que no se fundamenta en la erudición estéril de las lecturas «no literales» del Evangelio para racionalizar y mecanizar el encuentro con Cristo, sino que busca en los hechos, grandes y pequeños, de la vida cotidiana el reflejo de la palabra de Dios. Los dos autores no se avergüenzan de tratar temas “escandalosos”: la indisolubilidad del matrimonio, la castidad, el Paraíso y el Infierno, el retorno a una religiosidad basada en la oración y la confesión y con una especial devoción a María. Una religiosidad que puede emerger en todo su esplendor y en toda su alegría sólo gracias al abrazo de la Iglesia Católica, siempre presta a acoger al hijo pródigo y a matar para él al ternero más gordo.

“Conversione” es un libro marcado por un piadoso realismo cristiano justo porque explica las riquezas y las miserias, en una palabra la vida, de un pobre hombre como todos nosotros. Nace de aquí que sea un libro incómodo: no sorprenderá que haga torcer la nariz a más de uno. Hará rabiar a los fanáticos del laicismo y de su dios secular y bastardo: el Estado, que ha sustituido las confesiones por los sofás psiquiátricos y las sotanas de los sacerdotes por las batas blancas de los médicos. Pero desencadenará también la ira de los autores de un catolicismo “buonista”, “dialogante”, fariseo, que ha olvidado la imposibilidad de subordinar a una abstracta “ética cristiana” el mensaje salvífico de la Cruz. El objetivo declarado del libro es ayudar a aquellos que buscan la fe. Y si aunque sólo uno de ellos consiguiera ver a Dios gracias a las palabras, sencillas y escandalosas, de Messori y Mondadori, entonces habrían vencido plenamente su propio desafío al mundo».

### Chicos teledictos, adultos violentos

*Así titulaba La Vanguardia la última investigación norteamericana acerca de los efectos de la teledicción. El estudio...*

«... relaciona por primera vez las horas que pasan los adolescentes ante la pantalla con un posible efecto en su conducta a largo plazo. Ver más de una hora de televisión al día durante la adolescencia aumenta el riesgo de que se desarrollen conductas violentas cuando se tienen 20 o 30 años. Ésta es la conclusión del trabajo que publica la revista “Science”. El trabajo ha sido elaborado por cin-

co científicos de la Universidad de Columbia, el Instituto Psiquiátrico del estado de Nueva York y el hospital Mount Sinai. Durante 18 años hicieron un seguimiento de 700 chicos y chicas para concluir que cuantas más horas pasa el adolescente ante el televisor, más propenso es a una conducta violenta de adulto. Estas conductas incluyen amenazas, agresiones y delitos. Los autores del estudio aseguran que no esperaban tan revelador resultado. Sobre todo, que el efecto se multiplique cuando se pasa de una a tres horas de televisión al día.

“Nuestra investigación sugiere que al menos durante los primeros años de la adolescencia, los padres responsables no deberían permitir a sus hijos ver la tele más de una hora al día», comentó Jeffrey Johnson, el psiquiatra que dirigió el trabajo. En su opinión, cuanta más violencia se ve, más normal parece, de ahí que sea más fácil que se asimile a la conducta”».

*La conclusión parece razonable, ¿tomarán los gobiernos medidas al respecto o continuarán, por el contrario, mirando hacia otro lado, conscientes de que necesitan de una televisión adicta para mantenerse en el poder?*

### **El retorno a las torres de marfil**

*El escritor Valentí Puig, biógrafo y admirador de Josep Pla, nos ha regalado una lúcida columna en las páginas de ABC Cultural. En tiempos de resultados inmediatos, siempre resulta benéfico recordar que lo valioso se cuece a fuego lento y lejos del estruendo que nos rodea. Tampoco está mal que se eleve de vez en cuando una voz con la suficiente valentía para gritar a los cuatro vientos que el emperador va desnudo. Escribe Puig:*

«En los años sesenta, acusar a alguien de escribir encerrado en una

torre de marfil era equiparable a sentenciarle a la nada o a la lapidación. Completada una era de traspasos ideológicos, constatamos ahora que en las torres de marfil se concibió entonces casi todo lo que hoy vale la pena. Del arte pop al minimalismo, el canon recibió tales embates que la añoranza de lo armonioso prende en las gentes que hacen cola para ver a Vermeer o a Sorolla. La melodía se impone a la falla dodecafónica e incluso la lírica apuesta por la visión inteligible... La oficialización de la vanguardia se ha consumado en la impunidad de los arquitectos-urbanistas municipales, capaces de endosarle farolas futuristas a la vieja plaza porticada o de demoler la grandeza urbana con el *bulldozer* del arte conceptual. Que alguien haga cuentas de cuánto se ha gastado el contribuyente en pagar o subvencionar el arte público que le repele y se comprobará hasta que punto la «nueva clase» usurpa los procederes de un despotismo no ilustrado... La vanguardia aposentada está ya metiendo mano en las viejas catedrales. Vamos a tardar unos años en asumir el estupor que provoca ver cómo la transgresión estética se ha convertido en el nuevo arte oficial, para incomodidad de paseantes y gentes apacibles. En estos tiempos, el regreso a las torres de marfil resulta ser algo ineludible y benéfico para comprender mejor lo que nos rodea».

### **Cristianos perseguidos: martirio y vitalidad**

*Se acaba de publicar en Italia un libro de Antonio Socci titulado Los nuevos perseguidos, con el subtítulo «Investigación sobre la intolerancia anticristiana en el nuevo siglo del martirio». En su prefacio, Ernesto Galli della Loggia declara su horror al saber que durante el siglo xx han sido asesinados más de 40 millones de cristianos a cau-*

*sa de su fe. Asesinados en la que Socci define como «persecuciones nunca vistas en dos mil años por su ferocidad, amplitud, duración y cantidad de víctimas». Un claro signo de los tiempos para quien tenga ojos para ver. Los medios de comunicación se ocupan poco o nada del asunto, aunque recientemente hayamos podido leer un informe en la revista Limes que afirma que «el cristianismo es la religión actualmente más perseguida en el mundo». Tanto que según la World Christian Encyclopedia, «cerca de 160.000 personas encuentran la muerte cada año debido a su fe en Jesucristo». Sostiene Paul Marshall (Their Blood cries out, World Publishing) que son al menos 60 los países en los que los cristianos sufren persecución: «en general, escribe, podemos decir que actualmente, entre 200 y 250 millones de cristianos son perseguidos a causa de su fe y que otros 400 millones ven impedida o entorpecida de algún modo su práctica religiosa». Inmediatamente vienen a nuestra mente los nombres de Sudán, Egipto, Congo, Nigeria, Arabia Saudí, Pakistán, Indonesia, Vietnam, China, Corea del Norte y así una larga lista.*

*Lejos de debilitar a la Iglesia, la persecución y el martirio, por el contrario, han sido siempre un signo de su vitalidad, y por ello puede decirse que la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos. Como muestra, el caso de China, uno de los países que con más ahínco han perseguido desde hace ya decenios a la maltrecha Iglesia Católica, que ha debido emprender el camino de las catacumbas. Recientemente la agencia de información Fides daba la noticia de que el número de católicos en China había pasado de 3 a 12 millones. En un país que vive una cuaresma perpetua, ¡qué gran alegría pascual el saber que cada vez más hombres y mujeres abren sus corazonas al Salvador!*

## La Iglesia ante la Ciencia

*Esta sección se honra hoy en dar su aportación al merecido recuerdo y elogio de quien fue uno de los primeros redactores de CRISTIANDAD, Enrique Freixa Pedrals, reproduciendo un artículo suyo firmado con su habitual seudónimo de Fraxinus Excelsior, y del que hace exactamente cincuenta años. Si en la múltiple riqueza de nuestra revista de cincuenta años atrás, siempre hay mucho donde escoger, no podía caber duda, para el que redacta estas modestas líneas introductorias de aquellos textos reproducidos, que la coincidencia de hallar en ellas un artículo de nuestro compañero recién fallecido, había de decidir su inserción en esta sección fija de CRISTIANDAD.*

*Entusiasmado con las enseñanzas y orientaciones del padre Orlandis, que le orientaron definitivamente, y sagaz oyente de las mismas, de modo particular en la captación del sentido de la historia a la luz de la providencia, Enrique Freixa fue hombre decisivo en el nacimiento de la revista CRISTIANDAD. Sobre este motivo de escatología intrahistórica CRISTIANDAD le debe bastantes artículos, algunos de ellos reiteradamente*

*reproducidos. Pero Freixa tenía también su vertiente científica, manifiestamente expresada en su profesión de catedrático de la Escuela de Ingenieros –en la que se dio el caso insólito de conseguir sucesivamente dos cátedras, la de Matemáticas y la de Motores– como quien manifiesta su amor a lo puramente especulativo y su afición a lo técnico. En su vertiente científica destacó hasta ser presidente de la Academia de Ciencias.*

*Bajo esta última consideración, reproducimos aquí el artículo suyo, representativo de su mentalidad científica y humanista, aparecido precisamente en el número de 1 de marzo de 1952, hace ahora exactamente cincuenta años. Curiosamente, todo el número estaba dedicado a la relación mutua entre filosofía, ciencia y fe. Las palabras de Freixa rezuman amor a la Iglesia –y a su Pontífice– en mayor medida que su amor a la ciencia, como corresponde a un hombre de fe y de síntesis entre lo humano y lo divino. El padre Orlandis le ha recibido en la gloria definitiva para su perpetua felicidad en la contemplación gozosa de la Suma Verdad.*

## La Academia Pontificia y los discursos de S.S. Pío XII

**E**s especialmente consolador para todos sus hijos, los fieles de la Santa Romana Iglesia, el sentir la paterna solicitud con que el Papa Pío XII nos tiene presentes, y no solamente para mantenernos firmes en la verdad religiosa, previniéndonos contra el error y el mal que nos insidian por todas partes, sino también para atender y orientar con cuidado, casi como de padre de cada uno en particular, a nuestras especiales condiciones de vida, estado, y aun profesión o específica responsabilidad. Desde los recién casados, pasando por los periodistas, historiadores y los mismos productores de tabaco, hasta las que ejercen la delicada profesión de comadronas, saben de esta ejemplar solicitud del padre común.

Y, ciertamente, no son los hombres de ciencia, entre los súbditos del Vicario de Cristo, los que ocupan un último lugar en su corazón. Lo que es muy grato para el que estas líneas escribe, pues por su calidad de profesor de matemáticas de una escuela de ingenieros, está en deuda de afecto y gratitud con verdaderos hombres de ciencia

cuyas enseñanzas ha recibido. Y adviértase que, en este trabajo, tomaremos la palabra ciencia en su acepción vulgar o estricta, es decir, nos referiremos con ella a las matemáticas, la física, la química, las ciencias biológicas, y a las aplicaciones de todas ellas, excluyendo, en cambio, la teología, la filosofía y la historia.

Los hombres de ciencia tendrán, el día de mañana, un breviario de inapreciable valor, si se recogen en un volumen los documentos de Pío XII a ellos dirigidos, documentos que principal, aunque no exclusivamente (véase, por ejemplo, el discurso a los universitarios de Acción Católica Italiana de 20 de abril de 1941), son los discursos de inauguración de la Pontificia Academia de las Ciencias.

No es de este lugar hacer la historia de la Pontificia Academia de las Ciencias, baste decir que tuvo su origen en una de las primeras instituciones de su clase que la historia conoce, la «Accademia dei Lincei» fundada por el Príncipe Federico Cesi en 17 de agosto de 1603, rei-

nando aquel gran pontífice, vigoroso misionero e ilustre protector de las ciencias y las artes, que se llamó Clemente VIII.

Los *lincei*, que este nombre se daba a los miembros de aquella entidad, usaban como distintivo un anillo en el cual se había grabado la imagen de un linco, animal al que se atribuye una vista clara y penetrante. En 25 de abril de 1610, pocas semanas después, por tanto, de haber publicado su *Sidereus Nuncius*, fue recibido en la asociación Galileo Galilei.

La finalidad de la Academia era «aproximarse al Creador a través de las cosas creadas» y, según explica el ilustre matemático Francesco Severi, con la amplia libertad de investigación y de discusión para conseguir nuevas verdades científicas en la absoluta seguridad de que la ciencia no podría nunca oponerse a la fe. Exponente de esta manera de pensar es el rimbombante prólogo tan al gusto de la época que escribieron los *lincei* al *Saggiatore* de Galileo, dedicando la obra a Urbano VIII en alabanza de la protección que el Soberano Pontífice dispensaba a la Academia y en él preveían que Roma iba a ser un lucero de las ciencias de observación como ya lo era de las verdades de la fe.

Fallecido Cesi en 1630, la actividad de la Academia cesó en 1651; resurgió en 1740 bajo los auspicios de Benedicto XIV, cobró nueva vida a finales de siglo con la cooperación del gran matemático francés Gaspar Monge y, a pesar de la protección de Gregorio XVI, que le confirió el honorífico título de Pontificia, desapareció de hecho en 1840; este colapso fue sin embargo de breve duración ya que una de las primeras preocupaciones de Pío IX fue rehacerla, como así lo hizo en 1847 dictando los estatutos de la *Pontificia Accademia dei Nuovi Lincei*, que tenía por objeto «promover el estudio de las ciencias y procurar su progreso». Después del 20 de septiembre de 1870 el estado italiano se apoderó de la biblioteca y patrimonio de la entonces brillante institución, transfiriéndolo a una «*Reale Accademia dei Lincei*» a la que después se añadió el calificativo de «*Nazionale*». A pesar de la activa protección de León XIII, la que entonces se llamaba «*Pontificia Accademia Romana dei Nuovi Lincei*» no encontró ambiente propicio en la Italia de fin de siglo y cumplió, en una decidida y fiel devoción a la Santa Sede, la misión histórica de mantener la continuidad en una institución que a tanta altura había rayado en otros reinados, singularmente bajo Urbano VIII y Pío IX.

Terminada la Guerra Europea, Benedicto XV acometió la empresa de vigorizar aquella venerable sociedad científica. Cuando, recién iniciada esta obra restauradora, falleció, en 1922, Benedicto XV, cupo a Pío XI la gloria de darle su forma actual. Fueron necesarios once años (de 1924 a 1934) de incesantes trabajos del P. Gianfranceschi para elevar la categoría de la Academia a la altura debida: se redujo a 70 el número de sus miembros y sobre todo se extremó el rigor en el examen de los méritos científicos de los candidatos. Fue en este período cuan-

do ingresaron en la Academia, entre otros matemáticos ilustres, el protestante sueco G. Mittag-Leffler y el israelita italiano Tullio Levi-Civita.

El P. Gianfranceschi falleció en 1934, cuando los trabajos previos a la reorganización estaban prácticamente terminados y así, en el discurso pronunciado en 12 de enero de 1936, Pío XI dio a conocer sus intenciones de «honrar a la ciencia» como fuente de verdad, ya que la «ciencia expresa una de las más bellas armonías, una de las magnificencias más grandiosas que puedan ser imaginadas. Nada hay que sea comparable o digno de competir con ella si se exceptúan la bondad y la caridad» y en el Motu propio de 28 de octubre de 1936, *In multis solatis* estableció los estatutos de la *Pontificia Accademia Scientiarum* y el elenco de los académicos, que la renovaba «casi radicalmente».

El ingreso en ella es hoy uno de los galardones más preciados en el mundo científico y, en España, tenemos el honor de que el ilustre ingeniero de minas Excmo. Sr. don José García Siñeriz y el ilustre profesor de Geología de Madrid, don José Albareda Herrera, hayan sido objeto de tan señalada distinción.

Pío XI en su actividad fundacional aseguró a la Academia medios materiales para el cumplimiento de su misión; y singularmente la dotó de una sede digna, la Villa Pía, en la que quedó instalada en 1937.

(...)

Entre las instituciones pontificias se distingue la Academia, por la prerrogativa singular de depender directamente del Papa, sin que medie entre ambos órgano alguno de jurisdicción eclesiástica. Y las nuevas actividades de la Academia debieran haber sido inauguradas personalmente por el propio Pío XI, si la Divina Providencia, que parecía querer vincular a la persona de Pío XII con la vida de la Institución que fundara su inmediato antecesor, no hubiese dispuesto que el día 1º de junio de 1937, por enfermedad del Papa, fuese su Cardenal Secretario de Estado, Eugenio Pacelli, el portador de su mensaje.

La Academia Pontificia desarrolla actualmente una brillante vida científica, recogida en las *Commentationes*, las *Acta* y los *Anuarii*. Celebra frecuentes conmemoraciones y otorga anualmente un premio que lleva el nombre del Pontífice reinante. En 1938 se acordó la celebración de «semanas de estudios», la primera de las cuales, con sólo seis dialogantes, debiera haber tenido lugar en 1939, sobre el tema «La edad del Universo», tema, por cierto, que encuentra amplia acogida en el último discurso del Papa. La idea cardinal de estas semanas era reunir un número limitado de hombres de ciencia que, habiendo estudiado independientemente un determinado problema, obtuviesen conclusiones divergentes.

Con la noble finalidad de exteriorizar su protección a tan egregio Instituto, Pío XII ha pronunciado los discursos de inauguración de curso a que nos hemos referido al principio. En ellos no sólo se manifiesta, cuándo es preciso, la autoridad del Vicario de Cristo sobre la Tierra, sino que

un lector atento puede adivinar en mil detalles una ininterrumpida curiosidad de su autor, que se remonta acaso a los años juveniles de sus primeros estudios; revelan, en efecto, estos discursos, propias y serenas meditaciones sobre variadas lecturas, sin duda más extensas de lo que el profano pudiera creer. Supongo que no será irreverencia atreverse a sugerir que pueden haberle proporcionado fértil información sus años de Nunciatura en Munich y acaso recientes conversaciones con sus insignes académicos.

En estos discursos, Pío XII demuestra un profundo respeto hacia la experimentación objetiva, hacia el honrado trabajo del laboratorio científico; siente, en cambio, viva desconfianza ante el que presume de metafísico sin serlo, y que postula imprudentemente principios que no resultan verdaderamente del hecho observado.

(...)

Y en el último de estos discursos, pronunciado el día 22 de noviembre de 1951, y aparecido ya en estas páginas, a cuyo comentario se dedica casi por entero el presente número, se abandona toda expansión lírica y, con rigor científico, son revisadas, a la luz de los últimos descubrimientos científicos, las bases físicas para las pruebas de la existencia de Dios, que ya habían inspirado los anteriores discursos, poniendo los ojos, alternativamente, en el mutable Cosmos y en sus inmutables leyes.

Rogamos al Papa en su bondad paternal, y al lector en su plausible paciencia, que nos perdonen la desgraciada mutilación que hemos hecho de cinco de las más bellas oraciones pronunciadas por Pío XII; pero es que ni la densidad de los conceptos ni la belleza de la forma ni el variado esmalte de las citas, hacen a tales discursos aptos para ser fácilmente resumidos.

A más, sin embargo, se atrevió el poeta; después de poner en boca del imaginado Celestino VI una cita de Laplace utilizada por el propio Pío XII, le hace escribir:

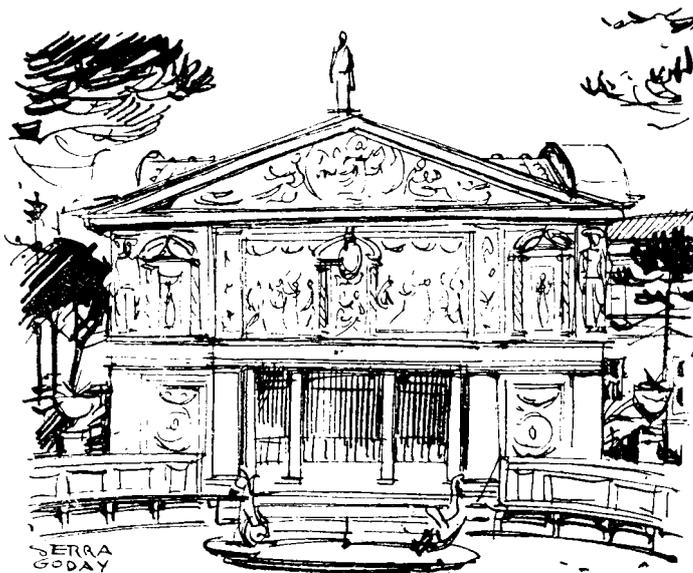
«Muchos otros antes y después que él han creído encontrar en la ciencia la confirmación de la inexistencia de Dios. Tampoco los temo. Contribuyen, también, sin saberlo y a pesar suyo, a la iniciada construcción de la nueva apologética. No ya como ilotas de Esparta, es decir, con la exhibición, a veces repelente, de su materialismo de cargadores borrachos, sino como proveedores de piedras para los constructores de nuestros contrafuertes.»

Aparte el léxico, hay que reconocer que en la intuición del poeta se descubren vivos destellos en perfecta sintonía con la realidad: Celestino VI escribe a hombres de distintas condiciones y entre ellos también a los de ciencia. Y Celestino VI se yergue para decir «tampoco los temo».

(...)

Mario Cordovani ha escrito: «¡La actividad de un Pontífice es tan rica y variada que pocos logran comprenderla en su integridad, y ello es causa de que muchísimas cuestiones delicadas queden destinadas a permanecer en el misterio de Dios!»

Ningún científico, en efecto, podrá acertar a comprender cómo el mismo hombre que contempló en el Vaticano el milagro de Fátima pesa y asimila, una a una, las conquistas de la ciencia del día. Pero todos los hombres de ciencia han de sentirse consolados en sus sinsabores y estimulados en sus honestamente dirigidos trabajos, si les llega, en paternal aura, la solicitud del Jefe de la Cristiandad, que los contempla y, en cierto modo, los comparte.



*Villa Pia, sede de la Pontificia Academia de Ciencias*

**CONTRAPORTADA**

## Actualidad de unas palabras de Paulo VI

Salvando la buena voluntad de todos los que colaboran en la construcción de la Iglesia, conviene un discernimiento sobre cómo realizar esa construcción sin romper la comunión dentro de la diversidad. En vísperas del año santo de 1975 publicó Pablo VI una exhortación importante, «*Paterna cum benevolentia*», de la que copio algunos párrafos, acerca de la actualidad de los cuales dejo que juzgue el lector para este discernimiento al que acabamos de aludir.

Se refiere, por ejemplo, a «los movimientos de infidelidad al Espíritu Santo, que por todas partes se encuentran en la Iglesia de nuestros días, y pretenden, por desgracia, minarla desde dentro. Los promotores y las víctimas de tales movimientos, en realidad poco numerosos en comparación con la inmensa mayoría de los fieles, pretenden permanecer en la Iglesia con los mismos derechos y las mismas posibilidades de expresión y de acción que los demás para atentar contra la unidad eclesial; y, al no querer reconocer en la Iglesia una única realidad resultante de un doble elemento humano y divino, análoga al misterio del Verbo Encarnado, que la constituye 'sobre la tierra comunidad de fe, de esperanza y de caridad como organización visible', mediante la cual Cristo 'comunica a todos la verdad y la gracia' (*Lumen Gentium*, 8), ellos se oponen a la sagrada jerarquía y la rechazan, como si todo acto de dicha oposición contribuyera a encontrar la verdad sobre la Iglesia, y de esta forma descubrirla tal como Cristo la habría instituido; discuten el deber de la obediencia a la autoridad querida por el Redentor; acusan a los pastores de la Iglesia no tanto por lo que hacen o por cómo lo hacen, sino sencillamente porque, según afirman, son considerados como guardianes de un sistema o aparato eclesiástico contrario a la

Institución de Cristo; de este modo provocan desconcierto en toda la comunidad eclesial, introduciendo en la misma las conclusiones de teoría dialécticas ajenas al espíritu de Cristo. Utilizando las palabras del Evangelio, alteran su significado. Nos, observamos con pena este estado de cosas, si bien, como hemos dicho, es mínimo en comparación con la gran masa de los cristianos fieles; pero no podemos dejar de oponernos con el mismo brío de san Pablo a esta falta de lealtad y de justicia. Nos, ponemos en guardia a todos los cristianos de buena voluntad para que no se dejen impresionar o desorientar por las presiones injustas de hermanos desgraciadamente desviados, y que no obstante están siempre presentes en nuestra plegaria y próximos a nuestro corazón.

«En lo que a Nos respecta, reafirmamos que la única Iglesia de Cristo, 'constituida y organizada en este mundo como sociedad, subsiste en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él, aun cuando, fuera de su organismo, se encuentran muchos elementos de santificación y de verdad; reafirmamos también que estos pastores de la Iglesia, que presiden al pueblo de Dios en su nombre, con la humildad de los siervos, pero también con la franqueza de los Apóstoles' (cf. *Ac* 4,31), a los cuales suceden, tienen el derecho y el deber de proclamar: 'Mientras estemos al frente de esta sede..., mientras presidamos, tenemos autoridad y poder, aun cuando seamos indignos'.»

Son palabras literales de aquel gran Papa que conviene recordar, para paz y seguridad de los fieles en todo momento. También ahora.

† Ricard M. Cardenal Carles, Arzobispo  
(*Full dominical* del arzobispado de Barcelona,  
glosa del 6 de abril de 2002)